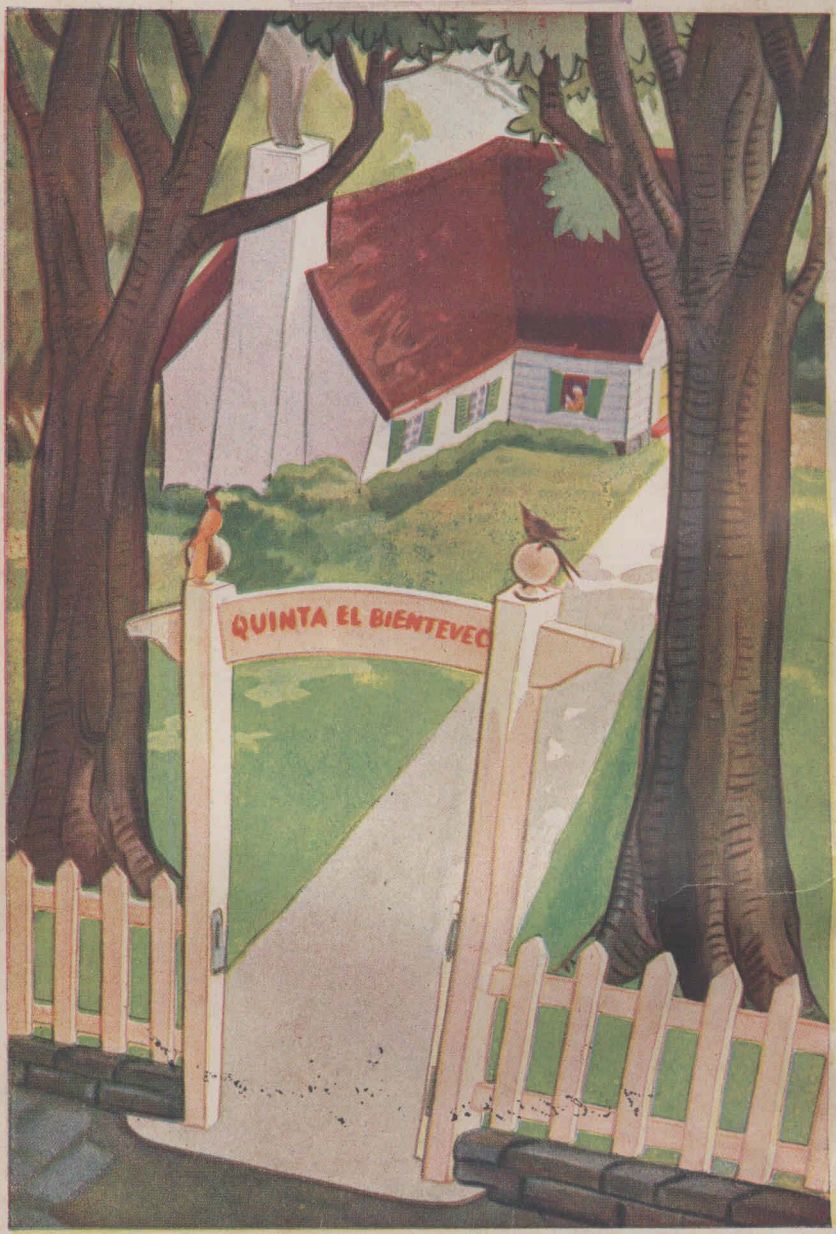
00073090

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



MONTEIRO LOBATO

LAS TRAVESURAS DE NARICITA

Traducción del portugués por RAMON PRIETO

Ilustraciones de SILVIO BALDESSARI

Sección 1 Infantil

EDITORIAL AMERICALEE
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ADVERTENCIA

Estos libros de Monteiro Lobato tienen una continuidad episódica y deben ser leídos en el orden siguiente:

1. - Travesuras de Naricita
2. - Nuevas travesuras de Naricita
3. - Viaje al Cielo
4. - El genio del bosque
5. - Cacerías de Perucho
6. - Aventuras de Hans Staden
7. - Historia del mundo para los niños
8. - El niño que no quiso crecer (Peter Pan)
9. - El País de la Gramática
10. - La Aritmética de Emilia
11. - Geografía para los niños
12. - Historia de las invenciones
13. - Don Quijote para niños
14. - Memorias de Emilia
15. - El pozo del Vizconde
16. - Las veladas de doña Benita
17. - Cuentos de tía Anastasia
18. - El Bienteveo Amarillo
19. - El Minotauro
20. - La llave del tamaño
21. - La reforma de la naturaleza
22. - El espanto de las gentes
23. - Fábulas

EDITORIAL AMERICALEE - Tucumán 353 - Bs. Aires

NARICITA RESPINGADA

NARICITA

EN UNA CASITA BLANCA, ALLA EN LA quinta del "Bienteveo", vive una viejecita de más de 60 años. Se llama doña Benita. Los que pasan por la carretera y la ven en la galería con la cesta de labores sobre el regazo y las gafas con aro de oro en la punta de la nariz, siguen su camino pensando:

—¡Qué tristeza la de vivir así, tan sola en este desierto!...

Pero se equivocan. Doña Benita es la más feliz de las abuelas, porque vive en compañía de la más encantadora de las nietas: Lucía, la niña de la naricita respingada, o Naricita, como la llaman todos. Naricita tiene siete años, es morena como una fruta silvestre, le gusta el pororó y sabe ya hacer unos dulces caseros deliciosos...

Hay, además, en la casa, otras dos personas: tía Anastasia, una negra buenísima que acunó a Lucía cuando era así de chiquitita, y Emilia, una muñeca de trapo indudablemente malformada. A Emilia la hizo tía Anastasia, con unos ojos de cinta negra y unas cejas tan levantadas que dan la impresión de mirar a una bruja. A pesar de ello, Naricita la quiere tanto que nunca almuerza o cena sin tenerla a su lado, ni se acuesta sin acomodarla antes en una hamaca colgada entre las patas de una silla.

Además de la muñeca, el arroyo que pasa por el fondo, entre los árboles frutales, es otro encanto para la niña. Sus aguas, siempre presurosas y parlanchinas, corren por entre piedras ennegrecidas por el limo, a las que Lucía llama las tías Anastasias del río.

Todas las tardes toma Lucía la muñeca y se va a curiosear a las orillas del río, sentándose en la raíz descarnada de un viejo árbol soñoliento para echar migas de pan a los pececillos.

No hay pez en el río que no la conozca; en cuanto ella se sienta, acuden todos presurosos, aun los más alejados. Los pequeñitos se aproximan mucho; los mayores, sin embargo, parecerían desconfiar de la muñeca, pues permanecen alerta, mirando desde lejos. Y con ese entretenimiento la niña pasa horas, hasta que tía Anastasia aparece en la puerta del huerto gritando con su voz tranquila:

—¡Naricita!... ¡abuelita está llamando!...

Un día, después de dar de comer a los peces, Lucía sintió que le pesaban los ojos de sueño. Se acostó en la hierba

con la muñeca al lado, siguiendo el correr de las nubes que pasaban por el cielo y que iban formando unas veces castillos, otras veces camellos. E iba a dormirse ya, arrullada por el murmullo de las aguas, cuando sintió cosquilleos en el rostro.

Abrió los ojos: un pececillo, vestido como una persona, estaba de pie en la punta de su nariz.

¡Sí señor, vestido de persona! Llevaba una levita roja, galerita en la cabeza y un paraguas en la mano. ¡Como un galán! El pececillo miraba la nariz de Naricita arrugando la frente, como quien no consigue comprender nada de lo que ve.

La niña contuvo el aliento por temor de asustarlo, y permaneció así hasta que sintió cosquillas en la frente. Miró con el rabillo de un ojo. Era un escarabajo que se había posado allí. Pero un escarabajo vestido como la gente, con un levitón negro, anteojos y bastón.

Lucía se quedó más inmóvil aún, interesadísima por el caso.

Al ver al pececillo, el escarabajo se quitó el sombrero respetuosamente:

—¡Muy buenas tardes, señor príncipe! —dijo.

—¡Hola, maestro Cascarudo! —fué la respuesta que escuchó la niña.

—¿Qué novedades traen a Vuestra Alteza por aquí, príncipe?

—Es que se me quebraron ayer dos escamas del lomo y el doctor Caracol me recetó aires de campo. Vine a buscar remedio en este prado, que conozco mucho, y encontré aquí este cerro que me parece extraño —y el

príncipe golpeó con el regatón del paraguas en la punta de la nariz de Naricita.

—Creo que es de mármol —observó.

Los escarabajos son muy entendidos en cuestiones de tierras, pues se pasan la vida haciendo agujeros. Pero, a pesar de eso, aquel escarabajo de levitón no fué capaz de adivinar qué clase de "tierra" era aquélla. Se agachó, se ajustó los lentes, examinó la nariz de Naricita y dijo:

—Muy blando para ser mármol. Más bien parecería de requesón...

—Muy moreno para ser requesón; más parece azúcar morena —afirmó el príncipe.

El escarabajo pasó la lengua por la tierra aquella.

—Muy salada para ser azúcar. Antes parece...

Pero no terminó. El príncipe lo había dejado para ir a examinar las cejas.

—¡Qué buenas aletas, maestro Cascarudo! ¿Por qué no se lleva algunas para que sus chicos fabriquen látigos de juguete?

Como le gustase la idea, el escarabajo fué a recoger las aletas. Cada pelito que arrancaba era un dolor agudo que sufría la niña, que sintió deseos de alejarlo de allí con una mueca. Pero lo soportó llena de curiosidad por ver en qué terminaría aquello.

Mientras el escarabajo arrancaba cejas, el pececillo se fué a mirar los agujeros de la nariz.

—¡Qué hermosas cuevas para una familia de escarabajos! —exclamó—. ¿Por qué no se muda aquí, maestro Cascarudo? Su esposa se alegraría de esta distribución de habitaciones.

Corrió el escarabajo a ver las cuevas, llevando bajo el brazo el haz de cejas arrancadas. Midió con el bastón la altura de los agujeros.

—Efectivamente... son magníficas —aseguró—. Pero me temo que viva aquí dentro alguna fiera peluda.

Y para cerciorarse pinchó todo lo hondo que pudo.

—¡Hu... hu...! ¡Salga, bicho inmundo!

No salió ninguna fiera, pero como con su bastón hizo cosquillas a Lucía en la nariz, lo que salió fué un estornudo formidable: *¡Atchís!...* Los dos animalitos, sorprendidos, cayeron con las patas en alto, rodando hasta el suelo.

—¿No se lo dije? —exclamó el escarabajo, limpiando con la manga la galerita sucia de tierra—. Es un nido de fieras, ¡y de fieras estornudadoras! Me voy. No quiero saber nada de esa gente. ¡Hasta luego! ¡Hago votos para que se cure y sea muy feliz, príncipe!

Y allá se fué zumbando como un aeroplano.

Pero el pececillo, que era muy valiente, se quedó allí, cada vez más intrigado ante aquella montaña que estornudaba. Finalmente la niña se compadeció de él y resolvió aclararle el misterio. Se sentó de golpe y le dijo:

—No soy montaña, pececillo. Soy Lucía, la niña que todos los días viene a daros migas de pan. ¿No me reconoces?

—Era imposible reconocerla. ¡Vista desde bajo el agua es tan diferente!...

—Puedo parecer diferente, pero te aseguro que soy la misma. Esta señorita —continuó— que está aquí es mi amiga Emilia.

El pececillo saludó respetuosamente a la muñeca, presentándose en seguida como el príncipe Escamado, rey del Reino de las Aguas Claras.

—¡Príncipe y rey al mismo tiempo! —exclamó la niña frotándose las manos—. ¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla! Siempre he tenido unos deseos inmensos de conocer a un príncipe-rey.

Charlaron largo rato, y el príncipe acabó por convidarla a hacer una visita a su reino. Naricita estaba que no cabía en sí.

—Pues vamos, y que sea en seguida —gritó—, antes que tía Anastasia me llame.

Y allá se fueron, de bracete, como dos viejos amigos. La muñeca los siguió sin decir palabra.

—Parece que doña Emilia está enfadada —observó el príncipe.

—No está enfadada, príncipe. La pobre es muda de nacimiento. Estoy buscando un buen médico que la cure.

—Pues hay uno excelente en la corte, el célebre doctor Caracol. Emplea unas píldoras que curan todos los males, menos su baba. Estoy seguro de que él hará que doña Emilia hable hasta por los codos.

Estaban aún discutiendo los milagros de las famosas píldoras cuando llegaron a cierta gruta que Naricita no había visto jamás por aquellos lados.

—He ahí la entrada de mi reino —dijo el príncipe.

Naricita miró, temerosa de entrar.

—Muy obscura, príncipe. Emilia es miedosa.

La respuesta del príncipe fué sacar del bolsillo una luciérnaga con mango de alambre que le sirvió de linterna

viva. La gruta se iluminó hasta muy adentro y la muñeca olvidó el miedo. Entraron. Mientras caminaban eran saludados con grandes muestras de respeto por varias lechuzas y muchísimos murciélagos. Minutos después llegaron al portón del reino. La niña abrió la boca de admiración.

—¿Quién construyó este maravilloso portón de coral, príncipe? Es tan bonito que hasta parece de ensueño.

—Lo construyeron los Pólipos, los albañiles más laboriosos e incansables del mar. También mi palacio fué construído por ellos; todo en coral de color rosa y blanco.

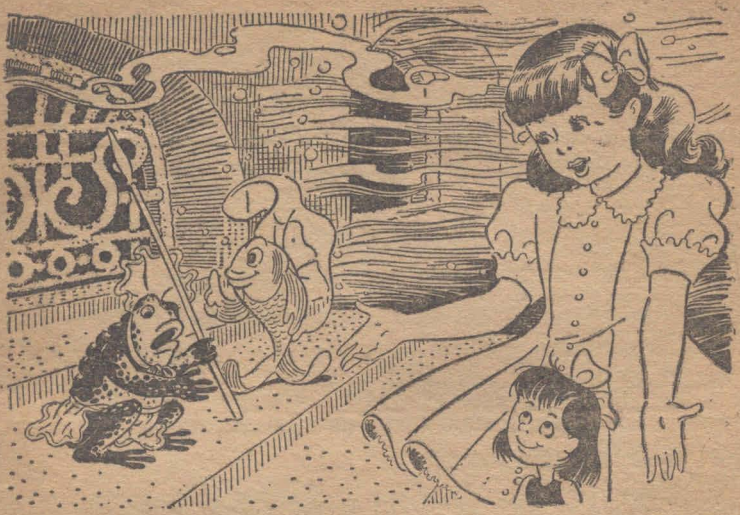
Naricita estaba aún con la boca abierta cuando el príncipe notó que el portón no había sido cerrado ese día.

—Es la segunda vez que esto ocurre —aseguró con la cara amenazadora—. Apuesto a que el guarda está dormido.

Al entrar, comprobaron que era así. El guarda dormía con unos ronquidos tremendos. Ese guarda no era más que un sapo grande, muy feo, que tenía el grado de mayor en el ejército marino. Era el Mayor Agarra-y-No-Larga-Más. Recibía del príncipe, como sueldo, cien moscas por día para que se quedara allí, lanza en ristre, con casco en la cabeza y espada a la cintura, vigilando la entrada del palacio. Sin embargo, el Mayor tenía el vicio de dormir fuera de horas y por segunda vez había sido sorprendido en falta.

Ya iba el príncipe a despertarlo con un buen puntapié en la barriga cuando intervino la niña.

—Todavía no... Tengo una buena idea. Vamos a



vestirlo de mujer para ver qué cara pone cuando se despierte.

Y, sin esperar respuesta, fué sacándole la pollera a Emilia y poniéndosela al dormilón. Le puso también en la cabeza la toca de la muñeca, sacándole el casco, y puso el paraguas del príncipe en lugar de la lanza. Después que lo dejó transformado en una perfecta vieja presuntuosa, dijo al príncipe:

—Déle ahora en la barriguita...

El príncipe... *¡zás!*... le dió un formidable puntapié en la barriga.

—¡Hum!... —gimió el sapo, abriendo los ojos aun cargados de sueño.

El príncipe puso la voz ronca y lo retó:

—¡Bonita cosa, Mayor!... Durmiendo como un cerdo y además vestido de vieja loca. ¿Qué significa esto?

El sapo se miró atolondradamente en un espejo que había allí, sin comprender nada de lo que le sucedía. Finalmente, le echó la culpa al pobre espejo.

—Está mintiendo, príncipe... no le crea... ¡Nunca fuí así!...

—Efectivamente, nunca fuiste así —le explicó Naricita—. Pero como dormías desvergonzadamente estando de servicio, el hada del sueño te transformó en vieja loca. ¡Bien hecho!...

—Y en castigo —agregó el príncipe—, estás condenado a tragar cien piedrecillas redondas en lugar de las cien moscas de nuestro contrato.

El sapo, tristísimo, hizo un puchero y fué a esconderse en un rincón.

EN EL PALACIO

EL príncipe consultó el reloj.

—Ya es hora de audiencia —murmuró—. Vamos de prisa, que tengo mucho que hacer.

Y se fueron. Entraron directamente en la sala del trono; la niña se sentó al lado del príncipe como si fuera princesa. ¡Linda sala! Todo de un coral lechoso, suave como el musgo, con colgaduras de perlas que temblaban al menor soplo. El piso, de nácar tornasolado, era tan liso que Emilia resbaló tres veces.

El príncipe dió la señal de audiencia golpeando con una gran perla sobre una sonora concha marina. El mayordomo introdujo a los primeros querellantes, una bandada de moluscos desnudos que tiritaban de frío. Venían a quejarse de los Bernardo-Eremitas.

—¿Qué son esos Bernardos? —preguntó la niña.

—Son unos cangrejos que tienen la mala costumbre de apropiarse de las conchillas de estos pobres moluscos, dejándolos en carnes vivas en el mar. Son los peores ladrones que tenemos por aquí.

El príncipe resolvió el problema ordenando que se diera una conchilla nueva a cada molusco.

Llegó después una ostra que se quejaba de que un cangrejo le había robado la perla.

—¡Era una perla jovencita y tan rica! —dijo, enjugándose las lágrimas. Me la raptó por pura maldad, porque los cangrejos no se alimentan de perlas ni las usan como joyas. Seguramente que la tiró por ahí, en la arena...

El príncipe resolvió el caso ordenando que se diera una nueva perla, del mismo tamaño, a la ostra triste.

En ese momento apareció en la sala, muy apresurada y afligida, una cucarachita de mantilla que se fué abriendo paso entre los bichitos hasta alcanzar al príncipe.

—¡Tú por aquí! —exclamó éste admirado. ¿Qué deseas?

—Ando buscando a Pulgarcito, respondió ella. Hace dos semanas que se me escapó del libro en que vive y no lo encuentro en ninguna parte. He recorrido ya todos los reinos encantados sin tener noticias de él.

—¿Quién es esta vieja? —preguntó la niña al príncipe. Me parece conocerla.

—Seguramente que sí, pues no hay niña que no conozca a la célebre doña Hada, la cucarachita más famosa del mundo.

Y volviéndose hacia la vieja:

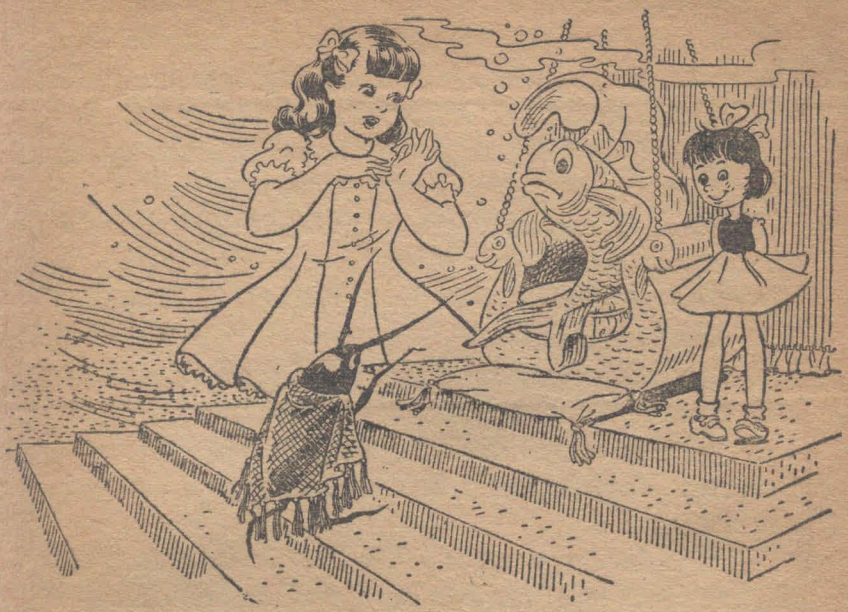
—Ignoro si Pulgarcito está en mi reino. No lo vi, no tengo noticias de él, pero puedes buscarlo cuanto quieras. No hagan ceremonias...

—¿Por qué huyó Pulgarcito? —preguntó la niña.

—No lo sé, respondió doña Hada, pero he notado que muchos de los personajes de mis cuentos ya están aburridos de pasarse la vida aprisionados en ellos. Quieren novedades. Hablan de salir por el mundo para correr nuevas aventuras. Aladino se queja de que la lámpara maravillosa está herrumbrada. La Bella Durmiente tiene ganas de meter el dedo en otra roca para dormir otros cien años. El Gato con Botas se peleó con el marqués de Carabás y quiere ir a los Estados Unidos a visitar al Gato Félix. Blanca Nieve asegura que se va a teñir el cabello de negro y pintarse los labios con rouge. Están todos como revolucionados, y me dan un trabajo enorme para contenerlos. Pero lo peor de todo es que amenazan con escaparse, y Pulgarcito ha dado ya el ejemplo.

A Naricita le gustaron tanto aquellas noticias que aplaudió alegremente con la esperanza de encontrar en su camino a alguno de aquellos queridos personajes.

—Todo esto, continuó doña Hada, es por causa de Pinocho, del Gato Félix y especialmente de una niña de naricita chata a quien todo el mundo quiere conocer.



Hasta estoy por creer que fué esa diablilla quien sedujo a Pulgarcito, aconsejándole la fuga.

El corazón de Naricita latió apresuradamente.

—Pero, ¿conoce Ud. a esa niña? —preguntó, tapándose la nariz, temerosa de que la reconociera.

—No la conozco, respondió la viejecita, pero sé que vive en una casita blanca con dos viejas locas.

¡Ah! ¿Por qué diría aquello? Oyendo que llamaba a doña Benita vieja loca, Naricita perdió los estribos.

—¡Guárdese la lengua! —gritó roja de furor. Vieja loca es usted, y tan cargosa que nadie quiere ya oír

hablar de sus viejas historietas. La niña de naricita chata soy yo, pero sepa que es mentira que haya seducido a Pulgarcito, aconsejándole la fuga. Nunca tuve esa "bella idea", pero ahora sí, se lo aconsejaré a él y a todos los demás, para que huyan de sus libros mohosos, ¿comprende?

La vieja, furiosa, la amenazó con enderezarle la nariz en cuanto la encontrara a solas.

—Pues yo le achataré la suya, ¿me oye? ¡Llamar loca a mi abuelita! ¡Chismosa!

Doña Hada le sacó la lengua, una lengua delgadita y seca, y se retiró furiosa murmurando sabe Dios qué cosas.

El príncipe respiró aliviado cuando vió terminado el incidente. Después clausuró la audiencia y dijo al primer ministro:

—Haga invitar a todos los nobles de la corte para la gran fiesta que voy a ofrecer mañana en honor de nuestra distinguida visitante. Y dígale al maestro Camarón que enganche el coche de gala para dar un paseo por el fondo del mar. Rápido.

EL BUFONCITO

EL paseo que dió Naricita con el príncipe fué el más hermoso que diera en su vida. El coche de gala corría por sobre las arenas blanquísimas del fondo del mar, conducido por el maestro Camarón y tirado por seis parejas de hipocampos, unos bichitos con cabeza de caballo

y cola de pez. En vez de látigo para azuzarlos, el cochero usaba los largos pelos de sus barbas: *¡lept! ¡lept!*

¡Qué hermosos lugares visitó! ¡Florestas de coral, bosques de esponjas vivas, campos de algas de las más extrañas formas! Conchas de todos los colores y formas. Pulpos, anguilas, erizos, millares de criaturas marinas tan extrañas que hasta parecían mentiras del barón de Munchausen.

En cierto lugar se encontró a una ballena dándole de mamar a sus ballenatos. Pensó en llevarse a la quinta una botella de leche de ballena, sólo para ver la cara de espanto que pondrían doña Benita y la tía Anastasia. Pero en seguida abandonó esa idea pensando: "No vale la pena; de cualquier manera ellas no lo creerían".

En eso, allá a lo lejos, se vió venir un formidable pez espada. Venía con su largo espolón dirigido directamente contra el cetáceo, que es como los sabios llaman a las ballenas. El príncipe se asustó:

—Allá viene ese malvado —dijo. Esos monstruos se divierten pinchando a las pobres ballenas como si fueran almohadas para alfileres. Vámonos, porque la lucha va a ser terrible.

Al recibir la orden de volver, el Camarón hizo restallar sus barbas y puso a las "cabecitas de caballo" al galope.

De nuevo en el palacio, el príncipe dejó a la niña y a la muñeca en la gruta de los tesoros, y se fué a vigilar los preparativos para la fiesta. Naricita comenzó a mirarlo todo. ¡Cuántas maravillas! Perlas enormes, amontonadas. Muchas metidas aún en las conchas, sacaban las cabecitas para mirar a la niña, volviéndose a esconder después, por miedo a Emilia. ¡De caracoles era cosa de nunca acabar! De todas las formas posibles e imaginables. ¡Y cuántas ostras, santo Dios!

Naricita se hubiera quedado allí la vida entera, examinando una por una todas aquellas joyas, si un pececillo de cola roja no hubiese llegado a anunciarle, de parte del príncipe, que la cena estaba servida.

Fué corriendo y se encontró con un comedor más hermoso aún que la sala del trono. Sentada al lado del príncipe, tuvo palabras de elogio para el arreglo de la mesa.

—Es arte de las señoras sardinas, dijo el príncipe. Ellas son las mejores sirvientas del reino.

La niña pensó para su coleto: "No es por casualidad que se colocan tan bien en las latas..."

Llegaron los primeros platos: costillitas de camarón, filetes de marisco, tortilla de huevos de picaflor, longaniza de lombriz, un plato que enloquecía al príncipe.

Mientras comían, una orquesta excelente de cigarras y mosquitos amaestrados, tocaba su música de "fium" bajo la dirección del maestro Tangará, con la batuta en el pico. En los intervalos, tres luciérnagas de circo realizaban suertes mágicas, entre las que fué muy aplaudida la de tragar fuego.

Encantada con todo, Naricita aplaudió entre exclamaciones de alegría. En cierto momento entró el mayordomo del palacio y murmuró algo al oído del príncipe.

—Pues hágalo entrar —respondió éste.

—¿Quién es? —preguntó la niña.

—Un enanito que llegó ayer para ofrecerse como bufón de la corte. Estamos sin bufón desde que a nuestro querido Carlitos Pirulito lo devoró un pez espada.

El candidato al cargo de bobo de la corte entró conducido por el mayordomo, saltando en seguida sobre la mesa y poniéndose a hacer gracias. Naricita vió de inmediato que el bufoncito no era otro que Pulgarcito, vestido con el clásico tapado de cascabeles y un bonete, también con cascabeles, sobre la cabeza. Lo reconoció, pero fingió no haberse dado cuenta de nada.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el príncipe.

—Soy el gigante Traga-Tortas, respondió el bufoncito, sacudiendo los cascabeles.

Pulgarcito no tenía la menor vocación para la tarea.

No sabía hacer muecas graciosas ni decir chistes que hicieran reír. Naricita se apiadó de él y le dijo:

—Vaya por la quinta de abuelita, señor Traga-Tortas. Tía Anastasia sabe hacer unas tortas especiales para que se las trague. Vaya a vivir conmigo en vez de arrastrar esta vida idiota de bufón de la corte. Ud. no sirve para esto.

En ese momento entró al comedor la cucarachita de mantilla, con la nariz levantada, como quien está oliendo algo.

—¿Encontró al fugitivo? —preguntó el príncipe.

—Todavía no, respondió ella, pero apuesto a que anda por aquí cerca. Le estoy sintiendo el olor.

Y volvió a olisquear el aire con su nariz de papagayo disecado.

A pesar de que era bastante borrico, el príncipe sospechó que el tal Traga-Tortas era Pulgarcito.

—Tal vez esté cerca —dijo el príncipe. Tal vez Pulgarcito sea el bufón que se ofreció para sustituir a Carlitos Pirulito. ¿Dónde está? —preguntó, mirando en derredor. Estaba aquí ahora mismo, no hace un minuto aún...

Buscaron inútilmente por todas partes al bufoncito. Es que Naricita, apenas vió que entraba en el comedor la vieja bruja, lo había agarrado y se lo había metido en la manga del vestido.

Doña Hada buscó por todos los rincones, hasta dentro de las tazas, murmurando:

—Está aquí, sí. Le estoy sintiendo el olorcillo cada vez más cerca. De esta vez no se me escapará.

Viendo que se aproximaba cada vez más, Naricita se turbó. Y para disimular su turbación se puso a gritar:

—¡Doña Hada está chocheando! ¡Pulgarcito lleva las botas de siete leguas y si estuvo aquí ya debe estar en Europa!

La vieja rió alegremente.

—¡Como si fuera tonta! Apenas sospeché que quería huir, recogí sus botas y las encerré en mi cajón. ¡Pulgarcito huyó descalzo y no se me escapará!

—¡Se escapará... se escapará! —gritó Naricita en tono de desafío.

—¡No escapará! ¡No escapará! —replicó la vieja. Y no se me escapa porque ya sé donde está. Está escondido en tu manga —y se adelantó hacia ella.

En el comedor se armó la del demonio. La vieja se prendió a la niña y seguramente la hubiera dominado si la muñeca, que estaba en la mesa junto a su dueña, no hubiera tenido la buena idea de arrancarle los anteojos y salir corriendo con ellos.

Doña Hada no veía nada sin sus lentes, de manera que se quedó dando vueltas en medio de la sala, mientras la niña corría a esconder a Pulgarcito en la gruta de los tesoros, bien escondidito en el fondo de una concha.

—Quédate ahí bien quietecito hasta que yo vuelva —le recomendó al marcharse.

Y regresó al comedor muy orgullosa de su hazaña.

LA MODISTA DE LAS HADAS

DESPUES de la cena, el príncipe llevó a Naricita a la casa de la mejor modista del reino. Era una araña de París que sabía hacer unos vestidos lindos, ¡lindísimos! Ella misma tejía la tela, ella misma inventaba las modas.

—Doña Araña —dijo el príncipe— quiero que haga para esta ilustre dama el vestido más hermoso del mundo. Voy a dar una gran fiesta en su honor y quiero que deslumbre a la corte.

Dicho eso, se retiró. Doña Araña tomó el metro y, ayudada por seis arañitas muy ágiles, comenzó a tomarle las medidas. Después tejió, de prisa, de prisa, una tela color rosa con entrelíneas doradas, la cosa más bonita que se pueda imaginar. También tejió piezas de cintas, piezas de encajes y piezas de forro y hasta carreteles de hilo.

—¡Qué hermosura! —iba exclamando la niña cada vez más admirada de la habilidad de la modista. Conozco muchas arañas de la quinta de abuelita, pero todas ellas no saben hacer más que la tela de cazar moscas; ninguna es capaz de hacer un solo pañito de delantal...

—Es que yo tengo mil años de edad —explicó doña Araña—, y soy la modista más vieja del mundo. Aprendí a hacer todas las cosas. Durante mucho tiempo trabajé en el reino de las hadas; fuí yo la que hizo el vestido de baile de Cenicienta y casi todos los vestidos de boda de todas las niñas que se casaron con príncipes encantados.

—¿Y cosió también para Blanca Nieve?

—¡Claro que sí! Justamente cuando estaba tejiendo el velo de novia de Blanca Nieve, me rompí la pierna. La tijera se me cayó a los pies rompiéndome el hueso en este lugar. Me cuidó el doctor Caracol, que es un médico muy bueno. Curé, aunque me quedé renga para toda la vida.

—¿Cree usted que el doctor Caracol es capaz de curar a una muñeca que nació muda?

—La curará. Él tiene unas píldoras que curan todas las enfermedades, menos cuando el enfermo se muere.

Mientras charlaban, doña Araña seguía trabajando en el vestido.

—Está listo —dijo finalmente. Vamos a probarlo.

Naricita se lo puso, corriendo a mirarse al espejo.

—¡Qué hermosura! —exclamó aplaudiendo. Parece un cielo abierto...

Y en realidad estaba lindísima. Tan linda con su vestido color rosa con entrelíneas de oro que hasta el espejo abrió los ojos de asombro.

Abrió en seguida doña Araña su cofre de joyas, y le puso sobre la cabeza una diadema de rocío, brazaletes de rubíes del mar en los brazos, anillos de brillantes marinos en los dedos, hebillas de esmeraldas del mar en los zapatos y una gran rosa de mar en el pecho.

Naricita estaba más hermosa aún, tan hermosa que el espejo dilató más los ojos y comenzó a abrir la boca.

—¿Listo? —preguntó la niña deslumbrada.

—Todavía no, —respondió doña Araña. Faltan los polvos de mariposa.

Y ordenó a sus seis hijitas que le trajeran la caja de

polvos de mariposa. Escogió el más conveniente, que era el famoso Polvo-Tornasol, de un brillo tan intenso que parecía polvo-de-cielo-sin-nubes mezclado con polvo de sol-que-acaba-de-nacer. Empolvada con ellos, la niña parecía un sueño dorado. ¡Linda, tan linda, tan lindísima que el espejo fué dilatando más los ojos, más, más, más hasta que *¡crack!*... se rompió de arriba abajo en seis pedazos.

En vez de enfadarse, como suponía Naricita, doña Araña comenzó a bailar de alegría.

—¡Gracias a Dios! —exclamó con un suspiro de alivio. Finalmente llegó el día de mi liberación. Cuando nací, un hada refunfuñona que detestaba a mi pobre madre me transformó en araña, condenándome a vivir de la aguja durante toda la vida. En el mismo instante, sin embargo, un hada buena me dió este espejo con estas palabras: "El día en que hagas el vestido más lindo del mundo, dejarás de ser araña y serás lo que quieras".

—¡Qué bien! —dijo Naricita. ¿Y en qué se va a transformar?

—Aun no lo sé. Tengo que consultar al príncipe.

—Está bien. Pero no se transforme antes de hacer con estos retazos un vestido para Emilia. La pobrecita no puede presentarse al baile con el camisón que lleva.

—Ahora es tarde. El encanto está roto. Ya no soy modista. Mis hijas podrán hacerle el vestido a la muñeca; no será gran cosa, porque no tienen tanta práctica como yo, pero le servirá. ¿Dónde está la señorita Emilia?

Naricita no lo sabía. Después que le robó los lentes

a la vieja y salió corriendo con ellos, nadie volvió a ver más a la muñeca.

Doña Araña se volvió a las seis arañitas:

—Hijas mías —les dijo—, el encanto se ha roto; en seguida podré transformarme en lo que quiera. Voy, por lo tanto, a dejar esta vida de modista dejándoos a vosotras en mi lugar. El encanto continúa en vosotras. Cada una debe conservar un pedazo del espejo y pasarse la vida cosiendo, hasta que logre un vestido que lo haga estallar de admiración, como sucedió al espejo grande. Ese mismo día el encanto vuestro también será quebrado.

En eso llegó el príncipe. Naricita le contó toda la historia, incluso la desorientación de la araña en cuanto a a la elección de lo que habría de ser.

El príncipe observó que su reino sentía la falta de sirenas, siendo muy de su agrado que se transformara en sirena.

—¡Nunca! —protestó Naricita, que tenía muy buenos sentimientos. Las sirenas son criaturas malvadas cuyo mayor placer es hundir navíos. Mejor que se transforme en princesa.

Hubo una gran discusión, sin que nada se decidiera. Finalmente, la araña resolvió no transformarse en nada.

—Creo mejor quedarme como soy. Así, coja como estoy, si me transformo en princesa seré la Princesa Coja; si me hago sirena, seré la Sirena Renga y todos se burlarán de mí. Además, como soy araña hace más de mil años, estoy acostumbradísima.

Y continuó siendo araña.

LA FIESTA Y EL MAYOR

LLEGÓ la hora de la fiesta. Dando la mano a Naricita, el príncipe se dirigió a la sala de baile.

—¡Qué hermosa es! —exclamaban los cortesanos, reunidos allí, al verla pasar. Seguramente es la hija única del hada de los Siete Mares...

El salón parecía un cielo muy abierto. En lugar de lámparas se veían, colgando del techo, manojos de rayos de sol recogidos por la mañana. Una inmensidad de flores, traídas y arregladas por los picaflores. Había tantas perlas en el suelo que hasta resultaba difícil andar. No quedó ostra que no trajera la suya para colgarla de una rama de coral o tirarla sobre el suelo como si fuera una piedrita. Y lo que no era perla era flor, y lo que no era flor era nácar, y lo que no era nácar era rubí y esmeralda y oro y diamante. ¡Un deslumbramiento!

El príncipe había convidado sólo a las criaturas pequeñitas, porque también él era pequeñito y muy delicado de cuerpo. Si apareciese allí un hipopótamo o una ballena sería el mayor de los desastres.

Naricita pasó la vista sobre los asistentes. No podía haber nada más curioso. Escarabajillos de frac y flor en el ojal, charlando con cucarachitas de mantilla y miosotis en los cabellos. Abejas doradas y verdes hablando mal de las avispas de cintura fina, y afirmando que era una exageración usar corsés tan apretados. Centenares de sardinas criticando el cuidado excesivo que las mariposas de velos de gasa tenían para con el polvo de sus alas. Abe-

jorros con el espolón embolado para no herir. Y canarios cantando, y picaflores picando las flores y camarones camaroneando y cangrejos andando para atrás. Todo lo pequeñito e incapaz de morder empequeñeciéndose más y paseándose.

Naricita y el príncipe bailaron la primera pieza bajo las miradas de admiración de los convidados. Por la regla de la corte, mientras el príncipe bailaba todos tenían que mantenerse con la boca y los ojos bien abiertos. Después comenzó la gran cuadrilla.

Fué ésa la parte que gustó más a Naricita. ¡Cuántas escenas cómicas! ¡Cuántas tragedias! Un viejo cangrejo que sacó a una gorda araña de mar para el vals, la apretó tanto entre sus brazos que le hizo un agujero con la pinza. La pobre dama dió un grito terrible al ver que manaba de ella ese líquido verde que tienen dentro. Al mismo tiempo, otro desastre se hizo notar cuando un viejo escarabajo del Instituto Histórico, al tropezar con una perla, cayó y se descuajaringó todo.

El doctor Caracol fué llamado con urgencia para ponerle un tapón a la araña de mar y componer al escarabajo.

—¡Qué buen cirujano! —exclamó Naricita, viendo la pericia con que vendaba a la araña y arreglaba al escarabajo con tanta perfección que sólo le sobraron dos piezas, una pata y una antena. Y trabaja científicamente —decía la niña, al observar que el doctor, antes de curar al enfermo, no dejaba de hacer el "respectivo diagnóstico".

—*Mañana, sin falta, voy a llevar a Emilia a su consultorio* —le dijo al príncipe.

—Es verdad... ¿y dónde está la señorita Emilia? —preguntó el príncipe. Desde su pelea con la vieja de los lentes no la he vuelto a ver.

—Tampoco la he visto yo. Creo que ha llegado el momento de que el señor príncipe mande que la busquen.

El pececillo ordenó al mayordomo que buscara sin demora a la muñeca.

Mientras tanto, el baile seguía. Vinieron las libélulas, que gozan fama de ser las más leves bailarinas del mundo. Efectivamente, bailan sin que sus piececitos toquen el suelo, volando continuamente. Estaba la hermosa danza de las libélulas por la mitad cuando entró el mayordomo afligido.

—¡Doña Emilia ha sido asaltada por algún bandido! —gritó. Está en la gruta de los tesoros, tendida en el suelo, como muerta.

De un salto, Naricita bajó del trono para ir en auxilio de su querida muñeca. La encontró extendida en la arena, con el rostro arañado, sin sentido. El doctor Caracol, llamado con urgencia, la despertó de inmediato con un soberbio pellizco, después de hacer el indispensable "diagnóstico".

—¿Quién será el monstruo que le hizo esto a la pobrecita? —decía la niña, examinándole la cara y viendo arrancado uno de los ojos de cinta. ¿No era bastante que fuera muda? ¿Es que también ahora va a quedar tuerta? ¡Pobrecita Emilia!

—Es imposible descubrir al criminal —declaró el príncipe. No dejó rastros. Sólo después que el doctor Caracol le cure la mudez podremos saber algo.

—Ya hablaremos de eso mañana temprano —dijo Naricita. Ahora es muy tarde. Me estoy cayendo de sueño...

Y dándole las buenas noches al príncipe, se retiró con Emilia a sus aposentos.

Pero Naricita no podía dormir. Apenas se había acostado oyó gemidos en el jardín vecino. Se levantó; miró por la ventana. Era el sapo a quien había vestido de vieja loca.

—¡Buenas noches, Mayor Agarra! ¿Qué gemidos tan tristes son ésos? ¿Es que no está contento con su nueva pollerita?

—No se burle, señorita, que el caso no es para bromas —respondió el pobre sapo con voz llorosa. El príncipe me condenó a tragar cien piedritas redondas. Ya me tragué noventa y nueve. ¡No puedo más! ¡Apiádese de mí, niña gentil, y pídale al príncipe que me perdone!...

Tan apenada se sintió Naricita que, aunque estaba en camisón, salió corriendo hasta el cuarto del príncipe, en cuya puerta llamó apresuradamente: *¡toc, toc, toc!*

—¿Quién es? —preguntó desde dentro el pececillo, que estaba sacándose las escamas para dormir.

—Naricita. ¡Quiero que perdone al pobre desdichado del Mayor Agarra!

—¿Perdonarle qué? —preguntó el príncipe, que tenía muy poca memoria.

—¿Pues no lo condenó a tragar cien piedritas redondas? Ya se tragó noventa y nueve y está atragantado con la última. ¡No entra! ¡No le cabe! Está allí en el

jardín, con la barriga hinchada, gimiendo y llorando sin dejarme dormir.

El príncipe se enfadó.

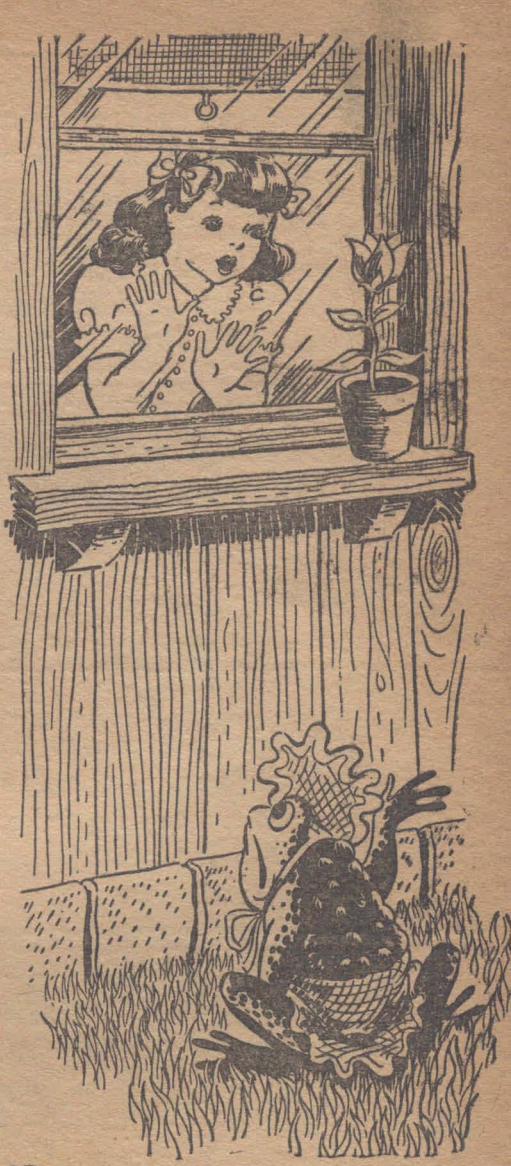
—¡Qué estúpido Mayor! Yo lo condené en broma: ¿acaso no se dió cuenta? Dígale que vomite las piedritas y que no me moleste.

Naricita se fué, saltando de alegría, a darle la buena noticia al sapo.

—¡Está perdonado, Mayor! El príncipe dió orden de que vomite las piedritas y que vuelva al servicio.

Por más esfuerzos que hacía el sapo, no conseguía devolver una sola.

—Imposible —gimió el infeliz. La única solución es que el doctor Caracol me abra con su cuchillito la barriga y me saque las piedritas, una por una, con la pinza de cangrejo que usa para eso.



—En ese caso, muy buenas noches, Mayor. Sólo mañana podremos ocuparnos de eso. Tenga paciencia y cuídese de no morir hasta entonces.

El sapo agradeció la buena acción de la niña prometiéndole que, si pudiera huir de las garras del príncipe, iría a vivir en la quinta de doña Benita para defender la huerta contra las orugas.

Naricita se recogió de nuevo. Iba ya a saltar a la cama cuando se acordó de Pulgarcito, a quien dejó escondido en la ostra.

—¡Por Dios! ¡Qué cabeza la mía! El pobre debe estar cansado de esperar.

Y fué corriendo a la gruta de los tesoros. Pero fué en balde: Pulgarcito había desaparecido con ostra y todo...

LA PILDORA PARLANTE

AL día siguiente se levantó muy temprano para llevar la muñeca al consultorio del doctor Caracol. Lo encontró con cara de quien se ha tragado una víbora de cascabel rellena de escorpiones.

—¿Qué pasa, doctor?

—Pasa que encontré saqueado mi depósito de píldoras. Me las han robado todas...

—¡Qué tragedia! —dijo la niña, preocupadísima. Pero, ¿no puede fabricar otras? Si quiere, le ayudaré a amasarlas.

—Imposible. Ya murió el escarabajo boticario que fa-

bricaba las píldoras, sin haber revelado el secreto a nadie. A mí sólo me quedaban cien de las diez mil que le compré a los herederos. El infeliz ladrón sólo me ha dejado una, que no sirve para el caso porque no es píldora parlante.

—¿Y ahora?

—Ahora es necesario una operación quirúrgica. Le abro la garganta a la muñeca y le pongo dentro un poquitito de habla —respondió el doctor, afilando su cuchillito puntiagudo.

En ese momento se oyó un gran barullo en el corredor.

—¿Qué será? —preguntó la niña, sorprendida.

—Es el papagayo que llega —declaró el doctor.

—¿Qué papagayo, hombre de Dios? ¿Qué viene a hacer un papagayo aquí?

El maestro Caracol le explicó que, como no encontrara las píldoras, mandó que trajeran un papagayo muy charlatán que había en el reino. Tenía que matarlo para extraerle la hablilla que iba a ponerle a la muñeca en la garganta.

Naricita, que no permitía que se matara ni a las hormigas, se indignó ante semejante barbaridad.

—¡En ese caso, no quiero! Prefiero que Emilia sea muda toda la vida a sacrificar una pobre ave que no tiene ninguna culpa.

No había terminado de decirlo cuando los ayudantes del doctor, unos cangrejos la mar de antipáticos, llegaron a la puerta arrastrando a un pobre papagayo con el pico atado. El pobrecito resistía, pero podían más los cangrejos ¡y se oía cada bofetada!...

Indignada por semejante estupidez, Naricita se les fué encima a puntapiés y coscorrones.

—¡No quiero! ¡No admito que se le torture! —gritó rojita de rabia, desatando el pico del loro y tirando las cuerdas a la nariz de los cangrejos.

El doctor Caracol quedó apabullado, porque sin píldoras ni papagayo era imposible curar a la muñeca. Y ordenó que le trajeran el segundo paciente.

Trajeron entonces al sapo en una carretilla. Tenía que venir sobre ruedas a causa de la hinchazón del vientre; parecía como si las piedras hubieran aumentado de volumen dentro. Y como estaba aun vestido con la pollera y la toca de Emilia, Naricita hubo de taparse la boca para no reír en momento tan inoportuno.

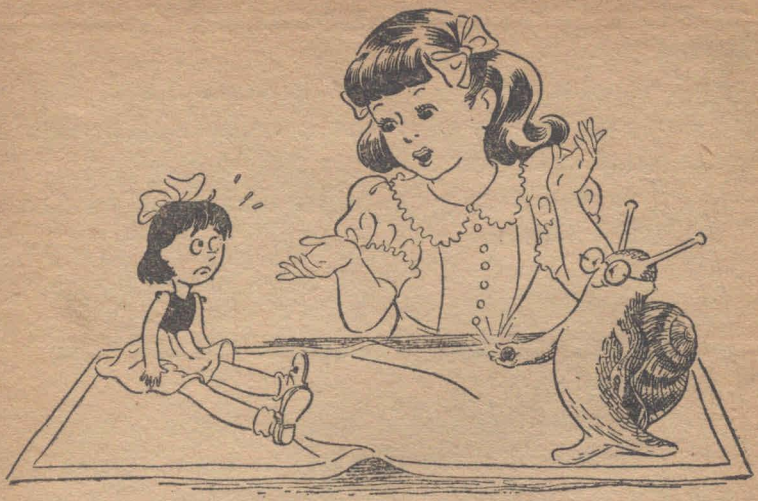
El famoso cirujano le abrió la barriga al sapo con su cuchillito y con las pinzas del cangrejo le extrajo una de las piedritas del vientre. Al mirarla a la luz del día, su cara se cubrió de sonrisas caracoleras.

—¡No es una piedra! —exclamó contentísimo. Es una de mis queridas píldoras. Pero ¿cómo es que habrá ido a parar a la barriga del sapo?

Volvió a meter la pinza y sacó otra piedra. ¡Era otra píldora! Y así hasta completar el número de noventa y nueve. ¡Había sido el sapo el ladrón del remedio maravilloso!...

La alegría del doctor era enorme. Como no sabía curar sin las píldoras milagrosas, había temido que lo echaran del puesto.

—Ahora podemos curar a la señorita Emilia —aseguró, después de haberle cosido la barriga al sapo.



Llegó la muñeca. El doctor escogió una píldora parlante y se la dió a tomar.

—¡Trágala de una vez! —le dijo Naricita, enseñándole a Emilia cómo se toman las píldoras. Y no hagas tantas muecas, que vas a reventar el otro ojo.

Emilia tragó la píldora muy bien y comenzó a hablar en el mismo instante. Lo primero que dijo fué: "¡Tengo un horrible gusto a sapo en la boca!" Y habló, habló, habló más de una hora sin parar. Habló tanto que Naricita, atormentada, pidió al doctor que le hiciera devolver esa píldora y le diera otra menos fuerte.

—No es necesario —le dijo el doctor. Que hable hasta que se canse. Después que haya hablado unas tres horas se calmará y hablará como toda la gente. Lo que tiene es charla depositada que tiene que salir.

Y así fué. Emilia habló durante tres horas sin respirar. Después se calló.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la niña. Ahora podemos conversar como la gente y saber quién fué el bandido que te asaltó en la gruta. Cuenta todo el caso.

Emilia se estiró toda y comenzó a decir en su voz fina de muñeca de trapo:

—Pues fué aquella diabla de doña Hada. La vieja taimada apareció en la gruta de las cáscaras...

—¿Qué cáscaras, Emilia? Me parece que aun no estás en tus cabales.

—Sí, cáscaras —replicó la muñeca caprichosamente. De esas cáscaras de bichos blandos que tanto admiras tú y que llamas conchas. La vieja taimada apareció y empezó a buscar al muñeco...

—¿Qué muñeco?

—Ese tal Pulgada que tragaba tortas y que tú escondiste en una cáscara, bien al fondo. Comenzó a buscar y fué sacudiendo una por una todas las cáscaras, para ver si tenían el muñeco dentro. Y tanto buscó que acabó por encontrarlo. Cogió la cáscara y se fué con ella bajo la manta...

—¡La mantilla, Emilia!

—¡*Manta!*

—¡Mantilla, tonta!

—*Manta*. Se iba con la cáscara bajo la *manta* cuando la ví y salté sobre ella. Pero la vieja gruñona me arañó la cara y me golpeó la cabeza con la cáscara con tanta fuerza que me dejó dormida. Sólo desperté cuando el doctor Cara de Col...

—¡Caracol! ¡Doctor Caracol, Emilia!

—Doctor *Cara de Col*. Sólo me desperté cuando el doctor *Cara de Colísima* me pegó un "llipizcón"...

—Pellizcón —corrigió Naricita por última vez, metiéndose a la muñeca en el bolsillo. Vió que el habla de Emilia no estaba aun bien ajustada, cosa que sólo el tiempo podría corregir. Vió también que era de genio insistente, dura de entendederas por naturaleza, y que pensaba respecto de todo de un modo especial, muy suyo.

—Mejor que sea así —filosofó Naricita. Las ideas de abuelita y tía Anastasia son tan conocidas que la gente las adivina antes de que abran la boca. Las de Emilia han de ser siempre novedosas.

Y volvió al palacio donde estaba la gente reunida para otra fiesta que el príncipe había organizado. Pero apenas había entrado en la sala de baile se oyó un estruendo enorme afuera, el estruendo de una voz que decía:

—¡Naricita, abuelita te está llamando!...

Aquel estruendo causó tal susto a todos los personajes del reino marino que desaparecieron como por encanto. Sobrevino entonces un ventarrón muy fuerte que envolvió a la niña y a la muñeca y las llevó desde el fondo del océano hasta las playas del arroyuelo que corría entre los árboles frutales.

Estaban otra vez en la quinta de doña Benita.

Naricita corrió a la casa. Apenas la vió entrar doña Benita, le dijo:

—Hay una gran novedad, Lucía. Vas a tener un buen compañero de juegos en la quinta. ¿Adivina quién es?

La niña se acordó de inmediato del Mayor Agarra que prometió ir a vivir con ellos.

—¡Ya lo sé! —dijo. Es el Mayor Agarra-y-No-Larga-Más. Bien me prometió que vendría.

Doña Benita puso cara de espanto.

—Estás soñando, niña. No se trata de ningún Mayor.

—¡Si no es el sapo, es entonces el papagayo! —dijo Naricita, recordando que también el loro le prometió visitarla.

—¡Qué sapo, ni loro, ni elefante, ni yacaré! Quien viene a pasar una temporada con nosotros es Perucho, el hijo de mi hija Antonia.

Lucía dió tres saltos de alegría.

—¿Y cuándo llega? —preguntó.

—Debe llegar mañana por la mañana. Prepárate. Arregla el cuarto de huéspedes y compón esa muñeca. ¿Dónde se ha visto una niña de tu edad con una muñeca en camisón y con un ojo solo?

—¡Es culpa de ella, doña Benita! Naricita me sacó la pollera y se la dió al sapo rayado —dijo Emilia, hablando por primera vez desde que llegaron a la quinta.

Doña Benita sintió tamaño susto que a poco se cae de la silla de patas serradas. Con los ojos muy abiertos, gritó a la cocinera:

—¡Corra, tía Anastasia! Venga a ver el fenómeno...

La negra llegó a la sala secándose las manos en el delantal.

—¿Qué pasa, señora? —preguntó.

—¡La muñeca de Naricita habla!

La buena negra rió alegremente con toda la inmensidad de sus labios.

—Imposible, señora. Esto es cosa que no se ha visto nunca. Naricita está bromeando con usted.

—¡Bromeando con tu nariz —gritó furiosa Emilia. Hablo y he de hablar. Yo no hablaba porque era muda, pero el doctor Cara de Col me dió una píldora de la barriga del sapo, la tragué y comencé a hablar y hablaré toda la vida, ¿sabe?

La negra abrió la mayor boca del mundo.

—¡Habla, señora, habla! —exclamó en el auge del asombro. ¡Habla como la gente! ¡Zape! El mundo está perdido...

Y se apoyó en la pared para no caer.

LA QUINTA DEL BIENTEVEO

LAS GUINDAS

AL VOLVER AL REINO DE LAS AGUAS Claras, Naricita comenzó todas las noches a soñar con el príncipe Escamado, doña Araña, el doctor Caracol y los demás personajes que allí conociera. Se impresionó de tal manera que no podía ver al bichito más insignificante sin ponerse a imaginar la vida maravillosa que habría de vivir allá en su tierra. Y cuando no pensaba en eso, pensaba en Pulgarcito y en los medios necesarios para favorecer nuevamente su fuga del cuento donde el pobrecito vivía prisionero.

Este era el tema predilecto de las conversaciones de la niña con la muñeca. Hacían planes de toda especie, a cual más loco. Emilia tenía ideas de legítima loca perdida.

—Voy allí —decía—, tomo a doña Hada por las

orejas, le doy un soberbio puntapié en aquella nariz de loro, tomo a Pulgada por las botas y vuelvo corriendo.

Naricita se reía a más no poder.

—Vas allí... pero ¿dónde?

—¡Donde vive la vieja!

—Pero, ¿dónde vive la vieja?

La muñeca no lo sabía, pero ni aun así le faltaba respuesta. Emilia nunca se atragantaba cuando había que responder. Decía las tonterías más solemnes del mundo, pero respondía.

—La vieja vive con Pulgada.

—¡Pulgarcito, Emilia!

—*¡Pul-ga-da!*

Era cabeza dura como ella sola. Nunca dijo doctor Caracol. Era doctor Cara de Col. Y nunca quiso decir Pulgarcito. Era Pulgada.

—Muy bien —decía la niña. La vieja vive con Pulgada y Pulgada vive con la vieja. Pero, ¿dónde viven los dos?

—¡Viven juntos!

Naricita se reía, se reía... ¿Qué hacer con un demonio de éstos?

Otra a quien parecían graciosísimas las locuras de la muñeca era doña Benita. Todas las noches la ponía en su regazo para contarle historias. Porque no había en el mundo nadie a quien gustaran más los cuentos que a la muñeca. Vivía pidiendo que le contaran la historia de todo: del tapete, del cuco, del reloj, del armario. Cuando supo que Perucho, el otro nieto de doña Benita, iba a

pasar una temporada allí, le pidió de inmediato que le contara la historia de Perucho.

—Perucho no tiene historia —le respondió doña Benita riendo. Es un niño de diez años que nunca salió de casa de mi hija Antonia y que, por consiguiente, no ha hecho nada ni nada conoce del mundo. ¿Cómo puede tener historia?

—¡Eso sí que está bien! —replicó la muñeca. Aquel libro de tapa colorada que está en el estante, tampoco salió jamás de su casa y, sin embargo, tiene dentro más de diez historias.

Doña Benita se volvió hacia tía Anastasia:

—Esta Emilia dice tantas tonterías que resulta casi imposible conversar con ella. Llega a confundirla a una.

—Es porque es de trapo, señora —explicó la negra—, y de un trapito bastante ordinario, que digamos. Si hubiera sospechado que llegaría a hablar, la habría hecho de seda o por lo menos de un retazo de aquel vestido suyo de ir a misa.

Doña Benita miró a tía Anastasia de cierto modo, como si le pareciera esa explicación equivalente a las de Emilia.

En eso llegó Naricita con un sobre para doña Benita, que acababa de dejar el cartero.

—Carta de tía, abuelita —dijo la pequeña. Con seguridad que nos avisa el día del viaje de Perucho.

Doña Benita la leyó. Era eso. Perucho llegaría una semana después.

—¿Todavía una semana? —comentó Naricita, desanimada por tan larga espera. ¡Qué lástima! Tengo tan-

tas cosas que contarle a Perucho, cosas del reino de las Aguas Claras...

—No sé qué reino es ése. Nunca me hablaste de él —dijo doña Benita sorprendida.

—No le hablé ni le hablo de él porque usted no me cree. ¡Qué hermosura de reino, abuelita! ¡Un palacio de coral que parece un sueño! Y el príncipe Escamado, y el doctor Caracol, y doña Araña y sus seis hijitas, y el Mayor Agarra, y el loro que salvé de la muerte ¡cuántas cosas! Hasta ballenas vimos allí, una ballena enorme dándole de mamar a tres ballenitas. Vi un millón de cosas, pero no puedo contar nada, ni a abuelita, ni a tía Anastasia, porque sé que no van a creerlo. A Perucho, sí, puedo contárselo todo, todo...

Efectivamente, doña Benita nunca creyó en las historias maravillosas de Naricita. Decía siempre: "Son sueños de criatura". Pero después que la chica hizo hablar a la muñeca se sintió tan impresionada que dijo a la tía Anastasia: "Es éste un prodigio tan grande que casi estoy por creer que las cosas fantásticas que Naricita nos contó no son sólo sueños como siempre creí.

—Lo mismo creo yo, señora. Esa niña está llevada de los demonios. Es capaz de haber encontrado por ahí la varita mágica que perdió alguna hada. Tampoco creía yo en lo que contaba, pero después del caso de la muñeca, estoy como con la cabeza perdida. Porque, ¿dónde se ha visto una cosa así? ¡Una muñeca de trapo que fabriqué yo misma con estas pobres manos, y de unos trapitos tan ordinarios, hablando como la gente! ¡O estamos chocheando o el mundo está perdido!

Y las dos viejecitas se miraban, agitando la cabeza.

A Naricita no le gustaba esperar; se sintió aburrida por tener que aguardar a Perucho toda una semana. Felizmente era época de guindas.

En la quinta de doña Benita había un solo árbol, pero tan grande que era suficiente para que se regalaran todos hasta hartarse con sus frutos. Justamente aquella semana las guindas estaban a punto y la chica no hacía más que comer fruta. A cada momento subía al árbol como una monita. Escogía las mejores, se las ponía entre los dientes y *¡tloc!*... Y después del *¡tloc!* una tragadita del jugo y *¡pluf!*, el carozo fuera. Y *¡tloc! ¡pluf!, ¡tloc! ¡pluf!* se pasaba el día entero en el árbol.

Las guindas tenían otros clientes además de la niña. Uno de ellos era un cerdito muy desfachatado a quien llamaban Rabicó. Apenas veía a Naricita subirse al árbol, corría a ponerse debajo esperando los carozos. Cada vez que allá arriba sonaba un *¡tloc!* seguido de un *¡pluf!*, abajo se oía un *¡ñoc!* del cerdito. Y la música de la guinda era entonces así: *¡tloc! ¡pluf! ¡ñoc!, ¡tloc! ¡pluf! ¡ñoc!*

Y abejas y avispas. Avispas en cantidad, especialmente al final, cuando las guindas parecían de pura miel, como decía Naricita. Escogían las mejores frutas, le hacían un agujero con el aguijón, metían dentro la mitad del cuerpo y se quedaban quietecitas chupando, chupando hasta caer borrachas.

—¿Y no picaban?

—No tenían tiempo. El tiempo era poco para aprovechar aquella delicia que sólo duraba quince días.

No picaban, es un modo de decir. No habían picado

aún. Porque justamente aquella tarde una picó. Estaba Naricita en su rama, distraída, pensando en la sorpresa que sufriría el príncipe Escamado si recibiera una guinda de regalo, cuando se llevó a la boca una de las agujereadas con media avispa metida dentro. Esta vez, en lugar del *¡tloc!* acostumbrado, lo que se oyó fué un berrido: *¡ay... ay... ay...!*, que llegó hasta dentro de la casa.

—¿Qué será eso? —exclamó doña Benita asustada.

—Apuesto que son las avispas, señora —dijo la tía Anastasia. No sale de la "frutera" y, como nunca la picaron, abusa. Vivo diciéndole: "Cuidado con las avispas", pero es inútil. Naricita no hace caso. Ahora lo verá...

Y salió corriendo para auxiliar a la chica.

La encontró cuando volvía, berreando, con la lengua fuera, porque había sido bien en la punta de la lengua donde la avispa le picó. La negra la trajo a casa, la hizo sentar en el regazo y le dijo:

—Cálmate, tontuela, que no es nada. Duele, pero pasa. Saca la lengua, para que te quite el aguijón. Las avispas cuando pican dejan el aguijón en la herida. Sácala bien... Así.

Naricita alargó medio palmo de lengua y tía Anastasia, tras mucho esfuerzo, porque ya tenía la vista débil, pudo descubrir finalmente el aguijoncillo y arrancárselo.

—Ya está —exclamó, mostrándole una puntita en el extremo de la pinza. Aquí está el malvado. Ahora hay que tener paciencia y esperar que pase el dolor. Si fuera mordedura de perro rabioso sería mucho peor...

Naricita sufrió el dolor durante algunos minutos, con

la lengua hinchada, los ojos enrojecidos y sollozando de vez en cuando. Después que se le pasó el dolor, fué a contarle a la muñeca toda la historia.

—¡Bien hecho! —dijo Emilia. Si fuera yo, miraría una a una todas las frutas con los lentes de doña Benita antes de comerlas.

A pesar del sufrimiento pasado, Naricita no pudo contener una carcajada, que tía Anastasia oyó desde la cocina. "Ya se curó Naricita", murmuró la negra, "y dentro de muy poco se subirá otra vez al árbol".

Y tenía razón. Cuando se dirigió poco después al arroyo con un atado de ropa, al pasar cerca del guindo, oyó la música de siempre: *¡tloc! ¡pluf! ¡ñoc!* Allá estaba Naricita subida al árbol. Allá estaban las avispas con medio

cuerpo metido dentro de las frutas. Allá estaba Rabicó esperando lo que caía.

—Todo está en orden —murmuró para sí misma la negra y, llevando el cachimbo a la boca, siguió su camino.

EL ENTIERRO DE LA AVISPA

POR la noche, a la hora de acostarse, Naricita recordó que había dejado la muñeca debajo del árbol.

—¡Pobre Emilia!... Debe estar muriéndose de miedo de las lechuzas... —y pidió a tía Anastasia que fuera a buscarla.

La negra fué y trajo a Emilia toda húmeda de rocío, furiosísima por el olvido de la niña. Sólo mediante la promesa de un vestido nuevo, desarrugó Emilia el entrecejo.

—Un vestido de percal de color rosa con pintas. Y con la pollera larga.

—¿Por qué, Emilia? —preguntó la niña, sin comprender aquel deseo.

—Porque me manché la pierna junto a la rodilla y no quiero que se me vea.

—¡Pero si es más fácil lavarse la rodilla!

—¡Dios me libre! Tía Anastasia ha dicho que soy de manzanilla silvestre por dentro, de manera que no puedo mojarme. Enmohecería. Cualquier día puedo convertirme en condesa y no quiero que me llamen la Condesa del Moho.

—Tienes razón, Emilia. Lo mejor es hacerte un vestido

de cola. A una condesa le sienta bien. Pero, ¿condesa de qué?

—Quiero ser la condesa de las Tres Estrellitas. Me parece precioso todo lo que es de Tres Estrellitas. La ciudad de ***, año de ***, el duque de ***, como se ve en esa novela que doña Benita no deja de leer.

—Muy bien, Emilia. Desde este instante te nombro condesa de Tres Estrellitas, y para que no haya dudas te voy a pintar en la frente tres estrellitas chiquititas. Todas las criaturas de la tierra van a retorcerse de envidia.

—Todas menos una —observó la muñeca.

—¿Quién?

—La avispa que te picó en la lengua.

—Explícate, Emilia. No entiendo nada.

—Quiero decir que la tal avispa está muerta y bien enterrada en el fondo de la tierra —explicó la muñeca. Asistí a todo. Cuando ella te picó la lengua y tú hiciste *¡pluf!* antes de gritar *¡ay, ay, ay!*, la guinda escupida con la avispa dentro, cayó muy cerca de mí. Vi todo lo que pasó después que bajaste del árbol, berreando como un becerro, y te fuiste sin acordarte de mí.

Y la muñeca contó tin tin por tin tin el triste fin de la pobre avispa.

—Ella se quedó casi una hora dentro de la guinda, medio triturada, moviendo ora una piernita, ora la otra. Después no se movió más. Había muerto. Llegaron las hormigas para hacer el entierro. Miraron, miraron estudiando el medio más fácil de sacarla de allí. Llamaron a otras y finalmente dieron comienzo al trabajo. Cada una se agarró a una patita y tira que te tira la sacaron de la

fruta. Y la fueron arrastrando hasta la cueva, que es ese agujerito donde viven las hormigas. Allí pararon esperando al hacedor de discursos.

—¡Orador, Emilia!

—*Hacedor de discursos.* Llegó él, con el discursito escrito en un papel debajo del brazo, y leyó, leyó, leyó, y nunca acababa. Las hormigas estaban cansadas del escarabajito (era un escarabajo del Instituto Histórico) y lo silbaron. Apareció un mamboretá policial, con la varita en la mano. ¿Qué pasa? —preguntó. "Lo que pasa es que estamos cansadas y hambrientas y este famoso orador no termina su discurso". "Es pesadísimo", dijeron las hormigas. "¡Basta, aburridor!" —ordenó el soldado, e hizo callar al orador con la varita.

Las hormigas, muy contentas, terminaron el trabajo y se llevaron al fondo de la cueva el cadáver de la avispa. En seguida salió una con un letrero así, que dejó sobre un montoncito de tierra:

Aquí yace
una pobre avispa asesinada
en la flor de la edad
por la Niña de la naricita chata.
¡Rogad por ella!

Hecho eso desapareció. La noche había caído. En el jardín desierto sólo quedó el escarabajo atragantado con el discurso. Quería, a viva fuerza, continuar. Finalmente

consiguió destaparse y declamó: "En este momento solemne..." Un sapo que pasaba abrió un ojo diciendo: "Espera, que yo te curo..." Dió un salto y *¡ñoc!*... ¡"curó" al hacedor de discursos!

—¿No te fijaste, Emilia, si ese sapo era el Mayor Agarra y No-Larga-Más? —preguntó la niña.

—¡No, no era él! Era el Coronel Traga-Orador-Con-Discurso-y-Todo...

LA PESCA

FINALMENTE se acabaron las guindas. Tan sólo en las ramas más altas, allá arriba, se lograba divisar una que otra, todas agujereadas por las avispas.

Rabicó —*ron, ron, ron*— daba vueltas por allí por la fuerza del hábito. Se quedaba inmóvil, muy serio, esperando que cayeran carozos; pero como no caía nada se iba, *ron, ron, ron*...

También volvía al árbol Naricita, llevando en la mano una larga vara, con la nariz al aire, esperando "pescar" alguna todavía.

—¡Vamos, chica! —gritó desde el arroyo, en una de esas ocasiones, la tía Anastasia. ¿No te ha bastado casi un mes de *¡tloc! ¡tloc!*? Tira esa caña y ven a ayudarme a tender esta ropa al sol.

Naricita tiró la vara sobre el cerdito, que hizo *¡coin!*, y

fué corriendo hacia el río, llevando a Emilia de cabeza para abajo en el bolsillo del delantal.

Allí se le ocurrió una idea: dejar a la muñeca pescando mientras ella ayudaba a la negra a tender la ropa al sol.

—Tía Anastasia, hazle a Emilia un anzuelito de alfiler. ¡La pobre tiene tantas ganas de pescar!...

—¡Era lo único que faltaba! —respondió la negra, sacándose el cachimbo de la boca.

—¿Lo haces? —insistió la chica. Aquí tengo un alfiler. El hilo lo sacamos del dobladillo de mi vestido. No va a faltarnos caña. ¿Lo haces?

—¿Cómo no he de hacerlo, diablillo? Sí, lo haré. Pero si me atraso en el trabajo la culpa no será mía.

Y lo hizo. Dobló el alfiler en forma de gancho, lo ató a la punta de un hilo y encontró una caña, ¡una cañita de dos cuartas, imaginaos! Naricita completó la obra atando la caña al brazo de la muñeca.

—¿Y la carnada?

—La carnada es lo de menos. Cualquier saltamontes servirá.

Saltando aquí, saltando allí, Naricita consiguió agarrar un saltamontes verde. Lo colocó en el anzuelo. Después ubicó a la muñeca a la vera del agua, muy tiesa y con una piedra en el regazo para que no se cayera.

—Ahora, calladita, Emilia. Ni siquiera pestañees, porque se espantarían los peces. En cuanto uno de ellos pique *¡zuct!*, le das un tirón al hilo.

Y dejándola allí se acercó a la negra.

—¿Tú me freirás el pececito de Emilia?

—Lo freiré, sí... ¡Hasta en la punta del dedo si quieres!

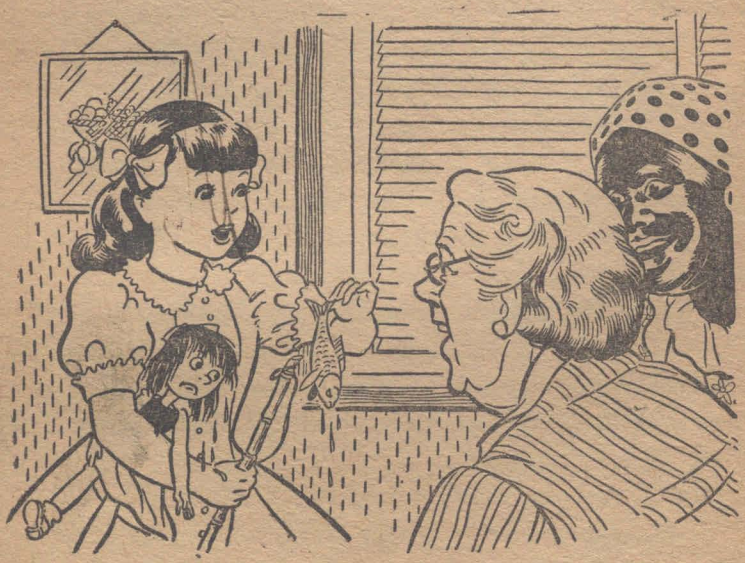
—¡No te rías, tía Anastasia! Emilia es tremenda. Nadie puede adivinar lo que es capaz de hacer...

Apenas lo había dicho y *¡chimbum!*... La pescadora de trapo, en una voltereta cayó al agua, con piedra y todo.

—¡Socorro, Anastasia! ¡Emilia se está ahogando! —gritó la chica afligidísima.

Efectivamente. Un pez había mordido el anzuelo y, luchando por escapar, arrastró a la pescadora al medio del río.

Tía Anastasia trajo un palo con gancho y con mucho



cuidado fué atrayendo el cuerpo de la muñeca hasta que la niña alcanzó a la infeliz pescadora.

Así fué; y cuál no sería el asombro de Naricita al ver salir del agua, prendida al anzuelo de Emilia, una mojarrita que se retorcía desesperadamente.

La negra abrió la boca.

—¡Cielos! ¡Parece cosa de brujas!

Muy contenta de la aventura, Naricita corrió hacia la casa con el pescadito en la mano.

—¡Abuelita! —gritó al entrar. ¿Adivina quién pescó esta mojarrita?

Doña Benita la miró y le dijo:

—¡Qué gracia! Pues tú, hija mía.

—No.

—¿Tía Anastasia?

—No.

—Entonces fué un pajarito —bromeó doña Benita.

—No adivinas, abuelita. ¡Fué Emilia...!

—¿Te estás riendo de tu abuela?

—Lo juro... Por Dios. Pregúntaselo a tía Anastasia.

La negra entraba con el paquete de ropa limpia.

—¿No es verdad, tía Anastasia? ¿No fué Emilia quien la pescó?

—Es verdad, señora —dijo la negra dirigiéndose a doña Benita. Fué la muñeca. No se puede Ud. imaginar las travesuras que se le ocurren a esta niña. Se arregló de manera que puso a la muñeca a pescar a la orilla del arroyo y ahí está el pescado.

Doña Benita estaba boquiabierta.

—Bien dice el refrán: cuanto más se vive, más se apren-

de. Tengo más de sesenta años y todos los días aprendo cosas nuevas con esta nieta loca...

—Los niños de hoy, señora, ya nacen sabihondos. En mis tiempos, las niñas de esta edad estaban en los brazos del ama, con el biberón en la boca. ¿Hoy? ¡Dios me socorra! ¡No conviene decirlo!

Y con Naricita, que bailaba delante de ella, fué a la cocina a freír la mojarrita.

LAS HORMIGAS RUBIAS

SOLO después de haberse comido la mojarrita se acordó Naricita de la pobre muñeca, calada hasta los huesos por el agua del arroyo.

—¡Pobrecita! Es capaz de pescar una pulmonía...

Y corriendo fué a cuidar de ella. La desnudó y la puso en un lugar de mucho sol. De un lado extendió las ropitas mojadas y del otro a la pobre Emilia desnudita del todo. Ya se iba a ir cuando vió que la muñeca ponía cara de llanto.

—¡No me quedaré sola aquí!

—¿Por qué, tonta? ¿Tienes miedo que venga el chanchito y te vea esas canillas flacas?

—Que me vea es lo de menos. Lo peor es que es capaz de tragarme. Tía Anastasia dice que Rabicó devora todo lo que encuentra.

—En ese caso te voy a colgar de un árbol.

—¡Eso sí que no! Alguna avispa me podría picar.

—¡Tonta! ¿No sabes que las avispas no pican a los trapos?

—¿Y si me caigo con el viento?

—¡Gran cosa! La muñeca de trapo, cuando se cae, no se hace daño. ¡Yo soy la que no puede quedarse bajo este sol de fuego esperando que la señora condesa de las Tres Estrellitas se seque! ¿Quién te mandó mojarte?

—¡Desagradecida! Si no fuera por mi mojadura tú no habrías comido mojarrita frita.

—¿Qué te crees? ¿Que era una gran cosa la mojarrita? ¡Era puras espinas!

—Sí, pero te la comiste con espinas y todo... ¡Y hasta te chupaste los morros!

—Labios, Emilia. Morros tienen los animales. Comí porque quise ¿entiendes? No tengo que darte explicaciones. Y le sacó la lengua.

Se habían enfadado. Sin embargo, Naricita se quedó, porque en conciencia temía dejar sola a la muñeca.

El sol quemaba. En los árboles no se veía más que uno que otro gorrión; en el suelo, unas hormiguitas rubias. Para pasar el tiempo, la niña se puso a observar su corretear, olvidando la pelea con la muñeca.

—Te has fijado, Emilia, ¿cómo hablan las hormigas? ¡Qué lástima que nosotras no podamos comprender lo que dicen!

—Nosotras, es un modo de decir —replicó Emilia—, porque yo entiendo perfectamente lo que dicen.

—¿De veras?

—Claro que sí, Naricita. Entiendo perfectamente y si te quedas aquí te lo contaré. Mira. Allí viene una, y otra

va a su encuentro. En cuanto se topen se pararán a charlar.

Dicho y hecho. Las hormiguitas se encontraron, se detuvieron y comenzaron a cambiar señales de entendimiento.

—Como si hablaran chino —dijo Naricita.

—Pues yo lo entendí todo —replicó la muñeca. La que venía de allí dijo: —"¿Encontró el cadáver del grillo verde?" La que iba desde aquí respondió: —"No". La de allá: "Pues vuelva y búsquelo cerca de la piedra donde vive el escarabajo rengo". Esa hormiga que da órdenes debe ser alguna dueña de casa del hormiguero. Fíjate en sus gestos de mandona, y cómo está siempre entrando y saliendo del agujerito, como quien dirige un trabajo. La otra debe ser un simple burrito de carga.

Así debía ser, porque poco después llegó una tercera muy apresurada; habló con ella y allá se fué, más apresurada todavía.

—¿Qué dijo ésa? —preguntó Naricita.

—Dijo que había descubierto una hermosa lombriz cerca del portón, pero que necesitaba ayuda para traerla.

—¡Emilia, te estás burlando de mí! —exclamó la niña desconfiada. Voy a ver y, si no es verdad, me las vas a pagar. Espera ahí...

Y salió corriendo en dirección al portón. Busca que te busca, en seguida encontró, junto a un montón de tierra removida, a una pobre lombriz que corcoveaba con varias hormiguitas aferradas a sus lomos.

Sintió ganas de libertar a la prisionera, pero pudo más la curiosidad y dejó a la triste lombriz entregada a su trágico destino.

Iban llegando más hormiguitas que, de un salto, *¡zás!*, se prendían a la víctima sin compasión. Poco después eran más de veinte. La lombriz bien que se retorcía; finalmente, exhausta, fué decayendo, decayendo, hasta que se murió, bien muertita. Las hormigas, entonces, empezaron a llevarla hacia el hormiguero.

¡Qué difícil! La lombriz era de las más gordas, pesando unas siete arrobas —arrobitas de hormiga, claro está— y además de eso se iba enganchando por el camino en cuanta piedrita y hoja encontraba; pero las cargadoras eludían todos los obstáculos y allá iban con su carga.

Después de media hora de esfuerzos llegaron con la lombriz al hormiguero. ¡Allí, nuevas dificultades! Por más que probaran, no hubo manera de hacerla entrar entera. En ese momento llegó la hormiga mandona. Examinó el problema y ordenó que se la cortara en varias rodajas.

Aquello fué *¡zas! ¡tras!* En un abrir y cerrar de ojos se cumplió la orden y allá fueron hacia el interior del hormiguero los barrilitos de carne.

—¡Sí, señora! —exclamó Naricita, después de ver terminar la fiesta. Esto es lo que se puede llamar un trabajito limpio. Que el demonio quiera ser lombriz en esta quinta...

—Bien hecho —replicó Emilia. ¿Quién le manda ser curiosa? Si se quedara con las otras, allá en el fondo de la tierra, que es el lugar de las lombrices, no le hubiera pasado nada. Mono que se mueve mucho es porque quiere plomo, como dice tía Anastasia.

Eso durante el día. Por la noche la historia de las hormigas continuó. Naricita y Emilia dormían juntas, en la

misma cama. La hamaca puesta entre las patas de la silla fué abandonada desde que la muñeca empezó a hablar. Se acostaban juntas para charlar, mientras llegaba el sueño.

—Pero, Emilia, ¿cómo es que comprendes el lenguaje de las hormigas? —preguntó Naricita apenas se acostó.

La muñeca reflexionó un momento y respondió:

—Comprendo porque soy de trapo.

Naricita lanzó una carcajada.

—Esa no es contestación digna de una señorita inteligente. También es de trapo mi vestido y no entiende nada.

La muñeca volvió a meditar.

—Entonces es porque soy de manzanilla silvestre —dijo.

Nueva carcajada de Naricita.

—Tampoco está bien. Este almohadón es de manzanilla silvestre, y comprende a las hormigas tanto como yo.

—Entonces... ¡entonces!... —vaciló Emilia, con el dedito en la frente. Entonces... no sé.

Era la primera vez que Emilia no sabía responder. La primera y la última. Nunca más hubo pregunta que la confundiera.

—Pues si no sabes, duerme —dijo la niña, volviéndose hacia la pared.

Se durmieron las dos.

Cuando estaban en lo mejor del sueño, tarde ya, oyeron llamar —*¡toc, toc, toc...!*

—¿Quién es? —preguntó Naricita, sentándose en la cama.

—Soy yo, Rabicó —gruñó el cerdito entreabriendo la puerta con el hocico. Hay aquí una señora rubia que quiere entrar.

—Pues que entre —ordenó la niña.

Rabicó abrió la puerta dando paso a una hormiga rubia, con falda roja y delantal de encajes. Llevaba en la cabeza un canastillo de plata cubierto con una servilleta de papel.

—¿Qué desea? —preguntó la niña llena de curiosidad.

—Deseo entregar a la señora condesa este regalo que le envía la reina de las hormigas.

—¿Condesa? —preguntó Naricita arrugando la frente. ¿Qué condesa, señora?

—La condesa de las Tres Estrellitas —explicó la hormiga.

—¡Hum! —dijo la niña, que no recordaba ya que ella misma había nombrado condesa a la muñeca.

Volviéndose hacia Emilia, le dió tres codazos, sin poder ocultar el despecho que le producía el que fuera la muñeca y no ella la obsequiada por la reina.

—¡Despierta, pedrusco! El negocio es con "su excelencia".

Emilia se sentó en la cama. Se desperezó, atontada por el sueño. Y creyendo que estaban aun conversando sobre el idioma de las hormigas, dijo en un bostezo:

—Entonces es... es porque soy...

—No se trata de eso, ¡idiota! Está ahí buscándote la criada de una tal reina amiga tuya. ¡Vamos! Despierta de una vez.

Entonces Emilia despertó de verdad. Vió a la hormiga con la cesta y alargó los brazos para recibir el regalo. Eran croquetas, riquísimas croquetas, tostaditas y aromáticas.

La muñeca sonrió de placer y orgullo. ¡La reina se acordaba de ella!

—Dígale a Su Majestad que la Condesa de las Tres Estrellitas le agradece infinitamente el regalo. Que las croquetas son preciosas y que ella es una gran cocinera.

Naricita soltó la carcajada.

—¡Qué idea, condesa! ¿Acaso una reina puede ser cocinera?

Emilia cayó en la cuenta de que había cometido una de esas cosas graves que la buena sociedad llama "gaffe". Y trató de corregirla.

—Es decir... dígale que su cocinera es muy buena, ¿comprendió? Y dígale, además, que las croquetas son riquísimas... es decir... que deben ser riquísimas. Puede irse.

La sirvienta hizo una inclinación de cabeza para retirarse, pero se detuvo ante un gesto de la niña.

—No se vaya aún —dijo, y, volviéndose a la muñeca: —Un regalo se retribuye con otro regalo, señora condesa. Mándele una patita de aquel mosquito que quemó con la vela al acostarnos.

—Es verdad —exclamó la muñeca. No me cuesta nada y la reina va a quedar contentísima.

Y se puso a gatas para buscar el mosquito asado. Lo encontró, le sacó un muslito y lo adornó con una cinta, y después de envolverlo en un papel de seda lo colocó en la canastilla con una tarjeta que decía:

A
A Su Majestad, la Reina de la Cintura
Fina, ofrece su humilde sierva
*Condesa de *** (tres estrellas).*

—Llévele a la reina este jamón, ¿quiere? Y Vd., para que se distraiga por el camino, vaya comiéndose este garrón de mosquito —concluyó, dándole a la criada una extremidad del insecto.

La mensajera dió las gracias, retirándose encantada, con la canastilla en la cabeza y la extremidad del mosquito en las pinzas.

Emilia cerró la puerta y volvió a olisquear las croquetas.

—¡Hum! Son como para hacerle a una la boca agua —dijo. ¿Quieres probar una, Naricita?

—¡Dios me libre! Estoy por jurar que son croquetas de lombriz.

Viendo que lo que decía se lo dictaba el despecho, la muñeca le respondió:

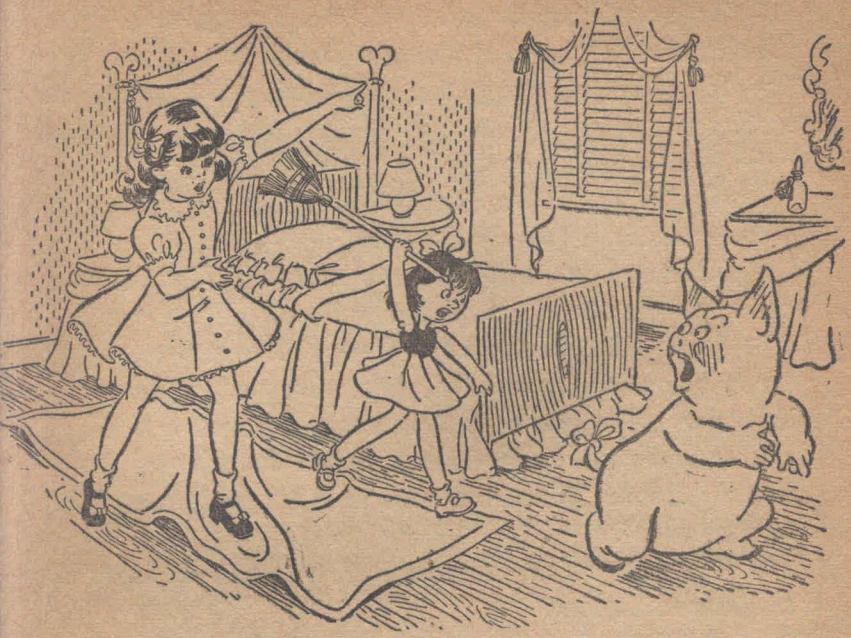
—Quien desdeña quiere comprar...

—¡Ah, sí! ¡Qué gracia! —replicó la niña de la naricita chata con aires de desprecio. Y viendo a la muñeca que comía una de las croquetas con la mayor exageración del mundo, como si aquello fuera manjar del cielo, hizo un gesto de asco.

—¡Estás bien para casarte con Rabicó! ¡Mire que comer croquetas de lombriz!

—Que sean de lombriz, ¿qué importa eso? —replicó Emilia. Lo mismo da la carne de cerdo que la de vaca o la de pollo; todas son carne. Y me extraña mucho que una dama que ayer en la cena comió mondongo de cerdo ponga esa cara de asco ante una simple croqueta de lombriz.

—¡Alto ahí, señora Condesa Lombricera! ¡El cerdo es cerdo y la lombriz es lombriz!



—Pues es por "eso mismo" que como lombriz y no como cerdo —replicó la muñeca victoriosa.

La discusión se prolongó. Mientras tanto el señor Rabicó olió las croquetas, se acercó despacito y, viéndolas tan distraídas en la discusión, las comió todas de un solo bocado. Terminada la disputa, cuando la muñeca quiso hacer rabiar a Naricita, alargó el brazo para tomar otra croqueta...

—¿Dónde están las croquetas? —gritó.

¡Ni señal de ellas! Emilia pateaba de rabia mientras Naricita aplaudía de contento.

—¡Muy bien! Estabas la mar de orgullosa, ¿verdad? ¡Pues, toma!

—Quiero mis croquetas... quiero mis croquetas! —gritaba Emilia en una desesperación creciente.

—Si quieres tus croquetas, pídele cuentas a quien las sacó.

—¿Quién fué?

—¿Quién podría ser sino Rabicó? Fíjate y verás que está escondido debajo de la cama.

Emilia buscó, e inmediatamente encontró al ladrón roncando en un rincón con el buche lleno.

—¡Espera, que te voy a curar! —gritó, tomando el mango de una escoba, y allá fué, *¡pan, pan, pan!*, le dió al ladrón una paliza que no era para reír, mientras que Naricita se revolcaba en la cama a fuerza de carcajadas, diciendo para sí: "Si antes de casarse es así, imagínese cómo será después".

Y eso era porque alimentaba el proyecto de casar a Emilia con Rabicó.

PERUCHO

FINALMENTE llegó el gran día. La víspera se recibió una carta de Perucho para doña Benita que comenzaba así: "Salgo para ésa el día 6. Mande a la estación el petizo pangaré y no se olvide del chicotito de mango de plata que el año pasado dejé colgado detrás de la puerta del cuarto de huéspedes (Naricita sabe dónde). Quiero que Naricita me espere en el portón de la entrada, con Emilia en su vestido nuevo y Rabicó con un lazo en la cola. Y

que tía Anastasia prepare uno de esos pasteles que sólo ella sabe hacer".

En vista de eso, Naricita se levantó temprano, para preparar el recibimiento de acuerdo a las instrucciones de la carta. Le puso a Emilia su vestido nuevo de percal color de rosa con pintas y adornó a Rabicó con dos lazos: uno en el pescuezo y otro en la punta de la cola.

¡*Tac... tac... tac...!* Perucho apareció en el portón, trotando en el pangaré, quemado de sol y alegre como un pájaro.

—¡Viva! —gritó la niña, corriendo a tenerle las riendas. ¡Apéese de prisa, señor doctor, que tenemos mucho que hablar!

Perucho se apeó, la abrazó y no pudo resistir a la tentación de abrir allí mismo el paquete de los regalos y sacar el que traía para ella.

—¡Adivina lo que traigo para ti! —dijo, escondiendo un paquete voluminoso tras él.

—¡Ya lo sé! —respondió la chica. Una muñeca que llora y abre y cierra los ojos.

Perucho quedó decepcionado, pues justamente era eso lo que le traía.

—¿Cómo adivinaste, Naricita?

La niña rió alegremente.

—¡Gran cosa! Adiviné porque te conozco. Sepa Ud., tonto, que las niñas son mucho más vivas que los niños...

—¡Pero tienen menos fuerza! —replicó él, orgulloso, haciéndole tocar las líneas duras de sus biceps, que la gimnasia escolar había desarrollado. Y terminó: —Con estos

músculos y la viveza tuya, Naricita, ¡quiero ver quién puede con nosotros!

Los regalos para los demás fueron distribuídos allí mismo. Rabicó recibió una cinta nueva, de seda, y los restos de la merienda que Perucho traía (fué eso lo que más le gustó). Emilia recibió un servicio completo de cocina: fogoncito de lata, ollas, fuentes y hasta un palo redondo para amasar pasteles.

—Y para abuelita, ¿qué has traído? —preguntó Naricita.

—Adivínalo, ya que eres tan adivinadora.

—Yo sólo adivino cuando eres tú mismo quien escoge los regalos. Pero el que traes a abuelita apuesto que no fuiste tú quien lo eligió. Fué tía Antonia.

Por segunda vez Perucho quedó con la boca abierta. Aquella prima que vivía en la quinta era más perspicaz que todas las niñas de la ciudad.

—Tienes razón. Así fué. El regalo para abuelita fué elegido y comprado por mamá. Tienes que enseñarme el secreto para adivinar las cosas, Naricita...

En ese momento doña Benita salió a la galería y Perucho corrió a abrazarla.

Poco después todos estaban reunidos en el comedor, oyendo las novedades y las historias de la ciudad. Tía Anastasia trajo de la cocina la fuente con la masa para las tortas, a fin de no perder una sola palabra mientras las preparaba. De repente, un poco de viento sopló más fuerte y un chirrido se dejó oír —*¡ñen... ñin!*

Perucho interrumpió la conversación con el oído atento.

—¡El asta de San Juan! —murmuró enternecido.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

¡Cuántas veces, en el colegio, me equivoqué oyendo el chirrido de las puertas y creyendo que era el asta de nuestra querida bandera! ¿Cómo está ella?

—Descolorida por las lluvias y con un siete, justamente encima de la cabeza del corderito —respondió la niña.

El día de San Juan era día de fiesta mayor en la quinta del Bienteveo. Se reunían allí todos los chicos de los alrededores para soltar cohetes y bombas y bailar en torno a las hogueras que nunca dejaban de encender en el patio. Perucho jamás había faltado a esa fiesta anual, como tampoco dejó de quemarse nunca un dedo. Un año que no le ocurrió eso se asombró mucho.

En los últimos tiempos, Perucho era el que pintaba el asta, cuidando de formar arabescos de todos los colores, cada año en un estilo diferente. También era él quien traía la bandera con el retrato de San Juan, con la cruz al hombro y el cordero en los brazos. La traía de la ciudad, después de recorrer todos los negocios a fin de comprar la más bonita.

—Está bien —dijo doña Benita, cuando supo las principales novedades de la ciudad. Puedes ir a jugar con Naricita, que tiene un mundo de cosas que contarte.

Los dos primos fueron saltando hasta la huerta de los árboles frutales. Era allí, bajo los viejos árboles, donde cambiaban sus confidencias y planeaban las grandes aventuras por el mundo de las maravillas.

El tema del día fué el caso extraordinario de la muñeca.

—Parece increíble —decía Perucho. Cuando recibí tu carta diciéndome que Emilia hablaba, no lo quise creer. Pero hoy veo que habla y que habla bien. ¡Es inconcebible!

—Al principio —explicó Naricita— hablaba de una manera confusa y sin ton ni son. Ahora ya está mejor, pero, aun así, cuando da en decir tonterías o repetir una cosa, nadie puede con ella. ¿Sabes que ya es condesa?

—¿Sí? ¿Condesa de qué?

—De las Tres Estrellitas, nombre que ella misma escogió. Pero tengo ganas de hacérselo cambiar. Condesa es poco. Emilia merece ser marquesa.

—¿Marquesa de Santos?

—No. Marquesa de Rabicó.

—¡Es verdad! Podemos nombrar a Rabicó marqués y hacer que se case con Emilia.

—Eso es. He pensado mucho en un arreglo así y se lo propuse a Emilia.

—Y ella ¿aceptó?

—Emilia es muy vanidosa y pagada de sí misma. Pero yo sé tratarla. Cuando llegue la ocasión arreglaré la cosa.

Terminado el tema Emilia, comenzó el del reino de las Aguas Claras. Naricita le contó toda la serie de aquellas maravillosas aventuras, despertando en Perucho un deseo loco de conocer también al príncipe-rey. Ante nada mostró asombro, de acuerdo con sus hábitos. ¡Tanto a él como a Naricita le parecía todo tan natural! Sólo le resultó extraño que Pulgarcito hubiera huído de su cuento.

—Eso sí, no dejó de intrigarme —dijo él. Si Pulgarcito huyó es porque ese cuento está enmohecido. Si el cuento está enmohecido, tenemos que tirarlo y componer otro. Hace mucho tiempo que acaricio esa idea: hacer que los personajes huyan de los viejos cuentos en que viven

para venir a combinar con nosotros nuevas aventuras. ¿No te parece bien?

—¡Qué hermoso, Perucho! —exclamó la niña, pensativa. ¡Qué no daría yo por jugar aquí con la Caperucita Roja o con Blanca Nieve...!

—¡Yo sólo quisiera pillar aquí a Aladino el de la lámpara maravillosa, para arreglarle las cuentas! —agregó Perucho, que venía de la ciudad con aires de valiente.

—¡Yo sólo querría a Caperucita! ¡Le tengo tanta simpatía...! Y aquellos dulces que le llevaba a su abuelita y que se comió el lobo... ¡Si tuviera yo uno de esos dulces!...

Una voz conocida vino a interrumpirlos.

—Perucho... Naricita... el té está en la mesa.

—No creo que esos dulces sean mejores que los que hace tía Anastasia —dijo Perucho levantándose.

Y corrieron los dos a la casa.

EL VIAJE

SE acostaron tarde aquella noche. Tenía el niño tantas cosas que contar, cosas de casa de doña Antonia y de la escuela, que sólo a las once se fueron a la cama. ¡Qué sueño magnífico! Es decir, sueño magnífico fué hasta cierta hora. Porque después hubo algo excepcional.

Estaba justamente Naricita en medio de un sueño lindísimo cuando se despertó sobresaltada por unos golpeci-

tos de látigo en la ventana —*¡pen, pen, pen!* E inmediatamente oyó la voz del marqués de Rabicó que decía:

—El sol no tardará en salir, Naricita. Salta de la cama, que es hora de ponerse en camino.

Fué hasta la ventana y vió al marqués de Rabicó montado en un caballito de madera, esperando.

—Y la condesa ¿ya está lista? —preguntó la niña.

—La señora condesa está allá abajo haciendo corcovear al caballo pampa.

—Pues entonces que ensillen el pangaré. En un abrir y cerrar de ojos estaré vestida.

Mientras que, por orden del marqués, ensillaban el caballo pangaré, la niña se puso su vestido colorado con bolsillos. Necesitaba bolsillos para llevar los dulces de tía Anastasia, como así también para traer algo del reino de las Abejas.

Porque era al reino de las Abejas a donde iban, convidadas por la Reina. ¿Reino de las Abejas o de las Avispas? No estaban seguras aún. El día anterior había llegado un escarabajo volador con un mensaje que decía así:

Su Majestad la Reina de ... tiene el honor de invitar a Uds. para visitar mañana su reino.

Y como el papelito estaba roto en el centro, había dudas si el convite procedía de la reina de las Avispas o de la reina de las Abejas.

Naricita respondió al mensaje por medio de un "mariposograma". ¿Sabéis lo que es? Pues una invención de Emilia. Como no había telégrafo por allí, la muñeca tuvo

la idea de mandar la contestación escrita en el ala de una mariposa. Cazó una, azul, y escribió lo siguiente en el ala, con una espina:

"Naricita, la Condesa y el Marqués agradecen el honor de la invitación y prometen no faltar".

—¿Por qué no incluíste el nombre de Perucho, Emilia? —preguntó la niña.

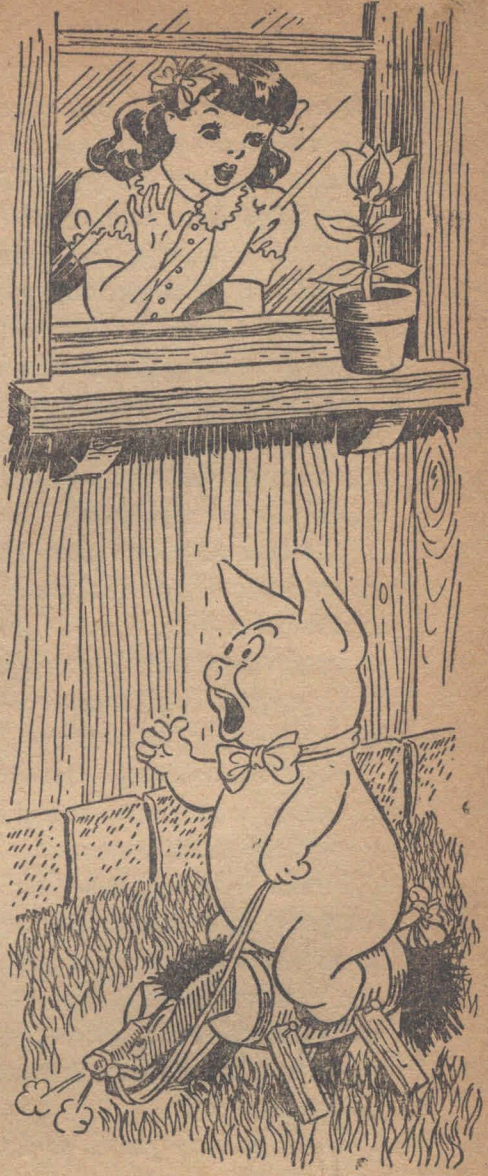
—Porque él no es noble... ¡Ni siquiera barón!

Cuando terminó el "mariposograma", surgió una dificultad. ¿A quién dirigirlo? ¿A la reina de las Avispas o a la de las Abejas?

—Ya está resuelto el caso —dijo Emilia, y dejó en libertad a la mariposa con estas palabras:

—Ve derechito ¿eh? ¡Nada de distraerte por el camino con las flores!

—¿Dónde debo ir? — preguntó la mariposa.



—¡A casa de su suegra! ¿me oyó? ¡Mal educada! ¡Atreverse a interrogar a una condesa!

—Pero... —iba a decir humildemente la mariposa, cuando Emilia la interrumpió con un berrido.

—¡Salga inmediatamente! ¡No admito observaciones! Póngase en su lugar ¿ha comprendido?

Y allá se fué la mariposa amedrentada y contrariadísima.

—¿Estás loca, Emilia? —observó Naricita. ¿Cómo ha de saber la dirección si tú no se la diste?

—¡La sabe! —retrucó la muñeca. Estas señoras mariposas son unas ladinas. Si saben fabricar polvo azul para sus alas, que es una cosa dificilísima, ¿cómo no han de saber la dirección de un "mariposograma"?

Naricita puso cara de quien está diciendo: "Nadie puede entender cómo funciona la cabeza de Emilia. Tan pronto raciocina bien, como la gente, y otras veces es así, tan sin razón que nadie logra entenderla".

El pangaré llegó, montó la niña y allá se fueron camino adelante —*pac, pac, pac.*

—¿Vamos a correr una carrera?

Emilia aceptó muy animada.

—¡Pues corre, entonces!

Emilia —*lept, lept*— le dió con el látigo al caballito pampa y salió como un rayo. Sin embargo, Naricita no se movió del lugar. Lo que quería era quedarse a solas con el marqués de Rabicó para una conversación reservada. El matrimonio del marqués con la condesa.

—Pero, finalmente, marqués, ¿quiere o no casarse con la condesa?

—Ya declaré que sí, es decir, que me casaré si la dote

es buena. Si me dan, por ejemplo, dos cargas de maíz, me casaré con quien quiera: con la silla, con el pote de agua, con la escoba. Nunca fuí exigente en materia matrimonial.

—¡Goloso! Pues mire que va a hacer un casamiento óptimo. Emilia es fea, no lo niego, pero es una perfecta dueña de casa. Sabe hacerlo todo, hasta cabello de ángel, que es el dulce más difícil de hacer. ¡Lástima que sea tan delgada!

—¿Delgada? —exclamó admirado el marqués. No me parece. ¡Si está tan gorda!...

—Se equivoca. Emilia, desde que se cayó al agua y casi se ahogó, parece haber quedado resentida del hígado. Lo que ella tiene no es grasa, es hinchazón. Emilia está hinchada. La semana pasada, tía Anastasia la rellenó con más manzanilla silvestre.

El marqués pensó para sí: "¡Qué lástima que no la hayan rellenado de harina de maíz!" Pero no tuvo valor para decirlo en voz alta, limitándose a exclamar:

—¡Pues creí que era tocino, y del bueno...!

—¡Qué esperanza! Tocino y del bueno hay aquí —dijo la niña, tocándole el lomo. ¡Y de esos que producen unos torreznos deliciosos! —y se lamió los labios, hecha agua la boca. Felizmente está próximo el día de Año Nuevo...

La navidad era día de lechón asado en la quinta, pero Rabicó no sabía nada de eso.

—¿Día de Año Nuevo? —preguntó. ¿Qué tiene que ver la navidad con mi tocino?

—Nada. Esa no es cosa de su incumbencia —dijo la niña, guiñando un ojo.

Y charlando así alcanzaron a la condesa, que estaba furiosa por la broma.

—¡No le veo la gracia —dijo, apenas llegó la niña. No parece cosa de princesas. (Emilia llamaba a Naricita princesa cuando se enfadaba).

—Pues a mí, Emilia, me hace muchísima gracia tu enojo. ¡Ver tu cara es como mirar la tetera vieja con pico y todo!

Más enfadada aún, Emilia le sacó la lengua y, dándole con el látigo al caballito, siguió adelante murmurando en alta voz:

—¡Princesa!... ¡Princesa a quien todavía zurra doña Benita, a quien reta la negra trompuda! Y que se descuelga "cuadros" de la nariz... ¡Antipática!

Puras calumnias. Naricita no recibía golpes, ni oía retos, ni se descolgaba "cuadros" de la nariz. Emilia sí que lo hacía...

EL ASALTO

En ese momento las ramas se movieron junto al camino. Los caballitos se asustaron y se encabritaron.

—La cuadrilla Roba-Huevos —gritó Emilia aterrorizada, alzando los brazos como en el cine. Naricita también palideció, procurando instintivamente agarrarse al marqués de Rabicó. Pero el marqués ya había echado pie a tierra y desaparecido.

—¡La bolsa o la vida! —les gritó el jefe de la cuadrilla, apuntándoles con el trabuco.

Naricita, temblando, lo miró y arrugó la frente. "¡A ése yo lo conozco!", dijo para sí. "¡Es *Tom Mix*, el héroe del cine!... ¿Quién habría de pensar que ese famoso cowboy, tan simpático, iba a terminar así, como jefe de una cuadrilla de asaltantes?..."

—La bolsa o la vida —repitió Tom Mix con cara de pocos amigos.

—No tenemos bolsa, señor *Tom Mix* —dijo la niña. Pero aquí tiene unos dulces riquísimos.

El bandido tomó un dulce y lo probó.

—¡No me gusta el dulce de mañana! —dijo, escupiendo de lado. Quiero oro de verdad.

Apenas se refirió al oro, Naricita tuvo una idea genial.

—Perfectamente, señor Tom Mix. Voy a darle un montoncito de oro puro, bien amarillo. Pero ha de prometerme una porción de cosas...

—Prométole todo cuanto quiera —dijo el bandido, ahora amable con la idea del montoncito de oro.

—Entonces páseme su alforja y también una tijerita.

Sin comprender nada, Tom Mix fué dándole lo que le pedía. Entonces Naricita llamó a Emilia aparte y le susurró algo al oído. A la muñeca no le gustó, porque golpeó el suelo con el pie, exclamando:

—¡Nunca! ¡Prefiero morir...!

Tanto insistió Naricita que, finalmente, Emilia aceptó entre sollozos y suspiros desesperados. Después, levantándose las polleras, estiró una de las piernas sobre el regazo de la niña. Esta, muy seria, como quien está haciendo una operación quirúrgica de la más alta importancia, le deshizo la costura de la pantorrilla y dejó caer todo el

relleno en la alforja de Tom Mix. En seguida se levantó y le dijo:

—Ya está. Aquí tiene su alforja llena de oro.

—Muy bien —respondió el bandido, con los ojos brillantes de codicia. Ud. ahora es libre y tiene en mí el más fiel servidor. En los momentos de peligro basta que grite: ¡Mix! ¡Mix! ¡Mix! y llegaré de inmediato para salvarla.

Las saludó con el sombrero de anchas alas y se retiró seguido de sus compinches.

Al verlos desaparecer a la distancia, Naricita volvió a respirar.

—*¡Uff!* —exclamó. De buena escapamos. Continuemos nuestro viaje, Emilia —dijo, tratando de montar de nuevo. Uno, dos, tres —*¡upa!* Montó Emilia también — uno, dos, tres...— ¡y nada! No consiguió montar.

—¡Ay! —gimió, sacudiendo la piernecita saqueada. No puedo andar ni montar con esta pierna vacía...

A pesar de lo triste de la situación, Naricita no pudo evitar una sonrisa.

—¡Malvada! —dijo Emilia llorosa. ¡Te salvo la vida a costa de mi pierna y en pago te ríes de mí!...

—¡Perdóname, Emilia! Reconozco que me salvaste, pero ¡si supieras lo cómica que resultas con esa pierna vacía!... Lo mejor es que vengas conmigo en la grupa del pangaré. Agárrate bien... dame la mano. *¡Upa!*

Con algunas dificultades, consiguió colocarla en la grupa del caballito, recomendándole que se asegurase bien, pues tenían que seguir al galope.

—Cálmate, Naricita, que de aquí no me arrancan ni con una llave inglesa.

La niña alzó el látigo y el pangaré salió a un galope marcado —*¡tu-cu-tum, tu-cu-tum, tu-cu-tum...!* Y de repente:

—¿Dónde demonios se metió el marqués? — preguntó Emilia, mirando hacia atrás.

Naricita detuvo el caballo.

—¡Es verdad! Ese cobarde se portó de tal manera que la cosa no puede quedar así... Me vengaré y en seguida. ¿Quieres verlo?

Y volviéndose hacia el bosque gritó: "¡Mix! ¡Mix! ¡Mix!". Inmediatamente Tom Mix surgió ante ellas.

—Amigo Tom Mix —dijo ella—, he sido cobardemente traicionada por el señor Marqués de Rabicó, un cobardón que, al vernos en peligro, sólo trató de librarse, huyendo con todas las patas de que disponía. Quiero ser vengada inmediatamente, ¿entiende?

—Seréis vengada ¡oh gentil princesa! —dijo Tom Mix, extendiendo la mano como quien presta juramento. Pero ¿de qué manera queréis ser vengada, oh gentil princesa?

Naricita pensó un momento antes de responder.

—Mi venganza ha de ser ésta: quiero, mañana a mediodía, almorzar huevos fritos con tocino, pero tocino de marqués ¿entiende?

—Sea hecha vuestra voluntad ¡oh gentil princesa! —dijo el bandido poniéndose la mano en el pecho y desapareciendo.

—¡Pobre Rabicó —exclamó Emilia compungida.

—¡Qué pobre ni qué demonios! Rabicó necesita una buena lección. Esta le va a servir para toda la vida. Nunca más incurrirá en otra.

TOM MIX

APENAS dejó a la niña, Tom Mix volvió al lugar del atraco para orientarse en la pista de Rabicó. En seguida encontró sus rastros en la tierra húmeda y los siguió hasta el bosque. Desde allí fué guiándose por las hierbecitas aplastadas y otras muchas señales que el marqués iba dejando en su fuga. Y caminó, caminó hasta que, de repente, oyó unos ruidos sospechosos.

—Es él, pensó Tom Mix agachándose; y paso a paso, sin hacer el menor ruido, se aproximó al lugar de donde partia el ruido sospechoso. Miró. Allí estaba el marqués, con la cabeza metida dentro de un zapallo enorme —*rom, rom, rom*—, tan entretenido en comérselo que no se apercibió de la presencia del terrible vengador. Tom Mix se fué aproximando, aproximando y de repente...

—*¡Ñoc!* —agarró al marqués por una pata.

—*¡Cuin! ¡cuin! ¡cuin!* —gruñó el ilustre hidalgo.

—Pido a Vuestra Excelencia que me perdone —dijo Tom Mix con ironía—, pero tengo que cumplir órdenes de la señora Princesa de la Naricita Chata.

—¿Qué quiere de mí, Naricita? —gimió tristemente Rabicó.

—Casi nada... Apenas unos tocinitos para acompañar los huevos fritos de mañana.

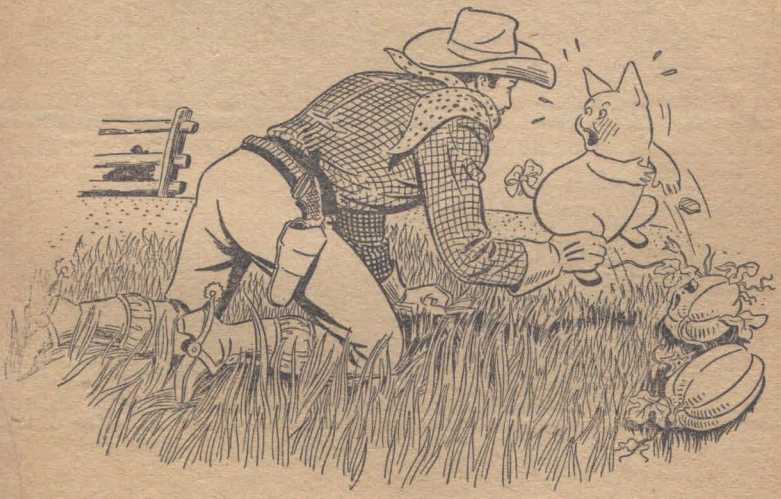
—*¡Cuin! ¡cuin! ¡cuin!* —gimió el marqués, comprendiéndolo todo. Y con el hocico húmedo de sudor frío imploró: "¡Tenga piedad de mí, señor bandido! Tenga piedad de mí, que le daré este zapallo y además otro mayor que escondí allá adelante.

Parecía que a Tom Mix no le gustaba el zapallo. Se limitó a sacar el puñal y pasárselo por la bota de cuero como para asentarlo. Comprendiendo que estaba irremediablemente perdido, Rabicó tuvo una idea.

—Tengo algo que pedirle, señor bandido.

—Diga lo que sea, respondió con calma Tom Mix, sin dejar de asentar el puñal.

—Quiero que me conceda cinco minutos de vida. Ne-



cesito hacer testamento y confiar mis últimas palabras a esa libelulita que pasa allí.

Tom Mix le concedió los cinco minutos. Rabicó llamó a la pequeña libélula.

—Querida amiguita —le dijo—, te daré un lindísimo lago azul sobre el que podrás volar toda la vida si me haces un pequeño favor.

—Dígame qué es —respondió la libélula, yendo a posársele en el hocico.

—Llevarle una carta a la princesa Naricita, que debe estar en el reino de las Abejas.

—¡Cómo no!

Rabicó escribió rapidamente la carta y se la entregó. La libélula la pinchó con el aguijón y —*¡chium!*— allá se fué, veloz como el pensamiento. Apenas la vió partir, Rabicó exhaló un suspiro de alivio y refunfuñó: "¡Calma, Rabicó, que tu último día no ha llegado aún!"

—¿Qué está Ud. gruñendo, señor marqués? —preguntó el verdugo.

—Estaba pensando en su coraje, señor Tom Mix. Se muestra prepotente porque tropezó conmigo que soy un pobre diablo. ¡Pero quisiera verle la cara si llegara ahora Mate Cosido con toda su banda!

—¡Qué Mate Cosido ni qué Mate descosido! El marqués parece no conocerme bien. Dígame: ¿Ud. va al cine?

—Nunca. No sé lo que es.

—Pues si no conoce el cine no puede formarse idea de mi heroísmo. No hay una sola película en la que yo sea derrotado, sea por quien fuere. Siempre triunfo. ¡Soy terrible!

Rabicó lo miró de reojo, murmurando consigo mismo: "Grandísimo charlatán, eso eres tú!" Pero no se atrevió a decirlo alto. Aquel puñal le quitaba la voz...

LAS MULETAS DEL ESCARABAJO

MIENTRAS Rabicó sudaba el sudor de la agonía en las garras de Tom Mix, Naricita y Emilia llegaban al palacio de la Colmena, de donde varios zánganos salieron a recibirlas con gentiles reverencias.

—Salve, princesa de la Naricita Chata —exclamaban los zánganos doblando la cintura.

—Gracias —respondió la niña, dándoles a besar su mano. Recibí una invitación de la reina, pero estoy en duda si fué de la reina de las Abejas o de la reina de las Avispas. Pasé por aquí para saberlo...

—La invitación ha sido de la reina de las Abejas —declaró uno de los zánganos. Yo mismo redacté la invitación. La reina de las Avispas está furiosa con Ud. por haberle matado una de sus súbditas.

—¿Ves, Emilia, de la que hemos escapado? —dijo Naricita a la muñeca. Si nos equivocamos de camino y vamos a dar al reino de las Avispas, seguramente que nos matan a pinchazos. Y volviéndose a los zánganos: "Permítame, señores, que les presente a la señora condesa de las Tres Estrellitas. Esta ilustre dama ha sido víctima de un percance al venir hacia aquí y no puede andar sin apoyo. ¿Podría alguno de Uds. conseguirle un par de muletas?

—¡Claro que podemos! Pero antes será necesario consultar a un gran médico que anda por aquí procedente del reino de las Aguas Claras.

—¿Pero es que el doctor Caracol está aquí? Lo conozco muchísimo —gritó Naricita. ¡Llámenlo de prisa!

Los zánganos salieron velozmente, volviendo poco después en compañía del doctor Caracol, el cual, reconociendo a la niña y a la muñeca, las saludó respetuosamente. Después se arregló las gafas para examinarle la pierna a Emilia.

—¡Es grave! —exclamó. La señora condesa sufre de una aguda anemia rellenoide de la pantorrilla izquierda. ¡Es cosa seria!

—¿Qué receta, doctor? ¿Píldoras de sapo otra vez? —preguntó la niña.

—Esta enfermedad sólo puede curarse con un régimen de super-alimentación local, explicó el famoso médico.

—Alimentación de relleno, ya sé —dijo la niña, riéndose de la ciencia del doctor. Tía Anastasia aplica maravillosamente esa receta. En un instante, con un poquito de manzanilla silvestre y una aguja e hilo la cura a Emilia para toda la vida.

—¡Tía Anastasia! —exclamó el médico escandalizado. Seguramente que se trata de una curandera vulgar. Y esa manzanilla, debe ser algún mejunje también vulgar. ¡Oh, santa ignorancia! Causa asombro ver a una ilustre princesa despreciar de esta manera la ciencia de un discípulo ilustre de Hipócrates, y entregar a la condesa a los cuidados de una infame curandera.

—¡Infame curandera! ¿Llamarla a tía Anastasia infame

curandera? Retírese si le tiene algún amor a su caparazón, de lo contrario haré con Ud. lo que hice con doña Hada. ¡Infame curandera! ¿Puede haber, Emilia, un insulto mayor?

El doctor Caracol se metió el rabo entre las piernas y desapareció.

Naricita comentaba aún el insulto cuando los zánganos enviados a buscar las muletas volvieron.

—Aquí, en el palacio, no hay muletas, señora princesa, pero ahí fuera suele andar un escarabajo que tiene un par. ¿Quiere ir hasta allí con nosotros?

Naricita asintió. Tres esquinas más adelante encontra-

ron al escarabajo mendigo que, con el sombrero en la mano, esperaba las limosnas. La niña iba ya a ofrecerle un pedacito de dulce cuando el escarabajo le preguntó:

—¿No me conoce ya?

La niña lo miró atentamente.

—Sí... me parece que sí... ¿No fuiste tú quien, a orillas del arroyo, paseabas sobre mi nariz y me arrancaste un manojito de cejas?

—Exactamente, confirmó él. Por cierto que a causa de aquel estornudo caí de mala manera y me encuentro tullido para toda la vida.

Emocionada por esa desgracia, Naricita lo puso en su bolsillo, diciéndole:

—Quédate ahí quietecito y distráete con ese dulce. Te voy a llevar a la quinta de abuelita, donde podrás pasar una vida tranquila sin tener que pedir limosna.

Después, tomando las muletas, se las dió a la muñeca.

—Arréglese con eso de prisa, señora condesa de la Pierna Vacía, que la hora de la audiencia se aproxima.

Y precedidas por los zánganos, volvieron a entrar las dos en el palacio.

AÑORANZAS

ESTABA el palacio lleno de personajes, no sólo del reino de las Abejas, sino de otros muchos más, inclusive del reino de las Aguas Claras. Naricita recorrió con la mirada el grupo de los presentes en busca de algún conocido. Vió enseguida al Mayor Agarra.

—¡Hola, Mayor! —exclamó, dirigiéndose alegremente hacia él. ¿Cómo están todos allá?

Antes de darle noticias, el sapo le demostró una vez más su gratitud por lo que la niña había hecho por él, pidiéndole disculpas por no haber ido aún a la quinta de doña Benita como le prometiera. Después le contó que el príncipe estaba cada día más taciturno.

—¿No se casó todavía?

—Ni se casó ni se casa. Ha rehusado la mano de las más bellas princesas del reino. Todos aseguran que sufre de una pasión contenida. Ama a alguien que no le hace caso. Eso es.

El corazón de la niña latió más a prisa.

—¿No se dice por allí a quién ama?

—Doña Araña Modista sabe quién es, pero guarda celosamente el secreto. Es una persona muy discreta.

—¿Y el bufón de la corte, aquel tal Gigante Traga-Tortas?

—No se lo ha vuelto a ver. Seguramente ha tenido el mismo fin que Carlitos Pirulito...

Naricita reflexionó un momento y dijo después:

—Mire, no se olvide, cuando vuelva, de decirle al príncipe que me vió aquí y que estoy bien, gracias. Dígale, además, que un día de éstos va a recibir una invitación para que vaya con toda la corte a pasar un día conmigo en la quinta de abuelita. ¿Lo recordará?

El Mayor prometió no olvidar el recado. E iba a decir algo más cuando la entrada de una libélula mensajera la interrumpió.

—¡Salve, princesa— exclamó la libélula.

—Hola —respondió la niña. ¿Traes algún mensaje para mí?

—Traigo una carta de un ilustre marqués. Aquí está. Naricita cogió la carta y leyó:

"Hos pido perdón pormi ko bardía. Tommix stá quí afilando el cu chillo pra matarme. Tenga penademi, un infeliz que se firma, con perdón de la palabra humilde siervo.

RABICO".

—¡El estilo, la ortografía, la letra y la gramática es todo de él! Esta carta es un retrato perfecto de Rabicó —o Rabico sin acento, como firma él. ¡Grandísimo analfabeto!

Y volviéndose a la libélula:

—¿Dónde está?

—En el bosque de los Tucanos Rojos, respondió la mensajera. Me prometió un hermoso lago azul si le traía esta carta.

Naricita no pudo dejar de sonreír, pensando: "Siempre lo mismo". ¿Dónde vió Rabicó un lago azul?". Pero no quiso desilusionar a la mensajera porque necesitaba de sus servicios para responder. Y escribió rápidamente una cartita.

—Llévale esta esquela a Tom Mix, pero de prisa, ¿eh? Y cuando quiera ir a la quinta de abuelita no deje de hacerlo, ¿comprende? ¡Vaya, vaya!

La libélula hizo vibrar las alas y —*¡chium!*— desapareció. Voló rápida como el pensamiento. Llegó al bosque de los Tucanes Rojos en el mismo instante en que los cinco minutos que Tom Mix concedió a Rabicó llegaban a su término y el verdugo le decía levantando el puñal:

—Terminó el plazo. ¡Ha llegado su hora, marqués!

Pero Tom Mix tuvo que interrumpir el trabajo. La libélula se le paró justamente en la punta de la nariz con la carta clavada en el aguijón. Al notarlo, recogió la esquela y la leyó. Era el perdón para Rabicó.

—El señor marqués tiene muchísima suerte —dijo volviendo el puñal a la vaina. La princesa perdona su cri-

men y le conmuta la pena de muerte por esta más suave —y le dió un formidble puntapié en el trasero.

—¡*Uff*— suspiró Rabicó, cuando se vió libre de peligro. ¡De buena escapé! Un puntapié de un bruto como éste no resulta nada agradable, pero aun así es mil veces preferible a la caricia del puñal...

Después preguntó a la mensajera:

—¿Dónde está la princesa?

—En el reino de las Abejas.

—¿Y la condesa?

—También está allí, en un rincón, muy triste, con sus muletas.

—¿Muletas? —preguntó admirado Rabicó, que nada sabía. ¿Se habrá caído del caballo?

—No lo sé. No tuve tiempo de preguntar.

Rabicó se hundió en sus pensamientos por un momento. Después le dijo:

—Está bien. Puede irse. Que le vaya bien y gracias.

La mensajera arrugó la nariz.

—¿Y mi lago azul?

Rabicó, que tenía muy mala memoria para todas sus promesas, puso cara de sorpresa.

—¿Lago? ¿Qué lago?

—El lago azul que me prometió si le llevaba la carta.

—Ah, sí... ¡Pero muchacha! ¿Para qué quieres un lago y además azul? Es verdad que te prometí un lago, pero reflexionando mejor, he visto que era un regalo peligroso. A lo mejor te ahogas en él. En vista de eso he creído preferible sustituirlo por una semillita de zapallo. Toma.

La libélula se puso furiosa.

—Gracias, señor. Lo prometido es deuda. Necesito mi lago azul.

El marqués se rascó la cabeza, sin saber qué hacer, mirando golosamente el zapallo que estaba comiendo cuando lo cogió por la pata Tom Mix.

—Vamos a dejar el problema para decidirlo mañana —dijo finalmente. Ahora me es imposible. Tengo mucho que hacer. Imagínese que Tom Mix me ha condenado a comer este zapallo entero, ¡a mí, un marqués, habituado sólo a comer bombones y jamón!

LA REINA

MIENTRAS pasaba esto en el bosque de los Tucanes Rojos, allá en el palacio de las Abejas la niña decía al oído de la muñeca:

—Te has fijado, Emilia, ¿qué bien arreglado está este reino? Una verdadera maravilla de orden, economía e inteligencia. He ido al cuarto de los chicos. ¡Qué gracia! Cada cual en su cuna de cera, con las piernas y los bracitos cruzados, todos tan blanquitos, durmiendo un sueño tranquilo... Lo que admiro más es cómo saben las abejas aprovechar el espacio, cómo economizan la cera, disponiéndolo todo de manera que la colmena funcione como si fuera un reloj. ¡Ah, si en nuestro reino las cosas fueran así! Aquí no hay pobres ni ricos. No se encuentra un inválido, un ciego, un tísico. Todos trabajan, felices y contentos.

—¡Eso sí que no! —dijo la muñeca. El escarabajo está inválido y pide limosna.

—Escarabajo no es abeja, tonta. Estoy hablando de las abejas.

—¿Y quién manda aquí? ¿Quién es el comisario? —preguntó Emilia.

—Nadie manda, eso es lo más curioso. Nadie manda y todos obedecen.

—¡No puede ser! —afirmó la muñeca. Debe ser la reina quien manda. Voy a preguntar —y llamó a una abeja que pasaba. ¿Quiere hacer el favor, señora abejita, de darnos un informe? ¿Quién, al fin de cuentas, manda en esta tierra? ¿La reina, verdad?

—¡No, señora! Nosotras no tenemos gobierno porque no lo necesitamos. Cada cual nace sabiendo ya sus obligaciones. Esto de gobierno es bueno para los hombres, que son los bichos más estúpidos y peleadores de la tierra.

Naricita se llenó de admiración ante aquellas ideas tan diferentes de las que había leído en los libros. "El hombre es el más inteligente de los animales". Pero vió que la abeja no dejaba de tener razón.

—Por la mañana salimos todas —continuó la abeja—, cada cual para su lado, a fin de recoger la miel de las flores y el polen. De eso nos alimentamos. Después guardamos la miel en las celdillas. Si es necesario componer algo, cualquiera de nosotras lo hace sin que sea necesario ordenárselo. Si Ud. se quedara una temporada aquí, le gustaría tanto que no podría volver a acostumbrarse al estúpido reino de los hombres.

—Pero ¿y la reina? —dijo la niña. Estoy cansada de esperar la hora de conocer a esa gran dama. Debe ser hermosa, hermosa...

La abeja continuó:

—¿Cree que nuestra reina es una dama altanera como la reina de los hombres? Nada de eso. ¡Ni reina es! ¡Son los hombres quienes la llaman así!. Para nosotras no es más que madre. ¡Todas somos hijitas suyas, todas, todas!... Y vivimos rodeándola de comodidades y cariño, sin darle nunca el menor disgusto. Mire, niña, allá en el reino de los hombres se habla mucho de la felicidad, pero, créame, la felicidad está aquí. Cada una de nosotras es feliz porque todas somos felices. ¡Allá, no sé cómo alguien puede sentirse feliz sabiendo que está rodeado de tantos desdichados!

Naricita y Emilia se sintieron tristes. ¡Qué tragedia ser gente y no poder convertirse en abejas para vivir en una colmena de aquellas, ocupadas toda la vida en un trabajo tan hermoso como ése de recoger miel y polen de las flores!

—¡Pero la reina! ¡La reina! —insistía la muñeca. ¡Quiero que me presenten a la reina!

—Vamos allá —dijo la abeja. Síganme.

Se fueron. Después de atravesar varios compartimientos llegaron a los aposentos reales. Allí estaba Su Majestad, en un trono de cera, charlando con varios zánganos altivos y presuntuosos. (Por lo menos así le parecieron a la niña).

—¡Bienvenida —dijo la reina, con una dulce voz maternal. ¿Le gustó nuestra colmena?

—Muchísimo, Majestad. Es el reino más bien arregla-dito que he visto hasta ahora. Estoy positivamente encantada.

—Mi reino es así —explicó la reina—, porque no es reino, sino una gran familia, donde la buena madre general vive rodeada de todos sus hijos. ¿Recorrieron ya toda la colmena?

—Ya vi parte de ella y todo me ha gustado mucho, con excepción de las caras de estos señores zánganos que me parecen altivos y presuntuosos.

—Es que me están haciendo la corte. Todos los años elijo uno por marido y los otros...

—Ya sé. Los otros se casan con las otras abejas...

La reina se sonrió:

—¡No, querida! Los otros son condenados a muerte y ejecutados.

—¿Cómo? —gritó Naricita horrorizada. Eso es una crueldad, una verdadera mancha negra en la organización de las abejas.

—Parece una crueldad, querida. Pero es así. Como no saben trabajar y la naturaleza los hizo sólo para servir de esposos a la reina, las abejas no les tienen la menor consideración cuando la reina ha elegido uno. Los matan y arrojan sus cadáveres fuera de la colmena. Estas hijas mías creen que el sentimentalismo no da buenos resultados en materia de organización social.

Naricita, cada vez más admirada ante la inteligencia de la reina, murmuró al oído de la muñeca: "¿Oyes, Emilia? ¡Así se habla! Hasta me parece ese filósofo a quien

abuelita lee a veces, ese tal Rou... Rousseau, creo...".

En eso se oyó cerca un *tilín tilín* de espuelas. Todos se volvieron. Era Tom Mix que entraba. El cow-boy recorrió la sala con los ojos y viendo a la niña se dirigió hacia ella.

—Recibí su mensaje, princesa. Aquí estoy, a sus órdenes.

—¿Cómo acabó el marqués? —preguntó la niña con ansiedad, pues no sabía aún lo que había pasado. Está vivo todavía o...

—¡Vivísimo, señora princesa! A estas horas debe estar ya atacando el segundo zapallo.

—¡Muy bien! —exclamó Naricita, aliviada de un gran

peso. Ahora, señor Tom Mix, quiero que me consiga un burrito de carga para llevarle un poco de miel y de cera a abuelita.

Tom Mix se retiró a cumplir la orden, mientras la niña se dirigía de nuevo a la reina.

—Señora reina, le dijo, ¿podría Su Majestad ordenar a la cocinera que me facilite veinte centavos de miel?

—Te daré la miel y la cera que quieras, dijo la reina sonriendo; en cuanto a la moneda, guárdala para ti, porque aquí, entre nosotras, no tiene ningún valor el dinero de los hombres. En aquella sala está el depósito de miel. Vé y saca la que quieras.

La niña agradeció la gentileza y se fué hacia la tal sala con la muñeca.

Estaba todo admirablemente arreglado. Una cantidad de potes de cera llenos de miel, con una tapita de cera cada uno.

—¿Quieren miel? —preguntó una abeja con un delantal muy limpio que cuidaba de aquella repartición.

—Sí, señora. Queremos miel y cera.

—¿De qué calidad?

—¿Hay de varias calidades?

—Aquí tenemos miel de flor de naranja, miel de flor de guinda, que traemos de la quinta de doña Benita, y hay miel milflores, recogida de todas las flores del campo.

—Déme miel de flor de guinda —resolvió Naricita en seguida. Y un kilo de cera bien blanca para tía Anastasia.

—¿La va a llevar su criada? —preguntó la abeja mientras hacía el paquete, refiriéndose a Emilia.

Emilia se llenó de muecas, plena de cólera. Pero la niña salvó la situación.

—Esta señora no es criada mía, sino la Excelentísima Señora Condesa de la Pierna Vacía, futura Marquesa de Rabicó.

La abejita pidió mil perdones y aun estaba rogando la perdonaran, cuando entró Tom Mix al frente de una tropa de grillos, llevando unas alforjas y unos barrilitos propios para conducir la miel, y las interrumpió. Tom descargó los barrilitos y esperó que la abeja mielera los llenara. Después los volvió a colocar sobre las alforjas y partió.

—Espéreme en el portón del palacio con los caballitos listos, que nosotras nos vamos también, ordenó la niña.

EL REGRESO

CON excepción de Emilia, todos estaban dispuestos a regresar. Naricita se puso a reflexionar sobre el problema. Después pidió a Tom Mix que opinara sobre la mejor manera de llevar a la muñeca.

—Creo que lo mejor será meter a la señora condesa en uno de los barrilitos de miel.

—¡Qué disparate, Tom! Emilia se embadurnaría toda de miel.

—Es que uno va vacío —respondió Tom Mix. En él creo que iría más comodamente que a la grupa del caballito pangaré.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Emilia puso cara de enfadada y protestó. El modo de hacerla transigir fué permitirle que marchara delante de todos, para que "viera las cosas antes que los demás". Se estaba ya gestando en ella ese espíritu interesado que había de hacerla célebre en los anales de la gitanería.

Se pusieron en marcha. A la media legua Emilia se puso de pie y gritó:

—¡Veo allá adelante una cosa extraña! Es un monstruo con cabeza de cerdo y patas de tortuga.

Cuando todos miraron vieron que Emilia tenía razón. Era un monstruo de lo más extraño que se pueda imaginar. Tom Mix sacó el puñal y avanzó, diciéndole a Naricita que no se moviera de allí. Y cuando se acercó vió lo que era.

—¡No es un monstruo, princesa! ¡Se trata del señor marqués montado en una pobre mulita! Y le da cada latigazo que la vuelve loca.

Y así era. Rabicó castigaba a la pobre mulita y además la insultaba.

—¡Corre, idiota! ¡De prisa, de prisa! ¡O te voy a hundir las espuelas hasta el alma!

Naricita se indignó al ver esa barbaridad. ¡Era demasiado! Viéndola así, Tom Mix sacó el revólver y le dijo:

—¡Si Ud. quiere, haré bajar a ese sinvergüenza de un balazo!

—No es necesario. Yo misma le voy a dar una buena lección. ¡Fíjese!

El marqués había llegado frente al grupo y ya estaba preparando su carota de sinvergüenza feliz cuando llegó frente a la niña que se había puesto severa.

—¡Bájese inmediatamente de la pobre mulita, so grandísimo!...

Extrañado por aquella recepción, Rabicó se bajó consternado.

—Y en penitencia, quien va a montar ahora es la mulita. Póngale las riendas al marqués y continuemos el camino.

Así lo hizo la mulita, muy tranquilamente, porque la mulita nunca se apresura para nada. Le colocó los arreos al marqués, le apretó bien la cincha, montó despacito y —*¡lept! ¡lept*— le dió dos lonjazos como quien está domando un potro chúcaro.

—*¡Cuin! ¡cuin! ¡cuin!* —protestaba el pobre marqués. ¡Con las espuelas, mulita! ¡Con las espuelas! —gritaba la muñeca. Ese goloso que comió mis croquetas necesita espuelas.

—Y unos buenos lonjazos por cuenta mía —dijo una voz fina que venía de arriba.

Todos levantaron los ojos. Era la libébula engañada que pasaba, veloz como un relámpago.

El caso fué que ese día Rabicó rebajó un kilo de tocino y pagó casi la mitad de sus pecados.

Después de ese incidente, continuaron el camino, yendo a parar bajo una higuera de buena sombra que había cerca ya de la quinta.

—¡Estación para almorzar! —gritó Naricita, que tenía un hambre feroz. Desde que salió de casa no había probado más que el dulce de tía Anastasia.

Se apearon. Pusieron una servilleta en el suelo y Tom Mix descargó dos barrilitos de miel. Naricita metió la mano en el bolsillo a ver si encontraba aún un pedazo de dulce. No encontró ni al escarabajo. ¡Había huído el ingrato! Entonces comieron miel pura, que era el único alimento de que podían disponer.

En lo mejor de la fiesta —*¡prripipipipi!*— un pajarito cantó en el árbol próximo. La niña levantó los ojos: era un gorrión.

—Emilia —llamó intrigada—, ¿no te parece verle algo de Perucho a ese gorrión?

—¡Claro que sí! Muchísimo —dijo la muñeca.

—¡Perucho! ¡Perucho! Ven aquí, Perucho —gritó afligida Naricita.

El gorrión voló del árbol yendo a posarse en sus hombros.

—¿Qué pasa, Perucho? ¡Te dejo en casa como gente y vuelvo a encontrarte transformado en gorrión!

—Así es —dijo él. Todos en casa nos hemos transformado.

—¿Cómo? Explícame eso —pidió Naricita.

—Llegó a la chacra una vieja impertinente, con un cayado en la mano y una cesta en el brazo. "Niño, me dijo la vieja, ¿es ésta la casa donde viven dos viejas chochas en compañía de una niña con la naricita chata y muy mal educada?" Furioso con ella le respondí: "¿Qué le importa a Ud.? Siga su camino, que es mejor". "¿Ah, sí?, dijo ella. Espera, que te voy a curar". Y me transformó en gorrión; a abuelita la transformó en tortuga y de tía Anastasia hizo una gallina negra.

—¡Qué horror! —exclamó Naricita. ¿Qué será ahora de nosotros? Ya sé quien es esa vieja. ¡No puede ser otra! Bien me advirtió que se vengaría...

—¿Qué pasa, princesa? —preguntó Tom Mix con el revólver en la mano.

—¡No sé, Tom, pero esta vez no podrás hacer nada! Tú eres invencible, pero en lucha de igual a igual. Contra una bruja no puedes hacer nada...

—Déjelo todo a mi cargo, princesa, y no dude de mis artes para resolver los casos más complicados. Siga viaje que yo voy a dar una vuelta por los alrededores a ver si encuentro a esa vieja. Y le juro que la traeré bien atadita para que deshaga el encantamiento.

—¡Qué los ángeles digan amén! —suspiró Naricita más aliviada. Y aflojándole las riendas al pangaré galopó hacia la quinta con el gorrión posado en el hombro.

¡Qué tristeza! Apenas bajó en el patio oyó a una gallina que cacareaba allá adentro.

—Es tía Anastasia. ¡Pobrecita! —suspiró con el corazón partido.

Entró. En el comedor se encontró sentada en el sillón a una tortuga con anteojos que cosía.

—¡Abuelita! —gritó la niña desesperada— ¿no me conoces más?

La tortuga se quedó quetecita, quietecita...

—¡Qué desgracia, Emilia, que desgracia! —exclamó la niña lagrimeando. Abuelita es ese bicho acorazado que está en el sillón... Tía Anastasia es esa horrenda gallina negra que parece un cuervo...

Emilia miró, miró y también rompió a llorar, abrazándose a la niña.

Pasaron dos días. Naricita, inconsolable, no se podía conformar viendo a su abuelita atortugada en el sillón y a tía Anastasia que, a cada momento, ponía un huevo en la cocina.

—Tranquilízate, Naricita. Ese Tom Mix es colosal. De repente reaparece y lo arregla todo, como en el cine —decía la muñeca para consolarla.

—¡Pero tarda tanto, Emilia!...

—Son sólo dos días. Tú bien sabes que el número para todo es tres...

Finalmente llegó el tercer día. Desde temprano, las dos amiguitas subidas a la ventana, miraban ansiosamente hacia el horizonte. Ni una nubecita de polvo se veía flotar.

—¡Está todo perdido, Emilia! Si esa vieja tiene poder para transformar a los demás en animales, también lo tiene para transformarse a sí misma en árbol, piedra, hierba. ¿Cómo podrá conocerla Tom Mix?

—Paciencia, Naricita. De repente puede llegar él con la vieja en la punta del puñal...

Apenas lo había dicho, cuando un perrito ladró en el patio.

—Debe ser él —gritó Emilia corriendo hacia la puerta.

Y lo era. Tom Mix con dos revólveres, apuntaba a la vieja con los brazos en alto.

—Ahora —gritó el cow-boy al oído de la bruja—, ¡o deshaces el mal que has hecho o te como los hígados aquí mismo!

Horrorizada por la fealdad de la bruja, Naricita cerró los ojos. Después cobró valor y los fué abriendo despacito, despacito. Y vió... ¿Saben a quién? Vió a tía Anastasia y la oyó decir:

—Despierta, nena. Parece que tienes pesadillas...

Naricita se sentó en la cama, medio adormilada y frotándose los ojos.

—¿Y abuelita? —preguntó.

—Allí está, cosiendo.

—¿Y Perucho?

—Fabricando una trampa en el patio.

—¿Y... Tom Mix?

—Déjate de tonterías y ven a tomar el café con leche que se está enfriando —terminó tía Anastasia.

EL MARQUES DE RABICÓ

LOS SIETE LECHONCITOS

ERAN SIETE LECHONCITOS. BIEN SE QUE siete es la cuenta del mentiroso, pero eran siete, todos colorados, con manchas blancas en el cuerpo. Cuando su madre salía a pasear por el campo, la seguían todos en fila. *Ron, ron, ron.*

El tiempo iba pasando y los lechoncitos fueron creciendo y, a medida que iban creciendo, iban entrando...

—¿A la escuela, verdad?

—Sí, a la escuela del horno...

—¡Qué horror!

—Pues es verdad. La vida del lechón, en la quinta del "Bienteveo", no resulta muy envidiable. Está el alegre animal jugando en el patio, feliz, gordito como una bola, cuando doña Benita lo ve y dice:

—Tía Anastasia: prima Maruja viene hoy a cenar. Lo mejor es servirle ése —y apuntó con el dedo al desgraciado.

La negra va a la despensa, toma una espiga de maíz y vuelve al patio. *Prup, prup, prup.*

Los tontitos la oyen y vienen corriendo detrás del maíz que ella comienza a desgranar. Comen, comen, comen. De repente la malvada se agacha y —*¡ñoc!*— echa mano a una pata al elegido. El pobre infeliz chilla y patalea cuanto quiere. ¡No tiene remedio! Es arrastrado a la cocina y asesinado allí con un cuchillo puntiagudo.

¡Y si no fuera más que eso! Pero después de asesinado es pelado con agua hirviendo, destripado, adobado y, finalmente, asado en el horno.

A la hora de la cena reaparece en la mesa, pero muy diferente de lo que era. Llega en una fuente grande, rodeado de rodajas de limón y con un huevo cocido en la boca. Y nadie se lamenta de la suerte del infeliz. Todos tratan de cortarle un pedazo y lo comen golosamente mientras dicen:

—¡Está delicioso!

¡Y se relamen los labios, los malvados!

Ese fué el triste destino de aquella hermandad de lechoncitos. Todos, menos uno, Rabicó, llamado así por que no tenía más que un hilito de rabo. Rabicó se salvó porque Naricita acostumbraba a jugar con él y acabó por tomarle cariño.

—No tengas miedo, que no voy a dejar que "ella" te asesine —le había dicho Naricita. "Ella" era nada menos que tía Anastasia.

Una tarde oyó Naricita a doña Benita que decía a la negra:

—Mañana, cumpleaños de Perucho, tenemos que ofrecer una cena mejor. ¿Hay todavía algún lechón a punto?

—Sólo queda Rabicó, señora, pero ése es el favorito de Naricita. No quiere que lo mate.

—Está bien, pero tú puedes arreglarte. ¿Lo matas a escondidas, ¿sabes? —y le guiñó un ojo a la negra. Las dos viejecitas eran tremendas para hacerse comprender.

Entretanto, la niña, que oyó la conversación, salió corriendo en busca de Rabicó. Lo encontró en el patio hozando como siempre. Lo levantó en sus brazos y le dijo al oído:

—Abuelita ordenó a tía Anastasia que te asesine mañana. Pero no voy a

permitirlo, ¿comprendes? Te voy a esconder, bien escondido, en un lugar que sólo yo conozco, hasta que pase el peligro.

Y así lo hizo. Lo llevó a un lugar que sólo ella conocía, lo ató por la pata a un árbol; después le trajo varias espigas de maíz, un zapallo y una lata con agua.

—Quédate aquí bien quietecito. Y nada de gruñidos, porque sino todo está perdido. Cuando haya pasado el peligro volveré a buscarte.

Cuando llegó la hora de echar mano al lechón, tía Anastasia revolvió la quinta patas arriba, buscándolo. Lo buscó como se busca una aguja; después vino a decirle a doña Benita que seguramente alguien lo había robado o se lo había comido un puma.

—¡Qué lástima! —dijo la anciana. Mate, entonces, una gallina gorda. Rabicó quedará para el año nuevo, si lo volvemos a encontrar.

Al día siguiente, después que todos se levantaron de la mesa, la niña corrió al lugar que sólo ella conocía y soltó el lechón.

—Estás a salvo por un tiempo —le dijo—, pero la víspera de Año Nuevo tendré que volver a esconderte, porque "ella" prometió asarte ese día.

Poco después, lo más natural, como si no hubiera pasado nada, Rabicó llegó a la puerta de la cocina para comer unas cáscaras que la negra había tirado.

—¿Cómo? —exclamó tía Anastasia. Miren quien está ahí... ¡Rabicó! De ésta escapaste, granuja, pero la próxima no será así... ¡Una semana antes de Año Nuevo te voy a encerrar!

Rabicó no dió la menor importancia a aquellas palabras. Su única preocupación era llenarse la barriguita con las cáscaras, tirándose después al sol para esas siestas deliciosas que sólo los cerdos saben gozar.

EL PEDIDO DE MANO

NARICITA estaba en su cuarto conversando con la muñeca.

—Señora condesa, creo que es tiempo de que cambie de vida. Necesita casarse, sino acabará quedándose para tía. Mañana llegará un distinguido caballero a pedir la mano de Vuestra Excelencia.

Emilia estaba bien de salud, gorda y colorada. Tía Anastasia había rellenado de manzanilla nueva la pierna que le fuera saqueada en el paseo al reino de las Abejas, y Naricita le había arreglado con sedalina las pestañas que se le estaban deshilando. Además, le había pintado en las mejillas dos redondeles de carmín.

Emilia no se mostraba dispuesta a casarse. Siempre decía que no tenía paciencia para aguantar a un marido y que, además, no veía, allí, en la quinta, a nadie digno de ella.

—¿Cómo no? —protestó la niña. ¿Y Rabicó? ¿No te parece un buen partido?

La muñeca se indignó y declaró que jamás se casaría con un cobardón de esa especie. La mala acción que cometió

en el viaje al reino de las Abejas no era cosa que se pudiera perdonar.

La niña reía y le explicó:

—Estás equivocada, Emilia. El es cerdo y cobardón sólo por ahora. He sabido que Rabicó es príncipe y de los legítimos, a quien un hada mala embrujó y transformó en cerdo, y cerdo será hasta que encuentre un anillo mágico escondido en la barriga de cierta lombriz. Es por eso que Rabicó se pasa la vida hozando en busca de lombrices.

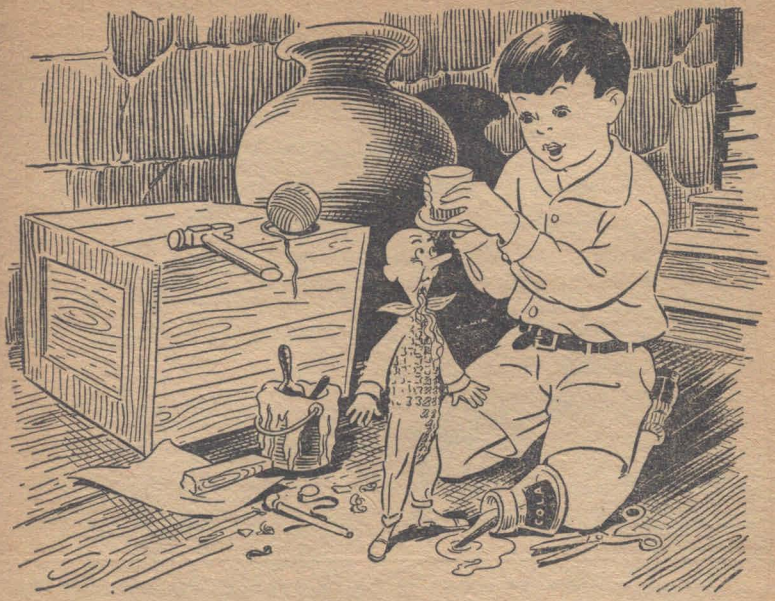
Emilia se puso pensativa. Llegar a ser princesa era su sueño dorado. Si para ello fuera necesario casarse con el horno o con la lata de basura, lo haría sin vacilar un momento.

—¿Pero estás segura de eso, Naricita?

—¡Tengo absoluta seguridad! Quien me reveló ese secreto fué justamente el padre de Rabicó, el señor vizconde de la Mazorca, un distinguido hidalgo que va a venir a pedir tu mano.

—¿Vizconde? —preguntó desconfiando Emilia. Entonces ¿el padre de ese príncipe no es más que vizconde? ¡Yo quiero casarme con un príncipe que sea hijo de rey!

—Tú eres una tonta que no sabe nada. El vizconde finge ser vizconde, aunque en realidad es rey, y muy buen rey, de un reino que hay detrás de los cerros. Cuando llegue, fíjate en su cabeza y verás que tiene la marca de la corona sobre la frente. Para que no se le vea esa señal usa galera y no se la saca nunca, ni siquiera en la iglesia.



De ese modo, como no se ve la señal de la corona, nadie desconfía.

Emilia pensó, pensó, y dijo:

—¡Pues bien, acepto! Pero desde ya te advierto que no saldré de aquí ni iré a vivir con Rabicó hasta que él no se transforme nuevamente en príncipe.

—¡Muy bien! En ese caso, ve a arreglarte para recibir al vizconde, que no tardará en llegar. Acabo de saber que se ha puesto en camino. Ponte el vestido de pintas rojas y un poco más de rouge en la cara, ¿oíste?

Mientras se vestía la muñeca, la niña corrió al jardín,

donde Perucho estaba ocupadísimo, comiéndose unas naranjas.

—¡Rápido, Perucho! Consígueme un buen vizconde de mazorca, respetable, con la galera puesta y una señal de corona en la frente y ven con él a pedir la mano de Emilia. Le he dicho que Rabicó es hijo de ese vizconde, el cual es un gran rey de un reino que está allí tras de los cerros. Los dos, padre e hijo, fueron encantados por un hada y sólo romperán el encanto el día en que Rabicó descubra a una cierta lombriz que tenga un cierto anillo mágico en la barriga.

—¿Y la tonta te creyó?

—Lo creyó a pie juntillas y declaró que, en ese caso, aceptaba a Rabicó por marido, aunque se niega a vivir con él mientras éste no se convierta de nuevo en príncipe.

Perucho hizo lo que Lucía le pidió. Encontró una buena mazorca desgranada, con un poquitito de chala en el pezcuezo, que hacía muy bien de barba; le puso brazos y piernas, le hizo la cara con orejas, ojos, nariz y todo, sin olvidarse de hacerle en la frente la marca de la corona real. Después le puso en la cabeza una galerita y allá fué con él a casa de la muñeca.

—*¡Pam, pam, pam!* —llamó.

—¿Quién es? —preguntó desde dentro la voz de la niña.

—Es el ilustre señor vizconde de la Mazorca, que viene a visitar a la condesa de las Tres Estrellitas, y a pedir su mano para su ilustre hijo, el señor marqués de Rabicó.

—Un momento, que voy abrir —respondió la niña, y dirigiéndose a la muñeca:

—¿Has visto? Además de príncipe es marqués. De modo que si te casas con él, para comenzar, serás marquesa y un día serás princesa. No puede haber más hermoso porvenir para una pobre infeliz que nació en el campo y que ni siquiera fué a la escuela. ¡Vas a ser la Cenicienta de las muñecas!

Emilia dió tres saltos de alegría y salió corriendo a ponerse un poco más de polvo. Mientras tanto entró el vizconde.

Naricita le hizo una reverencia respetuosa sin dar a entender que sabía que hablaba con un rey de incógnito:

—¡Encantada, señor vizconde! Tome una silla y siéntese en el suelo. Créame, estoy satisfechísima de saber que su hijo es marqués. ¿Y cómo está la señora vizcondesa?

—Soy viudo —respondió el vizconde enjugándose una lágrima.

—¡Mis pésames! ¿Y su señora mamá, doña Chala de Maíz?

El vizconde suspiró:

—¡Pobrecita! ¡Falleció en un desastre horrible!...

—¿Cómo? Cuéntenos eso —replicó Naricita con gran emoción.

—Así es —sollozó el vizconde—; fué comida por la vaca mocha —y se enjugó en la barba dos lagrimones, uno de cada ojo.

—Pobrecita —se lamentó la niña—, lo siento mucho. Pero el mundo es así. Uno se come al otro. La vaca

mocha se come a doña Chala, nosotros nos comemos a la vaca mocha. La vida es un come-come terrible. ¿Casi apostaría que sus hijos fueron devorados por las señoras gallinas?

El vizconde abrió unos ojos enormes como si no supiera que tenía otros hijos además del hijo marqués.

—Sí —explicó Naricita—, los granos de maíz que tenía pegados al cuerpo y que creo podemos considerar hijos suyos.

—¡Es verdad! Se los tragó el gallo de riña hace dos días.

En ese momento llegó Emilia con su vestido de percal con pintas rojas.

—Señor vizconde —dijo la niña—, tengo el gusto de presentarle a su futura nuera, la señora condesa de las Tres Estrellitas. ¡Vea qué hermosa es!...

El vizconde se levantó para saludar a la muñeca y por "distracción" se sacó la galerita dejando que Emilia viera la señal de la corona que tenía en la cabeza.

—Tengo el alto honor de recibir en el seno de mi familia a la condesa. ¡Por lo que veo es la criatura más hermosa de estos contornos! ¡Me parece infinitamente más bella que la pollita bataraza de tía Anastasia!...

Emilia hizo una reverencia agradeciendo el elogio, aunque torció la nariz ante esa comparación con la pollita de tía Anastasia.

—¡No sólo eso! —exclamó Naricita. Bonita y hábil como no hay dos. ¡Sabe hacer de todo! Cocina a la perfección, lava la ropa y lee en los libros como una profesora. Emilia es lo que se llama una maravilla.

—Muy bien, muy bien —exclamaba el vizconde.

—También toca unas músicas maravillosas en la vitrola, maúlla como un gato y tiene gusto exquisito como modista. Ese vestido que lleva, por ejemplo, es una creación suya.

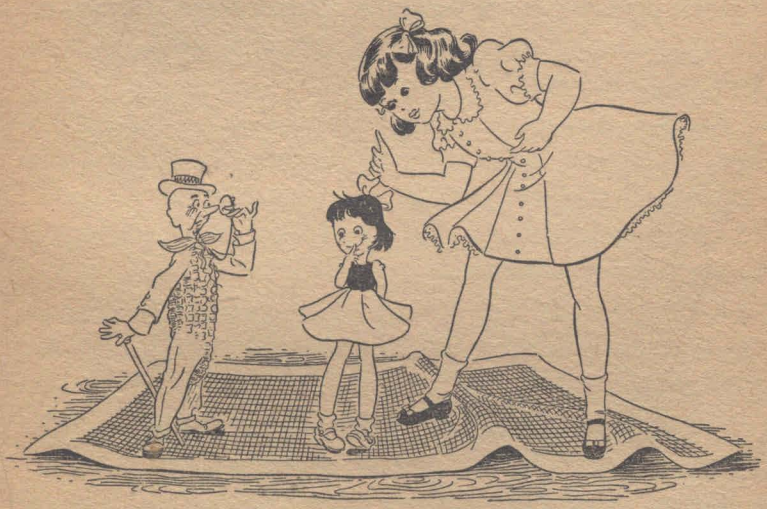
Emilia, que aún no había aprendido a mentir, la interrumpió.

—¡Si no lo hice yo! Es obra de tía Anastasia.

La niña le dió un pellizco sin que lo notara el vizconde.

—No haga caso, vizconde. Emilia es muy modesta. Hace de todo, pero no quiere que lo digan. Ese vestido lo cosió ella sola, solita. Ella escogió la tela, la cortó y la cosió. Y fíjese qué bien le cae la espalda. Levántate, Emilia, y ponte de espaldas para que te vea el vizconde.

Emilia dejó la silla y dió una vuelta por el salón.



—No es de los más elegantes que ha hecho, pero está bien —continuó Naricita. Emilia nació aquí y no fué jamás a la capital, ni aprendió corte y confección. Para una persona así, ¿no le parece que está muy bien?

El vizconde miró, miró, y dijo:

—Yo, francamente, no entiendo de modas. Pero me parece muy bien. Apenas encuentro algo corta la pollera...

—Yo, verdad sea dicha, creo lo mismo —aseguró la niña. Pero como Emilia tiene las piernas rollizas, quiere enseñarlas. Sólo llevó pollera larga la temporada que estaba con la pierna seca —y le contó al vizconde el robo del oro-manzanilla. Después, cambiando de conversación, pidió informes sobre el carácter de Rabicó.

—Tiene un genio muy bueno —aseguró el vizconde. No es peleador ni provocador. Tiene bellas cualidades. En cuanto a lo demás, le gusta dormir al sol y hozar en busca de lombrices.

En ese momento Naricita le guiñó el ojo a la muñeca queriendo recordarle la historia de cierto anillo que Rabicó debía encontrar en cierta lombriz. Y Emilia se quedó convencidísima de que Rabicó era efectivamente un príncipe encantado.

—El único defecto que tiene —continuó el vizconde—, es comerse todo cuanto encuentra. ¡Rabicó no respeta nada!

Emilia puso cara de asco y fué a la ventana a escupir. Después, metiéndose en la conversación dijo:

—Pues si se casa conmigo sólo comerá cosas ricas y

aromáticas. No voy a consentir que mi marido ande comiendo todo lo que encuentra.

—¡Completamente de acuerdo, Emilia! También yo creo lo mismo, y harás muy bien en exigírselo. Pero ahora sólo falta saber si aceptas al señor marqués de Rabicó por esposo. Vamos a ver. ¡Resuélvete!

Emilia estaba afligidísima de tener que resolver por sí misma un asunto de tanta gravedad como es el de elegir esposo y miró a Naricita como quien pide auxilio. Pero la niña no quiso aconsejarla ni tener ninguna responsabilidad en el hecho.

—No puedo opinar —dijo. Tú tienes que resolverlo sola. ¡Matrimonio no es broma!

La muñeca pensó, pensó, pensó; y tentada por la perspectiva de comenzar siendo marquesa y llegar un día a ser princesa, tomó una resolución.

—¡Quiero casarme con Rabicó!

—¡Muy bien! Todo está resuelto. Y ahora, señor vizconde, abrace a su nuera, la futura marquesa de Rabicó.

El vizconde se levantó bastante conmovido. Abrazó a la muñeca y le dió un beso en la frente.

Emilia, ruborizada, salió corriente hacia su cuarto.

EL NOVIAZGO

DURÓ una semana el noviazgo de Emilia. Todas las tardes, llevado a la fuerza por Perucho, llegaba el marqués de Rabicó a visitar a su novia y tenía que pasarse

media hora en la sala, contando cuentos y diciéndole palabras de amor.

Pero, a pesar del noviazgo, Rabicó no perdía sus instintos. En seguida que entraba se ponía a oler toda la sala en su eterna preocupación por descubrir algo comestible. Además, no prestaba la menor atención a la conversación. Rabicó no había nacido para aquellas ceremonias.

Una tarde, Perucho se enfadó y resolvió sustituirlo por un representante.

—Rabicó no vale la pena— dijo cansado. No sabe jugar, no tiene educación. Lo mejor va a ser esto, ¿quieren verlo? —y salió, volviendo con una botellita azul de aceite de ricino que encontró tirada en el patio.

—Aquí está. Desde ahora en adelante el novio estará representado por esta botellita azul y el marqués de Rabicó puede irse a paseo —concluyó, dándole un soberbio puntapié al novio a modo de despedida.

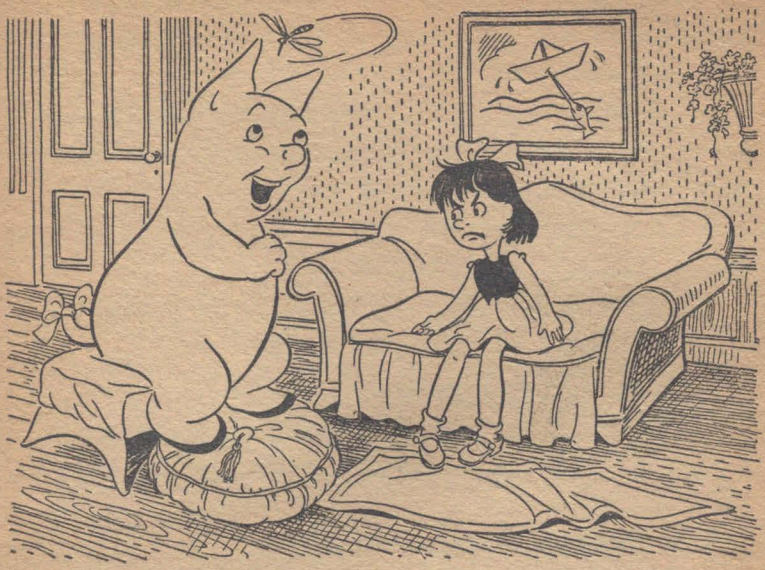
Rabicó desapareció con tres *¡coin!* y desde ese día, mientras escarbaba la tierra buscando la lombriz con el anillo en la barriga, quien estaba allí, con la galera en la cabeza, era la Botella Azul.

Emilia se comportaba muy bien, aunque de vez en cuando dejaba deslizar una ironía.

—Ya le he advertido a Naricita: me caso, pero con una condición.

—Ya lo sé —dijo la Botella Azul. No quiere ir a vivir en la casa del marqués, seguramente porque no se entiende bien con su futuro suegro.

—Nada de eso. ¡El señor vizconde me es muy simpá-



tico! Lo que no quiero es salir de aquí. ¡Estoy tan acostumbrada!

La Botella Azul se rascó el cuello.

—Sí, pero...

—¡No hay pero que valga! ¡Quien manda en este matrimonio soy yo! El marqués se queda por allá y yo me quedo por aquí —declaró Emilia levantisca y torciendo la nariz.

El representante del novio suspiró.

—¡Qué lástima! El señor marqués ya mandó construir un magnífico castillo, de oro y marfil, con un gran lago enfrente...

Emilia soltó la carcajada.

—¡Ya conozco los lagos del marqués! Son como aquel célebre lago azul que prometió a la libélula cuando fuimos al reino de las Abejas.

La Botella Azul quedó consternada. Vió que Emilia no era nada tonta y que no se dejaba fácilmente engañar. Trató de arreglar la cosa:

—Claro, un lago. No digo un lago grande, sino un pequeño lago... un estanque...

—Dígalo de una vez... Una lata de agua —dijo Emilia, mordiéndose los labios para no reír.

Naricita intervino reprensiva:

—Tú estás aquí para decir bellas cosas, dulces palabras, y no para pelear con el representante del marqués. ¿Has oído?

Y dirigiéndose al representante:

—¿No ha escrito aún el señor marqués unos versos a su novia?

—Claro que sí —exclamó la Botella Azul, metiéndose la mano en el cuello y sacando un papelito. Aquí están.

Y recitó:

Pirulito que vuela vuela
pirulito que ya voló,
¡quién lo quiere al marqués es ella
quien adora a Emilia soy yo!

—¡Bravo! —gritó Naricita aplaudiendo. ¡Qué lindos versos! ¡El marqués es un gran poeta!

Sin embargo, Emilia torció el gesto:

—¡Ese verso no es verdad! —dijo. Voy a casarme con él, pero no "adoro" a nadie. ¡Sería gracioso que "adorase" a un lechón!

Naricita golpeó con el pie y arrugó la frente:

—¿Qué modos son ésos? ¡Así no se trata a una poeta! ¡Tú vas a ser marquesa, vas a vivir en los salones y necesitas saber fingir!

Y volviéndose al representante:

—¡Le pido mil disculpas, Botella Azul! Emília tiene la manía de ser franca. Nunca vivió en sociedad y aun no aprendió a mentir. No se parece en nada a nuestro vizconde de la Mazorca que habla, habla y no se sabe nunca qué está diciendo. ¿No es verdad?

El vizconde hizo un gesto que lo mismo podía significar sí que no.

De esa manera charlaban todas las noches hasta que servían el té. Té de mentirijillas, con tostadas de mentirijillas también. Después de tomar el té, el vizconde y el representante se despedían. Naricita los acompañaba hasta la puerta, donde decía:

—No se avergüence, Botella Azul. Puede besarla por cuenta del marqués...

El representante besaba a Emília en la frente y se retiraba acompañado por el vizconde.

Después de una semana la niña se quejó a doña Benita.

—¡Este noviazgo está terminando conmigo! ¡Todas las noches tertulia para los novios cansa!...

—Pero ¿qué falta para el matrimonio, niña?

—¡Faltan los dulces!

—Ya lo sé, ya lo sé... Toma estas monedas y compra los dulces.

Como justamente era eso lo que Naricita quería, salió dando saltos, haciendo sonar alegremente las monedas en la mano.

EL CASAMIENTO

FINALMENTE, llegó el día y trajeron los dulces grandes: seis tortas, seis chocolatines y un caramelo, cantidad más que suficiente para una fiesta en la que los invitados, en su mayoría, iban a comer de mentirijillas.

Perucho arregló la mesa de la fiesta bajo un naranjo, en el patio, y reunió a los invitados. Allí estaban doña Benita, tía Anastasia y varios conocidos y parientes, todos ellos representados por piedras, ladrillos y pedazos de palo. El vigilante del lugar, un viejo amigo de doña Benita, que a veces visitaba la quinta, estaba representado por un tronco con una dentadura de cáscara de naranja en la boca.

A la hora determinada fueron llegando los novios. Emilia vestida de blanco y con velo. Rabicó con galera y una faja de seda alrededor del pescuezo. Venía muy serio, pero apenas se aproximó a la mesa y olió las tortas se le hizo agua la boca. No veía nada más.

Luego llegó el cura y los casó. Naricita abrazó a Emilia, lloró una lágrima de verdad y le dió muchos consejos. Después, como lo muñeca no tenía dedos, le puso

en el brazo un anillito. Perucho hizo lo mismo con el marqués: le metió en la pata delantera un anillo de cáscara de naranja que Rabicó, por dos veces, intentó comer.

—Pórtate bien, aunque no sea más que por hoy —le dijo amenazadoramente el muchacho.

Los otros animales de la quinta, las cabras, las gallinas, los cerdos, asistían también a la fiesta, pero desde lejos, y sin comprender nada de aquello.

Terminada la fiesta, Naricita preguntó:

—¿Y ahora, Perucho?

—Ahora —respondió él—, no falta más que el viaje de bodas.

Pero la niña estaba cansada y no estuvo de acuerdo.

Propuso otra cosa. Se pusieron a discutir y se olvidaron de cuidar la mesa. Rabicó aprovechó la oportunidad, se fué acercando despacito a las tortas —*¡ñoc!*— se atrapó la más bonita.

—Salva los dulces, Perucho —gritó la niña.

Se volvió Perucho y, al ver la feísima acción del pirata, se le fué encima hecho una furia. Cogió al vigilante del lugar y —*¡zás!*— dió un "vigilantazo" en los lomos al lechón.

—¡Bandido! ¡Ladrón! ¡Marqués de porquería!...

Rabicó dió un berrido ahogado y huyó por el campo sin soltar la torta.

Fué un desastre. La fiesta se volvió un pandemonium y Emilia se puso a llorar y patalear de rabia.

—¡Eso es! Bien que yo me resistía a casarme con Rabicó. ¡Es un ordinario, incapaz de repetar a una esposa!

Naricita intervino, consolándola.

—¡Eso no quiere decir nada! Rabicó es un sujeto bastante ordinario, no se puede negar, pero con el tiempo irá teniendo vergüenza y acabará siendo un buen marido. Después, es necesario no olvidarse que un día de éstos se transforma en príncipe y te hace princesa.

Pero Perucho, que estaba furioso con la fea acción de Rabicó, lo estropeó todo diciendo:

—¡Qué príncipe ni que cáscaras, Emilia! ¡Naricita se burló de tí! Rabicó nunca ha sido ni será príncipe. Es cerdo y de los más cerdos de todos...

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

LA CENA DE AÑO NUEVO

COMO era de prever, ese matrimonio no podía traer buenos resultados. La incompatibilidad de caracteres era absoluta y además Emilia no se podía consolar del engaño de que fué víctima. Naricita intentó aún convencerla de que Rabicó era, realmente, un príncipe y que Perucho dijo aquello llevado por la rabia. Pero todo fué inútil. Cuando Emilia sospechaba, era para toda la vida. Y fué así que quedó casada con Rabicó, pero separada de él para siempre.

—Ya ves lo que has hecho —decía con voz plañidera. Me casaste con un príncipe de mentira y ahora mira... míralo tú...

Naricita le quería infundir esperanzas:

—Todo se arreglará. Un día cualquiera se muere y te casaré con el vizconde o con otro cualquiera.

Finalmente llegó el día de Año Nuevo. Doña Benita tenía la costumbre de festejar ese día con una cena que reunía a varios parientes y vecinos. Tía Anastasia se esmeraba. Pollos asados. Pavo relleno. Lechón al horno. Pasteles, dulces y cuanta cosa suculenta se podía encontrar. Así era siempre y fué así aquel año.

Cuando sonó la hora y todos fueron a la mesa, comenzó a llegar plato tras plato, hasta que apareció en una fuente grande un lechón "sonriente" con un huevo cocido en la boca y rodeado de rodajas de limón.

Los chicos no esperaban que hubiera lechón, porque la negra había asegurado que la cena era a base de pavo.

Naricita, de inmediato, sintió sospechas y fué corriendo al patio a ver si veía a Rabicó. Lo llamó más de veinte veces, lo buscó por todos los lugares donde habitualmente estaba. Y, como no encontrara ni rastros, volvió al comedor llorando desconsoladamente.

—¡No comas ese lechón, Perucho! ¡Es Rabicó! —gritó la niña. Esta malvada nos engañó y lo asó al pobrecito.

El chico, aunque difícilmente lloraba, se levantó de la mesa indignadísimo con la negra.

Sin embargo, Emilia saltaba de alegría. ¡Era viuda! Finalmente podía casarse con el vizconde de la Mazorca u otro figurón cualquiera. Hasta aplaudió cantando: "Pirulito que vuela, vuela!...", que era su canción favorita.

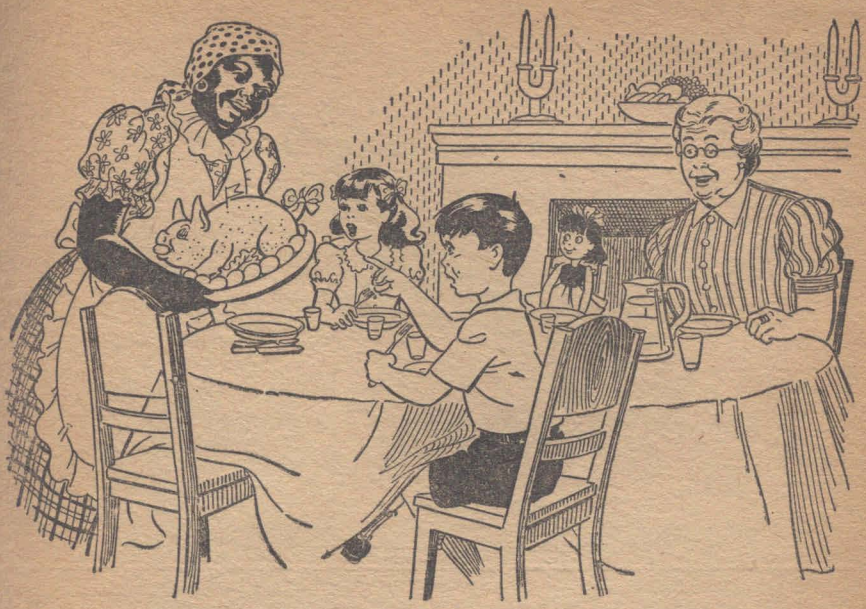
Naricita no pudo soportar aquello. Corrió hacia ella y le dió unos coscorrones.

—¡Voy a mandarle al doctor Caracol que te haga una operación para que te pongan dentro lo que te falta!...

Doña Benita preguntó, muy extrañada, qué le faltaba a Emilia.

—¿Corazón, abuelita, no lo ves? ¡Este demonio no tiene ni un pedacito así de corazón!

¡Cuántas lágrimas perdidas! Rabicó no murió asado. La víspera de Año Nuevo, al advertir las intenciones de tía Anastasia, trató de ponerse al fresco, muy calladito, con el rabito entre las piernas. En el camino se encontró con un lechón de su misma edad, muy parecido a él. Tuvo una idea.



—¿Por qué no vas, mañana temprano, al patio de doña Benita? He dejado allí tres zapallos casi enteros...

Y el pobrecito fué. Encontró los zapallos, es verdad, y los comió; pero como postre encontró un cuchillo afilado y el horno.

De esta manera el ilustre señor marqués de Rabicó consiguió huir de su triste destino. Y pasado el peligro volvió, muy satisfecho de la vida, como si no supiera nada.

EL MATRIMONIO DE NARICITA

LA ENFERMEDAD DEL PRINCIPE

DESPUES DEL VIAJE DE NARICITA AL reino de las Aguas Claras, el príncipe Escamado cayó en una profunda tristeza. Adelgazó. Sus escamas fueron quedando finitas como papel de seda. Permanecía horas y horas con los ojos clavados en el trono donde Naricita se había sentado para asistir al gran baile de la corte y, de vez en cuando, dejaba escapar unos suspiros que parecían arrancados con tenaza.

Y en cuanto al apetito, nada. Por más golosinas que el cocinero real inventara, pasaba siempre lo mismo: el príncipe se levantaba de la mesa sin tocar ninguno de los platos. Las más bellas lombrices lo dejaban tan indiferente como si fueran esas horribles lombrices que tienen un anzuelo dentro.

Ese estado de postración del príncipe entristecía a toda la corte. Además de amarlo sinceramente, temían que si el Escamado muriera, subiese al trono alguna piraña de mala casta o un célebre pulpo que se distraía estrangulando a los pobres peces en sus terribles tentáculos.

El doctor Caracol fué llamado para examinar al príncipe. Le tomó el pulso, le pidió que le enseñara la lengua. Después, levantando hasta la frente los anteojos de tortuga, dijo:

—Vuestra Majestad está sufriendo de "naricitachatitis", enfermedad muy grave, cuyo remedio único es el matrimonio con cierta personilla.

El príncipe abrió los ojos lleno de espanto. Era la primera vez que aquel médico no recetaba píldoras.

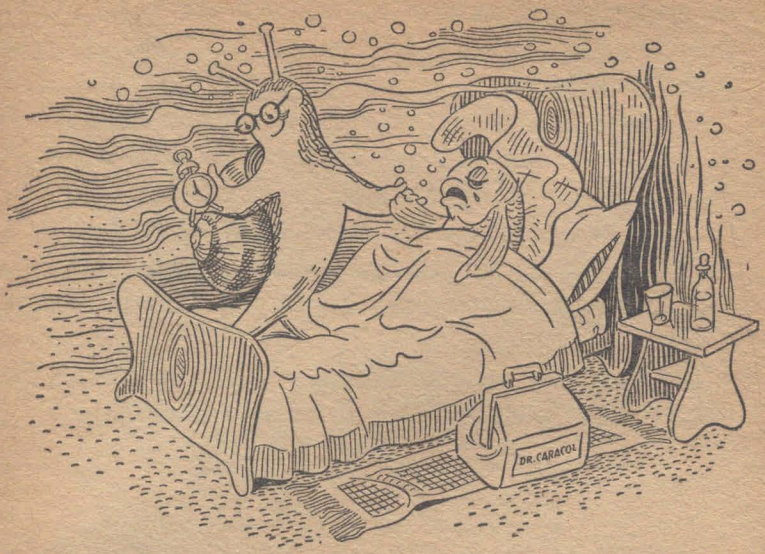
—Tienes razón, Caracol —dijo el príncipe. Mi enfermedad no es del cuerpo sino del alma. Desde que Naricita dejó el reino ya no ha habido tranquilidad para mi. Perdí el apetito, el sueño, el valor y el placer de vivir...

—Así es —confirmó el médico, muy contento por haber acertado. La enfermedad de Vuestra Majestad no es más que amor refrenado, y no se puede curar más que con el matrimonio. Si Vuestra Majestad me lo permite, haré una tentativa para obtener tan preciada medicina.

Los ojos del príncipe brillaron de esperanza.

—Sí, te lo permito. Y si consigues obtenerlo, sabré recompensarte. ¡Te nombraré Gran Duque de la Píldora!

El gran médico se retiró encantado por la idea de transformarse en Gran Duque. Sería un honor fantástico



para la familia de los Caracoles, en la que no había habido nunca ni siquiera un comendador, cuanto más un gran duque. Y se fué a conferenciar sobre el importantísimo problema con los otros figurones de la corte.

Discutieron, discutieron y después resolvieron dirigir a Naricita un pedido de casamiento. El doctor Caracol mandó llamar a la señorita Calamarete, a quien dijo:

—Ud., que es la escribiente del mar, porque tiene en el cuerpo una pluma de hueso y un tintero de tinta, escriba una carta bien bonita pidiendo la mano de Naricita para nuestro amado príncipe.

La señorita Calamarete escribió la carta, la dobló bien dobladita, la cerró bien cerradita dentro de una concha

de madreperla, para que no se mojara por el camino. Inmediatamente entregó la concha a los pececitos exploradores, diciéndoles:

—Llevad esta concha con mucho cuidado hasta la orilla del arroyo que pasa por la quinta de doña Benita, y depositadla en un lugar donde pueda ser vista con facilidad. Si os distraéis por el camino con alguna lombriz y perdéis la carta, el príncipe, nuestro amado señor, os mandará electrocutar a todos por el pez eléctrico. ¿Habéis oído?

Los pececitos juraron fidelidad y allá se fueron, haciendo rodar la concha por el fondo del mar.

EL PEDIDO

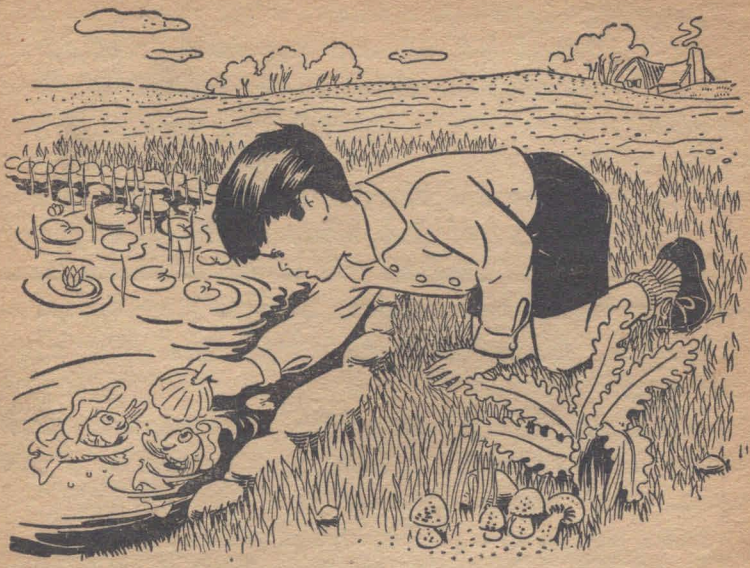
APENAS los peces exploradores llegaron a la quinta de doña Benita, trataron de levantar la concha y colocarla entre dos piedras a la orilla del arroyo, bien cerca del tronco del sauce. Y se quedaron cerca descansando.

No tardó en llegar allí Perucho con la caña en la mano; iba a pescar justamente allí. Llegó, puso una pobre señora lombriz en el anzuelo e iba ya a hundirla en el agua cuando...

—¡Una ostra por aquí! —exclamó muy extrañado. Esta ostra tiene cola...

La tomó en la mano; la examinó. La sacudió junto al oído. Percibió dentro el ruidito de la carta. La abrió: era una carta de verdad.

Corrió a casa.



—¡Naricita! —gritó al llegar a la puerta. ¡Una carta para tí!

La niña estaba ayudando a tía Anastasia a hacer unas empanadas. Apenas oyó aquellos gritos dejó la masa, se limpió las manos en el delantal de la negra y dijo:

—¿De quién será, Dios del cielo?

Rompió el sobre y leyó:

Señorita:

La felicidad del reino de las Aguas Claras está en vuestras manos. Nuestro príncipe está perdido de amor y sólo puede ser salvado si Ud. lo acepta

por esposo. O se casa o muere, dice el médico de la corte. ¿Querrá Ud. salvar a este reino de la desgracia, compartiendo el trono con nuestro amado príncipe?

—¡Si, señor! —dijo Naricita después de leer la carta. Estos señores pececitos saben escribir a la perfección. Creo que ni abuelita, que es una sabihonda, sería capaz de escribir una carta tan llena de gramática...

Después, volviéndose a Perucho, ordenó muy naturalmente:

—Responde que sí, que acepto. Diles que estoy ayudando a tía Anastasia a hacer unas empanadas y que apenas acabe iré a casarme con él.

Doña Benita, que pasaba, oyó el final de la frase.

—¿Casarte con quién, niña? —preguntó. ¿Qué historia de matrimonio es ésta?

—Así es, abuelita. Han pedido mi mano y acepto. Me voy a casar con el príncipe Escamado.

Tía Anastasia se quedó mirando a doña Benita que, a su vez, miraba a Naricita.

A Naricita le hizo gracia tantos ojos fijos y continuó:

—¿De qué se extrañan? Toda la gente se casa. ¿Por qué no podré casarme también?

—Sí, hija mía —dijo doña Benita. Todos se casan. Yo me casé, tu madre se casó. Pero todos se casan con iguales suyos. Muy distinto a eso es casarse con un pez...

—Cuidado con la lengua, Abuelita. Escamado es un príncipe. Si se tratara de un vulgar pez de laguna es

natural que te inquietaras. ¡Pero mi novio es un gran príncipe de las aguas...!

—Pero no es criatura de nuestra especie ¡nena!

—¿Y eso qué tiene que ver? Acaso Emilia, que es una muñeca, no se casó con Rabicó, que es un lechón? Tus ideas me parecen muy atrasadas, abuelita...

Doña Benita volvió los ojos hacia tía Anastasia.

—Ya no comprendo a mis nietos. Hacen tales cosas que la quinta se está convirtiendo en libro de cuentos maravillosos. Nunca me percato cuándo hablan en serio o en broma. Este matrimonio con un pez, por ejemplo, me parece una broma, pero no me sorprendería si algún día apareciera por aquí un marido-pez, ni que esta chica me viniera a decir que su bisabuela fué una sirena...

La negra se santiguó con ambas manos.

—¡Cielos! ¡Si parece brujería...! Pero si eso ocurre, búsquese otra cocinera. ¡Cegatona como soy, tendría miedo de freír a un biznieto suyo confundiéndolo con un bagre!...

Mientras las dos viejas discutían el extraño caso, Perucho escribía la respuesta. Después la dobló, bien doblada. La cerró, bien cerradita dentro del mismo sobre-ostra y la colocó en el mismo lugar donde lo había encontrado.

De inmediato se aproximaron los pececitos exploradores. Olieron la ostra y, viendo que había una contestación dentro, le dieron unos hocicazos y la tiraron al agua, volviendo a hacerla rodar por el lecho del río.

Cuando el príncipe leyó la contestación de Naricita casi se muere de alegría. Y a pesar de que era la carta

más corta del mundo, pues que se componía de una sola palabra: "¡SI!", el príncipe perdió la solemnidad haciendo tales cabriolas sobre el trono que parecía un pez pescado y abandonado en el suelo.

Los ministros y otros hidalgos de la corte cambiaron miradas de preocupación. ¿Se habría vuelto loco el amado príncipe?

Finalmente, el Escamado volvió en sí, rojo como un camarón.

—Perdonen Uds. estas expansiones, amigos —les dijo. Es la alegría de un náufrago que ve finalmente el puerto de salvación. Este "sí" me ha conmovido hasta el fondo del alma. No es simplemente un sí, mírenlo bien; ¡es un sí entre signos de admiración! ¡Eso quiero decir que Naricita no se limita a aceptar mi proposición, sino que la acepta con entusiasmo! ¡Cielos! ¡Qué feliz me siento!

En seguida, dando orden de que se preparara el reino para la más espléndida fiesta que verían los siete mares, se fué a su mesita y, mojando una pluma de picaflor en una perla horadada que le servía de tintero, principió a escribir cartas de amor. Escribió, escribió hasta que se le acabó la tinta y la pluma quedó reducida a un cachito inservible. Las iba escribiendo y enviando, y tantas escribió, que el mayordomo del palacio tuvo que organizar un servicio extraordinario de correos, disponiendo a millares de sardinas en el fondo del mar, a poca distancia una de la otra. Las cartas iban pasando de mano en mano como hacen los albañiles con los ladrillos.

Naricita leía las cartas y las respondía con regalos.

Ora una flor, ora un grillito verde, ora una rolliza y rosada lombriz. Envió también una rosquilla advirtiendo que había sido amasada por sus blancas manos.

Ese fué el regalo que más le gustó al príncipe. Y en vez de comerse la rosquilla, mandó que el mejor joyero del reino le engarzara una hilera de diamantes, como para transformarla en una preciosa corona.

—De ahora en adelante ésta será mi corona real, ¡y no me pondré otra con mayor orgullo! —dijo el príncipe conmovido.

LOS PENDIENTES DEL MARQUES

FINALMENTE llegó el día de la partida. Por la mañana temprano Naricita dió los últimos toques al vestido nuevo de la muñeca.

Emilia torció los labios despectivamente. No le gustaba. Quería un vestido de cola.

—Tú —dijo—, me has elegido por madrina de casamiento; recuérdalo. ¿Cómo puedo, pues, presentarme a la corte con este vestido de Judas en sábado de gloria.

—Allí tendrás otro lo mismo que la otra vez —dijo la niña. Este no es nada más que para hacer el viaje. Si vas con vestido de cola, te vas a enredar en el fondo del mar, donde hay muchas ramas de coral con más espinas que los cardos.

El vizconde de la Mazorca iba también en calidad de padrino. Naricita le cambió la cinta de la galera y le

pidió a la muñeca que lo cepillara de la cabeza a los pies.

—Este señor vizconde —agregó la niña—, está cambiando de genio. Desde que se cayó detrás de la biblioteca de abuelita y se quedó allí olvidado tres semanas, enmoheció y tiene olor a sabio. Parece que los libros le pegaron la ciencia. Habla en difícil. Que la química por aquí, que la física por allá...

—¿Y Rabicó? —preguntó la muñeca.

—¡Rabicó no va! —gritó Perucho, que entraba en ese momento. Es un marqués mal educado que estropeará todas nuestras fiestas. ¿No recuerdas ya lo que hizo con las tortas el día de su propio casamiento?

—¡Pero no puede ser, Perucho! A fin de cuentas, Rabicó es el marido de Emilia y no está bien que Emilia se presente sola en la corte. Pueden murmurar de ella...

—En ese caso, que vaya —resolvió Perucho—; pero irá también mi honda y si no se porta bien, ya lo saben, habrá una de hondazos que sacará chispas.

A Perucho le habían regalado una honda y desde entonces todo lo resolvía a hondazos. Pero Naricita no se mostró conforme.

—¡Pobre Rabicó! —dijo ella. No comprendo por qué te ensañas con él.

—No es ensañamiento, Naricita. Es que Rabicó es muy cerdo y mal amañado por naturaleza. Mira al vizconde. No es más que una simple mazorca y, sin embargo, ¡qué distinción, qué elegancia, qué sentido palaciego, qué mesura! Cuando se sienta en una silla allí se queda horas, días, semanas enteras sin incomodar a nadie y tan estirado que hasta parece el príncipe de Gales.

A las once se fueron todos a la orilla del arroyo donde ya estaba el coche del príncipe esperándolos debajo del agua.

—El coche ya llegó y Rabicó aun no está vestido —dijo la muñeca. Y eso porque tú, Naricita, te olvidaste de arreglarlo.

—Es verdad —dijo la niña—; pero eso se arregla en un segundo. Y ató un lazo de cinta en la colita de tirabuzón del marqués.

—Sólo le faltan unos pendientes —recordó Perucho, y sacando dos manises con cáscara los abrió y dejó las cáscaras prendidas en cada una de las orejas del lechón.

—No vaya a comerse los pendientes, señor marqués —amenazó enseñándole la honda.

En ese momento salió del agua el doctor Caracol. Subió a una piedra e hizo con los cuernitos unos movimientos que significaban que podían tomar el coche.

Inmediatamente se abrieron las aguas como en el Mar Rojo cuando a él llegaron los hebreos perseguidos por los egipcios. Tomando la delantera, Naricita bajó primero, seguida después por todos. Se sentaron en el coche y se contaron. ¡Faltaba el marqués!

—Siempre se hace esperar el peor —refunfuñó Perucho aburrido. ¿Por qué será que no llega?

La cabeza del doctor Caracol surgió en la ventanita.

—¡El señor marqués no quiere entrar! —murmuró afligido.

—¿No lo dije? —exclamó Perucho encolerizado. Rabicó ya comenzó a molestar. Pero esperen aquí... —y saltó del coche con la honda.

Emilia sufrió un principio de síncope, siendo necesario que Naricita le frotara en la nariz una hojita de ruda.

Segundos después, Rabicó entraba en el carruaje como una bala, yendo a enroscarse a los pies de la niña. Emilia lo miró y se puso furiosa.

—¡Mira, Naricita! Rabicó ya perdió el pendiente de la oreja derecha y fíjate cómo tiene el lazo todo arrugado...

Entraron Perucho y el doctor Caracol.

—¡Del primer hondazo le salieron chispas por la oreja! —dijo el chico.

—¡Qué barbaridad! —se quejó Naricita. Pero lo peor es que acertaste al pendiente y allá se fué...

—No importa —interrumpió Perucho. Se explica a la corte que la moda es llevar un solo pendiente en la oreja izquierda y se lo creerán todos.

Y volviéndose al camarón cochero, ordenó:

—¡Vamos!

El latiguillo del camarón chasqueó y los hipocampos partieron al galope.

¡El camino por donde corría el coche era una belleza! Bosques de esponjas. Florestas de algas. Montes de corales. Hasta pasó por un bosque de mástiles de buques náufragos.

Los viajeros miraban por las ventanitas y veían deslizarse en el seno de las aguas los más terribles monstruos del mar. Tiburones enormes, pez-espadas, anguilas. Hasta un pulpo que agitaba sus terribles tentáculos.

A Emilia le gustó muchísimo el pulpo.

—¡Soy capaz de fabricar uno! —gritó entusiasmada,

y todos se volvieron para oírle decir la tontería de mayor calibre—. Tomo una cantidad de víboras, las ato todas con las cabezas dentro de un saco, suelto el saco en el mar y ¡se convierte en pulpo!...

—Eres tremenda, Emilia —dijo la niña distraída, fijándose en Rabicó, que iba muy triste en su rincón. Pero sería mejor que le arreglaras el pendiente a tu marido, que está entre caer o no caer...

—¡Que se coma el pendiente de una vez! Toda esa tristeza de Rabicó no es más que ganas de comerse el pendiente.

Rabicó se pasó la lengua por el hocico, miró la honda de Perucho y suspiró tristemente.

Mientras tanto Perucho charlaba con el doctor Caracol sobre la serpiente de mar.

—Pero, a fin de cuentas ¿existe o no esa serpiente? —preguntaba. Unos aseguran que sí, otros dicen que no. ¿Qué cree Ud., doctor Caracol?

—No la he visto nunca, pero el mar es tan grande que debe haber de todo en él.

—Sin duda lo que no hay son sirenas —intervino Naricita. ¡Sirenas! Abuelita dice que sirena y mentira es la misma cosa.

Pedrito hizo una mueca de duda.

—¿Cómo puede saberlo abuelita si no ha visto nunca siquiera una playa?

—¡Eso sí que tiene gracia! —exclamó Naricita. Casi juraría que la tontería de Emilia se te está contagiando. ¡Abuelita lo sabe por los libros y es en los libros donde está toda la sabiduría! Abuelita conoce más cosas del mar que este doctor Caracol que nació en él y en él pasó toda la vida. ¿Quiéres verlo?

Y volviéndose al ilustre doctor:

—Dígame, doctor, ¿cuál es su nombre científico?

El doctor Caracol tragó saliva con cara de quien ni siquiera sospecha que puede tener un nombre científico.

—¿No lo sabe, verdad? —continuó victoriosa Naricita. Ud. no lo sabe, pero mi abuelita sí que lo sabe, y hasta el señor vizconde, sólo porque olió los libros de abuelita, es capaz de saberlo. ¡Vamos, vizconde! Déjelo

nock-out a este sabio de Grecia. Díganos cuál es el nombre científico de los caracoles.

El vizconde tosió y sacó a relucir su sabiduría:

—El señor Caracol es un molusco gasterópodo del género Líparis.

Entusiasmada por la ciencia del vizconde, Naricita aplaudió.

—¿Se da cuenta, doctor? Ud. es un Líparis. Lí-pa-ris, con ele mayúscula. Escríbalo en su caparazón para no olvidarlo. Nuestro querido vizconde conoce el nombre científico de todas las cosas, con excepción de una... ¿Apuesto a que no conoce el nombre científico de Emilia?

El vizconde respondió después de volver a toser:

—La señora Emilia es un animal artificial que no está clasificado en ninguna zoología.

Naricita soltó la carcajada.

—Yo no aguantaría semejante insulto —dijo, dándole con el codo a la muñeca. ¡Que llame animal a una ilustre marquesa!

Emilia miró al vizconde con aire de soberano desprecio.

—No doy beligerancia a vegetales —dijo irónicamente—, que antes de ser vizcondes estaban tirados por el suelo, cerca del pesebre de las vacas, sucios de tierra y de otras cosas más, sin galera ni nada... El vizconde se da muchísima importancia, pero tiembla de pavor cada vez que pasa cerca de la vaca mocha...

—¿El señor vizconde teme a las vacas? —preguntó el doctor Caracol, lleno de admiración, aunque no sabía qué es una vaca.

—¿Y cómo no? —gritó Emilia. El vizconde es una mazorca y todas las mazorcas, cuando ven una vaca, se echan a temblar. ¿No sabe Ud. que las vacas prefieren una mazorca a un bombón? La madre del vizconde, el padre del vizconde, sus hermanos, sus tíos, sus primos, su suegro, toda la parentela de la quinta fueron rumiados por la vaca mocha. Sólo escapó el vizconde porque usa galera y las vacas temen a las mazorcas con galera.

En ese momento, el coche entró en una planicie de arena que no tenía fin. Perucho miró aquel desierto desanimado, rascándose la cabeza. Sentía pereza de verse obligado a pasar sobre tanta arena.

—Ya estoy aburrido del fondo del mar —dijo él. Lo mejor es que lleguemos en seguida al palacio del príncipe.

Y sin esperar respuesta de los demás, gritó al camarón cochero:

—Vamos de una vez o saco la honda...

El camarón cochero no discutió. Agitó las riendas y fué a parar frente al palacio real.

LA LLEGADA

RODEADO de toda la corte y por una enorme multitud del pueblo del mar, el príncipe bajó a recibir a la niña. Al bajar del coche, la multitud aplaudió, saludándola con gritos y vivas, y soltando millares de luciérnagas del mar, que son los cohetes que usan ellos. El príncipe abra-

zó a la novia sin poder decirle nada. Tal era la emoción que sentía. Besó la punta de sus dedos y subió con ella la escalera del palacio.

—Debe estar muy cansada —dijo el pececito, cuando recobró la voz. La voy a acompañar a los aposentos nupciales, donde todo es de perlas y coral.

—¡Qué hermosura! —exclamó Naricita. Y los otros, ¿dónde van?

—También he reservado unos aposentos maravillosos para los demás. El vizconde irá al cuarto de las algas, el marqués al cuarto de los corales rojos.

Naricita lo interrumpió con su risa.

—El señor príncipe no conoce aún el gusto de mis compañeros. El vizconde, que es un sabio, no quiere saber más que de libros. Basta meterlo en una biblioteca. Y para el marqués nada mejor que un chiquerito con tres grandes zapallos de mar.

—¿Y don Perucho?

—A ése es mejor dejarlo suelto, por ahí, con la honda. No se metan con él, porque se enfurece. Emilia se quedará conmigo.

—Pensé que la señora marquesa de Rabicó preferiría el chiquerito con el marqués...

—Emilia es altiva, príncipe, y no le da mucho corte a su marido. Se casó sólo por el título y si encuentra por aquí algún duque es muy capaz de divorciarse del marqués. A menos que quiera casarse con el vizconde —agregó maliciosamente, volviéndose a la muñeca.

Emilia respondió de inmediato con su célebre gesto de desprecio:

—"Animal" no se casa con "vegetal"...

El príncipe se retiraba para que la niña pudiera descansar a gusto, cuando llegó Perucho.

—Y ahora, príncipe, qué vamos a hacer —preguntó.

—Descansar del viaje —respondió Escamado.

—¿Y si nos figurásemos que ya habíamos descansado?

—En ese caso, los convidaría a la fiesta de recepción en la sala del trono.

—¿Cómo es esa fiesta?

—¡Oh, muy bonita! Comienza con un hermoso discurso oficial, después otro discurso...

—¡Basta! ¡Basta! —gritó Perucho. Prefiero dar otro paseo por el fondo del mar y Naricita, seguramente, preferiría ir a coser sus vestidos.

—¡Es verdad! —recordó la niña. Necesito ir a casa de doña Modista para que me prepare el vestido de boda y le fabrique una cola bien larga a la marquesa. No podemos presentarnos a la corte con estos vestidos ¿no te parece, Emilia?

—¡Claro que no! Basta la triste figura que hice en ocasión de nuestra primera visita ¿recuerdas? ¡En camisón de dormir!...

LOS APUROS DEL MARQUES

MIENTRAS Naricita y Emilia eran conducidas a la casa de doña Araña, Perucho, el vizconde y Rabicó salieron en dirección de la Floresta Roja, el más lindo bosque del reino.

—Allí deben vivir los pulpos —decía Perucho. Quiero ver si me llevo uno para asustar a tía Anastasia en la quinta.

El vizconde iba a abrir la boca para decir su opinión sobre los pulpos, cuando un grito agudo lo interrumpió. Era Rabicó. Al pasar cerca de un erizo de mar, el tonto se creyó que era comestible y —*¡ñoc!*— le dió un mordisco. Ahora gritaba como un condenado, con el erizo clavado en la boca. Perucho corrió en su socorro y sólo con esfuerzo pudo librarlo del terrible bicho.

—¡Muy bien hecho! ¿Quién te manda ser tan glotón? Pórtese como el vizconde y nada le pasará.

Rabicó respondió con un sollozo, con lágrimas aun pendientes de los ojos:

—¡Es muy fácil portarse bien cuando no se tiene estómago! Pero es que yo tengo un estómago que vale por dos. Por más que coma, siempre tengo hambre... ¡Y hoy, ni siquiera me desayuné...!

Perucho se apiadó de él:

—¡Pues cómete el pendiente, que por ahora no hay nada más!

Sin esperar a que se lo repitieran, Rabicó se tragó el pendiente de maní con cáscara y todo. ¡No perdió pizca! Después se lamió los labios, lleno de añoranzas por el otro pendiente, aplastado y perdido por el hondazo de Perucho. Siguieron el camino. De pronto divisaron a lo lejos un bulto negro.

—¿Qué será? —preguntó el chico, fijando la vista.

—Debe ser un pulpo gigantesco —sugirió el vizconde.

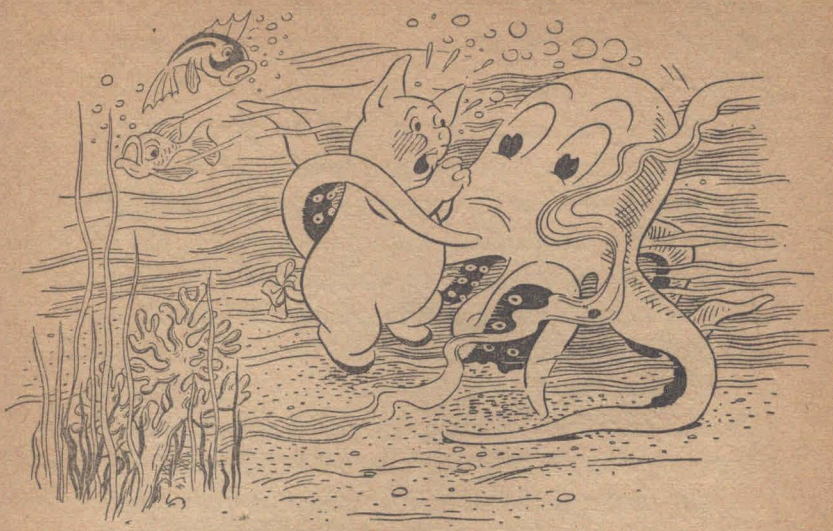
—¡Pulpo es tu nariz! ¿Dónde has visto un pulpo con mástiles? Es un buque y un buque de los buenos.

Efectivamente, era un buque que había naufragado, un enorme navío de tres palos, ya bien enterrado en la arena. Corrieron todos hacia él y como vieron un boquete en el casco, se introdujeron por allí. Así recorrieron todo el buque, los camarotes, los salones, la cubierta. Rabicó se separó de sus compañeros para ver si descubría la cocina, en la esperanza de encontrar algunas sobras de comida. De repente gritó muy alegre:

—¡Encontré una soberbia mandioca! Vengan a ver...

Perucho y el vizconde se aproximaron, pero encontraron algo muy diferente. Vieron a Rabicó cerrar los dientes sobre la tal raíz de mandioca y vieron a la raíz moverse como una serpiente, enroscarse en Rabicó y arrastrarlo al fondo de un camarote.

—¿Qué será? —preguntó Perucho, aproximándose en punta de pies con la honda preparada. Observó. Era un pulpo. El pobre marqués había caído en los brazos de un enorme pulpo, que lo miraba admirado, como si



jamás hubiera visto un lechón con lazo de seda en la cola.

—Es lo que me figuré —murmuró el chico al vizconde. Rabicó mordió un tentáculo de ese bicho creyendo que era una mandioca y ahora está a merced del monstruo. Es un caso perdido...

—Dale un buen hondazo —sugirió el sabio.

—No le hará nada —dijo Perucho, rascándose la cabeza, sin saber qué hacer. De repente se le ocurrió una idea.

—Señorita —dijo a una sardina que también asistía al espectáculo—, le ruego que corra al palacio y avise

al príncipe que el marqués cayó en las garras de un pulpo. Que el príncipe mande socorro con la mayor urgencia...

Ya iba la sardina a dar un coletazo para partir cuando el vizconde la detuvo agarrándola por la colita.

—Señorita— dijo el vizconde—, ¿podría decirme cuál es su nombre científico?

Como no era una sardina culta, creyó que el vizconde se burlaba de ella y se mostró ofendidísima.

—¡Mal educado! ¿No se ve a sí mismo? —respondió, sacándole la lengua.

Y allá se fué en dirección al palacio, toda llena de espinas y gruñendo contra el atrevido. El vizconde, confundido, comenzó a reflexionar sobre la pena que significaba que los habitantes de aquel reino fuesen casi analfabetos.

EL VESTIDO MARAVILLOSO

MIENTRAS se desarrollaba la tragedia de Rabicó en el camarote del buque hundido, Naricita y Emilia seleccionaban figurines en casa de doña Araña Modista. Después pasaron a escoger telas. Doña Araña sacó de sus armarios de madreperla un vestido color de mar con todos sus pececitos y, con la mayor tranquilidad del mundo, como si se tratara de cosa barata, lo mostró a las clientas asombradas.

—¡Es la maravilla de las maravillas! —gritó Naricita,

con los ojos muy abiertos, sintiendo un mareo tan fuerte que tuvo que sentarse para no caer.

Era de esos vestidos que no recuerdan a ningún otro, ni aun a los mejores que se ven en los figurines. ¿De seda? ¡Qué iba a ser seda! ¡Hecho de color, de color de mar! En lugar de adornos conocidos, encajes, cintas, bordados, plisés o lentejuelas, estaba cuajado de pececitos del mar —rojos, azules, dorados, los de escamas tornasoladas, los alargaditos, los redondos como bolas, los chatitos, los de rabos puntiagudos, los de ojos que semejan piedras preciosas, los de largas barbas temblorosas— ¡todos, todos! Allí fué donde vió Naricita cuán infinitamente variado era el color de los habitantes del mar. Algunos parecían verdaderas joyas vivas, como fabricadas por un joyero que no tuviera la menor preocupación por gastar los más ricos diamantes, los ópalos, esmeraldas y perlas, las turmalinas de su colección. Y esos pececitos-joyas no estaban cosidos al tejido como se cosen los adornos en la tierra, sino que estaban vivos, moviéndose y nadando en el color de mar como si estuvieran en el agua. De manera que el vestido variaba continuamente y sus variaciones eran tan bellas, tan bellas que el desfallecimiento de la niña se hizo más agudo y se echó a llorar.

—Es el vértigo de la belleza —dijo doña Araña sonriendo, y le hizo aspirar un frasquito de sales.

Emilia alargó el brazo para tocar el tejido y ver si era grueso.

—¡No toques! —murmuró la niña con los ojos semiperdidos aún.

Lo más bonito era que el vestido no paraba un solo

instante. No paraba de brillar, de agitarse, de hacerse tornasol, porque los pececitos no dejaban de nadar en él, describiendo las curvas más caprichosas entre las algas flotantes. Las algas ondeaban sus cabelleras verdes y los pececitos jugaban en derredor de los cabellos ondulantes sin tocarlos jamás ni con la punta de la cola. De manera que todo aquello subía y bajaba, se iba y volvía, nadaba y boyaba, saltaba y bailaba sin cesar... La curiosidad de Emilia vino a interrumpir aquel éxtasis.

—Pero ¿quién es el que fábrica esta tela, doña Araña? —preguntó, tocándola, sin que Naricita la viera.

—Este tejido fué hecho por el Espejismo —respondió la modista.

—Y Ud., ¿con qué lo corta?

—Con las tijeras de la Imaginación.

—¿Y con qué aguja lo cose?

—Con la aguja de la Fantasía.

—¿Con qué hilo?

—Con el hilo del Ensueño.

—Y... ¿a cuánto vende el metro?

Naricita, ya más dueña de sí, le dió un codazo.

—¡Cállate, Emilia! Los pececitos se pueden asustar de tus tonterías y huir del vestido.

En ese momento se abrió la puerta del cuarto y entró el príncipe alarmadísimo.

—¡Es una gran desgracia! —comenzó diciendo. ¡Acaba de llegar una sardina mensajera con un recado del señor Perucho comunicando que el marqués de Rabicó ha caído en los tentáculos de un pulpo!...

—Es necesario salvarlo, cueste lo que cueste, príncipe. Si Rabicó es devorado por el pulpo, abuelita se va a poner furiosa!...

—Ya envié en socorro suyo a mi mejor batallón de coraceros. Con tal que lleguen a tiempo...

—¿Quiénes son ellos?

—Los cangrejos rayados.

—¡Pero los congrejos andan tan despacio! —murmuró la niña con desconsuelo.

—Es verdad, pero los envié montados en velocísimos peces eléctricos. Tengo la esperanza de que todo terminará bien.

—¡Qué los ángeles lo escuchen! —dijo la niña, pensando en el responso que tendría que oír de doña Benita.

Emilia aprovechó la oportunidad para preguntarle al príncipe qué tal le parecía el figurín elegido para su vestido de cola.

—Muy bonito —le respondió él, pensando en otra cosa.

—Pues está a su disposición —replicó amablemente la muñeca.

Naricita la llamó aparte para cuchichearle al oído:

—No te metas a hablarle al príncipe. Tú siempre dices lo que no hay que decir.

Emilia puso la cara hosca, segura de que era por celos que no quería la niña que le hablara al príncipe.

VA LLEGANDO EL SOCORRO

PERUCHO sudaba lleno de aflicción. El auxilio que había pedido no llegaba nunca. Cuando llegase tal vez Rabicó habría sido ya estrangulado por el monstruo. Lo que retardaba tan triste fin era la curiosidad del pulpo. Parecía distraerse con el hocico aterrorizado del mísero marqués que, con la lengua fuera, miraba desesperadamente hacia todos lados en busca de salvación. Perucho, que todo lo observaba por una rendija del camarote, le hacía señales para que no se muriera antes de la llegada de los socorros. El vizconde, mientras tanto, por orden de Perucho, se había subido a la gavea del palo mayor para dar aviso apenas avistara las tropas del príncipe. Pero eso nada adelantó. El vizconde era un verdadero sabio y todos los verdaderos sabios son muy distraídos. Apenas llegó a lo alto del palo mayor se distrajo con una cucarachita de mar que por allí andaba, pensando en el nombre científico que debía tener. Por eso no vió la llegada de los coraceros ni pudo avisar a tiempo. Los tales coraceros eran unos terribles cangrejos, pintados a rayas, de caparazón tan dura como las tortugas y armados de pinzas más fuertes que las de los dentistas. Porque eran muy lentos venían montados en peces eléctricos. Llegaron. Descabalgaron. El comandante preguntó al chico dónde estaba el señor marqués.

—En el camarote número 7, bien hacia el fondo —dijo el niño en voz baja para que el pulpo no lo oyera.

Los coraceros fueron avanzando de puntillas. Avan-

zaron y, de repente, todos al mismo tiempo, dieron un salto y fulminaron al pulpo. Sí, lo fulminaron, porque, como venían montados en peces eléctricos, llegaron cargadísimos de electricidad, como las pilas, y así, apenas sus pinzas tocaron al pulpo, se produjo un terrible choque eléctrico que lo fulminó. ¿Y no fulminó a Rabicó al mismo tiempo? No. Rabicó, por casualidad, se había agarrado a un pararrayos que había por allí. Apenas se vió libre de los tentáculos del pulpo, salió corriendo —*¡coin, coin, coin!*— hacia donde estaba el chico. Pero a pesar de estar salvado, seguía su *¡coin, coin, coin!*, como si aun sufriera algo. Perucho lo examinó. ¡El pobre marqués tenía un cangrejito aferrado a la punta de la cola!

—¡Escapé de una y caí en otra! —gemía el marqués. Este cangrejito que me tiene por la cola es muchísimo más feroz que el grande...

En vez de librarlo del cangrejito, Perucho se echó a reír.

—¡Así estás hermosísimo, marqués! Este cangrejito en la punta de la cola te sienta mucho mejor que el lazo —y lo dejó como estaba.

Perucho fué a ver el pulpo moribundo, rodeado por los valientes coraceros. En esto vió al vizconde que bajaba del palo mayor con la cucarachita de mar metida en la galera.

—Creo que esta cucarachita debe ser un "Balabera gigantea" de las Indias Occidentales... —comenzó a explicar.

El chico se puso furioso:

—Pues yo creo que el señor vizconde es un perfecto

DE MAESTRO

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

bobalicón —dijo, dándole una palmada en la galera. ¿Fué a cazar cucarachas a lo que le envié al palo mayor?

—¡Es verdad! —exclamó el vizconde, golpeándose la frente. Me olvidé por completo del encargo. Pero no importa; volveré a subir y en cuanto asomen las tropas del príncipe daré la señal.

—¡A dónde va a volver es al palacio! ¿No ve que Rabicó está a salvo? —y poniendo al marqués en marcha tomó rumbo al palacio.

El vizconde lo seguía con la cucaracha en la mano. "¿Será una Balabera o una Stilopiga? ¡Lástima que esté tan lejos de aquel libro de doña Benita!...", iba pensando con la frente arrugada. Cuando llegaron al palacio encontraron las puertas cerradas. El portero les dijo que el casamiento ya había comenzado.

Perucho aprestó la honda, pero, pensándolo mejor, se dirigió a una lombriz de mar que estaba charlando con el portero.

—Señorita, hágame el favor de pasar por el agujero de la cerradura e ir a avisar al príncipe que estamos aquí y que mande abrir la puerta. Si no...

Partió la lombriz, y Perucho, ansioso por saber lo que pasaba, subió a una ventana para mirar hacia dentro. Y lo vió todo. Naricita estaba deslumbrante con su vestido color de mar y los pececitos nadando en él. Llevaba en la cabeza una diadema hecha con las perlas más raras de los siete mares y en la mano un cetro de nácar todo esculpido. A su lado iba el príncipe con su maravilloso manto real, hecho con las más hermosas escamas. Detrás iba Emilia, con vestido de cola y dándole el brazo a un so-

lemnísimo Bernardo Eremita. Ese señor llevaba en la mano una cesta donde se veía la corona con la que el príncipe iba a ser coronado. Fijándose mejor, vió Perucho que la corona era la rosquilla que la niña envió de regalo.

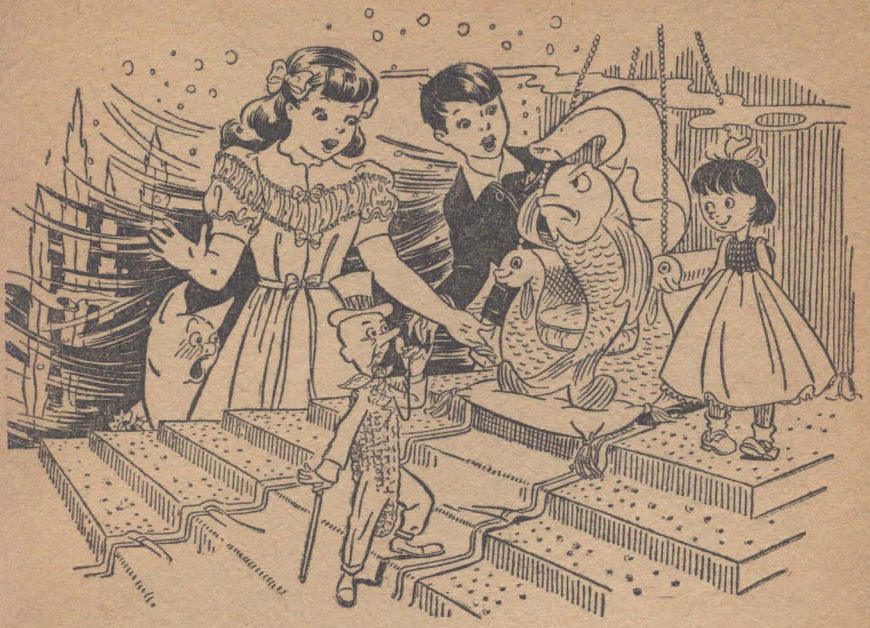
—Esta Naricita tiene una suerte bárbara. Pesca un marido que, además de ser príncipe, tiene ideas de las más felices...

Llegados a las primeras gradas del trono, los reales novios comenzaron a subir paso a paso, al son de las músicas más bellas que se pueda imaginar. Eran cantos de sirenas venidas de todas las regiones del océano. Perucho, que nunca había visto sirenas, abrió bien los ojos, pensando para sí: "¿Y la tonta de mi abuelita que no cree en sirenas?". Cuando estaban en lo alto, el príncipe se detuvo como si alguien estuviera tocándole el pie. Miró hacia abajo. Vió la lombriz con el aviso y lo comprendió en seguida. Volviéndose a Naricita le explicó:

—Son Perucho, el vizconde y el marqués, que acaban de llegar.

—Magnífico —dijo la niña aplaudiendo. Pero ahora tenemos que recomenzar la fiesta desde el principio, sino Perucho va a estar furioso.

Quien mandaba en el reino era ya Naricita. Un deseo suyo valía por una orden terminante, de modo que el príncipe hizo suspender la fiesta para volverla a empezar. Cada cual volvió a su puesto, todos muy compenetrados, esperando que Perucho, el vizconde y el marqués entraran y ocuparan los lugares que tenían reservados. Finalmente se abrieron las puertas del palacio y surgie-



ron los tres aventureros. En seguida Emilia notó algo extraño en la cola del marqués.

—¿Qué tiene Rabicó en la cola? —preguntó, fijando la vista. Parece que el lazo que tenía se transformó en cangrejito —y corrió para verlo mejor. Al ver que efectivamente era un cangrejo, se desmayó de vergüenza.

—¡Ah!...

Hubo una gran confusión. Toda la corte corrió a recogerla. Llegó apresuradamente el doctor Caracol, que le tomó el pulso de inmediato.

—No está muerta —dijo poco después—; no está más que desmayada.

—¿Y cómo vamos a hacer para que vuelva en sí? —preguntó Naricita afligida. ¿Habrá éter por aquí?

—Hay algo mejor —declaró el doctor Caracol. Hay cangrejitos. Para hacer "desdesmayar" a una persona desmayada, no conozco nada mejor que ponerle un cangrejito encima. ¡Que me traigan un cangrejo!...

El príncipe gritó de inmediato:

—¡Un cangrejo! ¡Mi reino por un cangrejo!...

—Aquí hay uno —dijo de inmediato Rabicó, dándole al médico las espaldas, contentísimo de que hubiera aparecido la manera de librarse de tan incómodo adorno en la cola.

El doctor cogió el congrejo, lo sacó de la cola de Rabicó y se lo aplicó a Emilia en la nariz. Inmediatamente la muñeca dió un suspiro.

—¿Dónde estoy? —preguntó, abriendo los ojos, atontada aún.

—¿Se siente mejor? —preguntó el médico.

—Un poco... pero tengo la vista turbia... Lo veo todo confuso, como si al mundo le hubiera nacido una cantidad de patas...

¡Eran las patas del cangrejo que estaban aún colgándole de la nariz! El doctor Caracol sonrió, y, sacándole de la nariz el "éter" con patas, se lo guardó en el bolsillo, diciendo:

—Un médico siempre debe estar preparado...

Terminado el incidente, la fiesta iba a comenzar de nuevo. Llegó el casamentero, otro Bernardo Eremita, muy respetado en el reino por sus mañas. Había sido llamado, no sólo para realizar el casamiento, sino tam-

bién para coronar al príncipe con la famosa corona de rosquilla engarzada de diamantes.

—¡Qué todo comience por el principio! —gritó el príncipe.

Y recomenzó todo. ¡Las sirenas repitieron las más dulces canciones que salieron de sus bocas y los novios reiniciaron la marcha a paso lento en dirección al trono nupcial! Mientras marchaban, una lluvia de perlas molidas iba cayendo sobre ellos. Llegaron al trono; se sentaron en él. El venerable Bernardo Eremita pronunció las palabras sacramentales y los casó bien casaditos. Se oyeron aplausos, gritos y ¡hurras! Naricita era princesa. Faltaba la coronación. El venerable Bernardo pronunció otras palabras también sacramentales y terminó pidiendo la corona.

Pero ¿y la corona? ¡Había desaparecido!

—La corona se evaporó —murmuró el hidalgo que llevaba la cesta, más pálido que una hoja de papel—. ¡Alguien ha robado la corona!...

—¡Miserable! —rugió el príncipe en un súbito acceso de cólera. ¿Cómo ha dejado que se pierda la joya más preciada de mi tesoro? —y fué hacia él, empuñando el cetro.

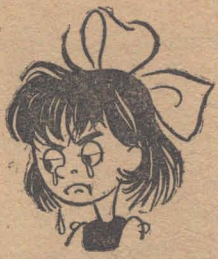
Aquello fué un pandemonio. La corte se desbandó aterrorizada, porque sabía que cuando el príncipe le pegaba con el cetro a alguien era como la señal del fin del mundo, peor que una tormenta en alta mar. Naricita y sus compañeros pensaron que lo mejor era también huir. Salieron corriendo y llegaron calados a la quinta de doña

Benita. Cuando se detuvieron para tomar aliento, Emilia se volvió a la niña y le dijo:

—¡Yo lo vi, Naricita... yo lo vi! ¡Juro que fué él...! ¡Rabicó se comió la corona!...

Y, efectivamente, había sido así...

LAS AVENTURAS DEL PRINCIPE



EL GATO FELIX

UN DIA DE SOL MUY FUERTE LUCIA y Emilia se sentaron a la sombra del guindo, esperando a Perucho, que había ido al monte a cortar unas ramas para trampas. Durante largo tiempo estuvieron las dos recordando las fiestas del casamiento, terminadas de modo tan extraño a causa de la mala acción de Rabicó. De repente oyeron maullar un gato. Naricita se mostró extrañada porque no había gatos en la quinta.

—Emilia —murmuró con oído alerta—, este maullido me parece el maullido del Gato Félix.

Era la primera vez que la muñeca oía hablar de semejante personaje.

—¿Quién es ese ciudadano? —preguntó.

—¡Oh, no te puedes figurar qué especie de gato es, tan inteligente y travieso! Se mete en las mayores aventuras, aparece en las cintas de cine, hace el domonio. Nadie puede con él. El Gato Félix triunfa siempre.

—¿Ni Tom Mix?

—¡Si Tom Mix ve al Gato Félix sale corriendo!

Emilia suspiró.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Era con una persona así que quisiera haberme casado...!

En ese momento la cabeza de un gato se dejó ver entre unos arbustos próximos, mirándolas con suma curiosidad.

—¡Es él! —murmuró la niña. Te juro que es el Gato Félix.

Y llamó *¡misss, misss!*

El gato salió de la maleza y vino, sin ninguna ceremonia, a sentarse en su regazo. Naricita le alisó el pelo y preguntó:

—¿Cómo es que estás por aquí? Creía que vivías en los Estados Unidos.

Es que estoy viajando —respondió él. Recorro el mundo para hacer un estudio sobre los ratones. Quiero saber cuál es el país que tiene los ratones más sabrosos. Ya he estado hasta en el fondo del mar donde conseguí un empleo en una corte muy bonita de un tal príncipe Escamado.

—¡Qué casualidad! —dijo la niña. ¿No sabes que me casé con ese príncipe?

—Sí, lo sé. Me lo contó él mismo. Por cierto que anda muerto de nostalgia por la niña.

—¿Y no mandó ningún mensaje para mí?

—Sí, me lo dió antes de partir. Que justamente hoy, sin falta, va a venir a la quinta de doña Benita para visitar a su querida esposa. Quiere acallar las añoranzas y conocer al mismo tiempo a su abuelita.

—¿Abuelita de quién? ¿Mía o de él?

—La suya y de él. El príncipe llama abuelita a doña Benita.

Naricita se enterneció:

—¿Lo ves, Emilia? Abuelita se transformó en abuela suya...

Y volviéndose al gato:

—¿Pero vendrá hoy mismo o es un modo de decir?

—Sí, viene hoy. Cuando yo salí estaba preparando el maletín de viaje con el coche de gala esperando a la puerta.

—¿Cómo es su maletín? —preguntó la muñeca.

—No seas impertinente, Emilia —advirtió Naricita. Ve, más bien, a prevenir a abuelita y a tía Anastasia de la visita del príncipe. Vamos, muévete...

La muñeca se enfadó por tener que marcharse, pues tenía curiosidad de oír la conversación del gato, y se fué muy despacito en dirección a la casa, sin la menor prisa por llegar. Mientras tanto la niña le decía al gato:

—¡Continúe, don Félix!

—No recuerdo donde estaba...

—En el coche...

—Es verdad. El coche lo estaba esperando. Va a ve-

nir el príncipe, va a venir el doctor Caracol, va a venir Bernardo Eremita. Van a venir todos...

Naricita se puso tan contenta que le besó el hocico al Gato Félix.

—¡Va a ser colosal! —exclamó. Abuelita y tía Anastasia dudan siempre de lo que les cuento. Quiero verles la cara a las dos, ahora...

Después llamó a la muñeca que ya estaba lejos:

—¡Emilia!

—¿Qué, Naricita?

—¿Dónde vas con "tanta prisa"?

—A transmitir el recado que me diste.

—Vuelve, tonta. ¿No sabías que era en broma?

Emilia volvió con su pasito rígido de muñeca.

Escucha —dijo la niña. Vamos a darle hoy una gran sorpresa a abuelita y es necesario que lo combinemos con Perucho. Llámalo. Dile que venga corriendo.

—¿Lo llamo de broma?

—No. ¡Ahora es de verdad! ¡Y de prisa! Ve de un salto y vuelve en otro.

Cuando Perucho llegó, pasaron mucho tiempo combinando la sorpresa que iban a dar a la abuela. El Gato Félix fué enviado al encuentro del príncipe, para indicarle la hora justa a que debía llegar. Inmediatamente Naricita recomendó a la muñeca:

—La sorpresa va a ser después del almuerzo. Pero no vayas tú a poner cara de marisabidilla, porque abuelita desconfiará.

Llegada la hora del almuerzo, todos fueron a la mesa. Nada pasó de extraordinario, hasta el momento de la

sorpresa. En eso, doña Benita fijó los ojos sobre Emilia y dijo:

—Me parece que estáis preparándome una travesura. Ese aire de tonta de Emilia no me engaña.

Emilia nunca supo fingir. Cuando fingía, fingía demasiado y estropeaba el fingimiento. Pero Naricita tranquilizó a la vieja.

—No es nada, abuelita. Emilia se ha vuelto completamente tonta.

En eso se oyó un rumor, allá afuera, seguido de unos golpecitos en la puerta, unos golpecitos muy delicados: *¡tic, tic, tic!...*

—¿Quién puede ser? —exclamó doña Benita, extrañada de aquel modo de llamar. Y le gritó a la cocinera: ¡Anastasia, mira quién llama!

La negra llegó con una cuchara de madera en la mano. Fué a abrir, pero,

según su vieja costumbre, miró primero por la cerradura. Miró y se quedó asombrada.

—¡Quién es, hija de Dios! —exclamó doña Benita inquieta.

—¡Cielos! —dijo la negra. ¡El mundo está perdido, señora!

—¿Pero quién es? Desembucha de una vez...

—¡Es un bicherío, señora! ¡Un bicherío sin fin! El patio está "así" de peces, ostras, cangrejos y cuanto animalito extraño hay en el fondo del mar. Ya no sé si estoy dormida o despierta...

—¡Ya sabía yo que hoy iba a pasar algo! —dijo doña Benita, levantándose y yendo a mirar. Se arregló los lentes y empujando a la negra miró por la cerradura. Y se asombró aún más que la negra viendo allí a toda la población menuda del mar rodeando la casa.

—¿Qué significa esto? —preguntó, volviéndose a Naricita.

—No es nada, abuelita. Es el príncipe Escamado con su corte, que nos viene a visitar. Quiere conocerla a Vd.

Doña Benita miró a tía Anastasia con la boca abierta, sin saber qué decir.

—*Es toda gente de bien* —continuó la niña. *Van a pasar la tarde aquí y te aseguro que no desarreglarán nada. Abuelita, puedes estar tranquila.*

—¿Qué idea, Naricita, es ésa de transformarme la casa en jardín zoológico? ¿Dónde vamos a parar?

—No los deje, señora —intervino la negra. No les

abra la puerta. Son bichos tan extraños que estoy temblando de miedo.

Naricita lanzó la carcajada.

—¡Ellos no muerden, tonta! Son criaturas civilizadas y muy bien educadas.

La negra no se dejó convencer.

—¡Ya lo sé! Una vez un cangrejo me mordió este dedo y me dejó la marca. ¡No se lo consienta, señora! No deje que entre a la casa ese bicherío malvado.

Y trató de ponerle tranca a la puerta.

Viendo que con la puerta atrancada se estropeaba todo su plan, Perucho salió por los fondos y fué a conferenciar con el príncipe.

—Abuelita y tía Anastasia están temblando de miedo, sin valor para abrir la puerta. Creen que vosotros sois de esos bichos malos que muerden.

El príncipe, que esperaba una calurosa recepción de parte de doña Benita, se mostró muy resentido.

—En ese caso, prefiero volver —dijo, con la mayor dignidad. No me juzgo con derecho a perturbar el sociego de tan respetable señora.

—¡Eso sí que no! —terció Perucho. Ya que han venido, tienen que entrar, si quieren las viejas bien y si no quieren también. Si no entran por la puerta entrarán por la ventana. Esperen ahí...

ENTRAN TODOS

MIENTRAS tía Anastasia, después de colocar la tranca a la puerta, arrastraba la mesa para ponerla como barricada, el príncipe y su comitiva iban subiendo por la escalera que les trajo Perucho. Subían y saltaban dentro por la ventana. El primero en saltar fué el doctor Caracol. Tía Anastasia, a vueltas aún con la mesa, al oír el ruido del golpe, se volvió con un berrido:

—¡Socorro, señora! ¡Están saltando por la ventana! ¡Mire quien está detrás suyo! ¡Un bichito con anteojos que es un "felómeno"!...

Naricita explicó todo:

—¡No se asuste, abuelita! Este es el doctor Caracol, el gran médico que hizo hablar a Emilia. Tiene píldoras para todas las enfermedades. Es capaz hasta de curar al pollo batataz que tiene moquillo.

Doña Benita volvió el rostro y vió tras de sí al doctor Caracol, con anteojos, haciéndole una amable reverencia. Y su espanto, que ya era grande, creció aún más al ver surgir en la ventana un pececito vestido de rey.

—Este es mi esposo, el príncipe Escamado, rey del reino de las Aguas Claras —explicó Naricita, haciendo las presentaciones. Y esta señora, príncipe, es mi querida abuelita, doña Benita de Olivera.

Con una gentil cortesía, el príncipe murmuró amabilísimo:

—Es un gran honor conocerla, distinguida señora, y le ruego me permita que la llame también abuelita...

Por un tris no se desmaya la pobre vieja. Muy sofocada, *uff, uff,* se volvió a la negra:

—¡Habla, Anastasia!... ¡Habla como una persona!...

La negra hizo la señal de la cruz. Mientras tanto, los demás hidalgos de la corte iban saltando. Saltó el venerable Bernardo Eremita; saltó la señorita Sardina; saltó doña Araña Modista; saltó el Mayor Agarra-y-No-Larga-Más. Cada salto era un nuevo berrido de tía Anastasia.

—¡Una sardina, señora!... ¡Y un sapo!... ¡Y una araña! El mundo está perdido.

Finalmente no pudo más; corrió a la cocina. Doña Benita, sin embargo, se fué acostumbrando y poco después le parecía todo lo más natural. Le producía una gracia enorme todo aquello.

—Tienes razón, hija mía —dijo finalmente. Este mundo en que Perucho y tú vivís es muchísimo más interesante que el nuestro.

Y se empeñó en una larga conversación con el doctor Caracol a propósito de la enfermedad del pollo bataraz. Mientras tanto, Naricita iba mostrándole las cosas de la sala a su amado príncipe. Le enseñó el reloj de pared, le enseñó los platos, le enseñó la jarra. Lo que más impresión causó al pececito fué el paraguas que estaba en un rincón.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó.

—Para que la gente no se moje.

—¿Por qué, entonces, no lo llevaron en el viaje al fondo del mar?

La pregunta le hizo tanta gracia a la niña que no pudo resistir al deseo de besarle la cabeza.

—¿Sabes que eres un burrito?

Como ignoraba lo que significaba burrito el príncipe no se ofendió. Después, notando la ausencia del vizconde de la Mazorca y del marqués de Rabicó, pidió noticias de los dos.

El vizconde se fué al demonio —respondió la niña. Volvió tan mojado del viaje al fondo del mar que tuve que colgarlo de la cuerda de secar ropa. Pero lo colgamos mal. El viento lo derribó, cayó y se quedó en un rincón olvidado durante mucho tiempo. Resultado: le dió una enfermedad que se llama moho. Se quedó todo verde, cubierto de un polvo que ensuciaba el piso. Lo envolví en un viejo capítulo de las aventuras de Sherlok Holmes y no sé donde lo puse. Seguramente se murió...

—¡Qué horrible desgracia! —exclamó el príncipe seriamente compungido. Cuando vuelva al reino decretaré luto oficial por siete días.

—¡No vale la pena, príncipe! El vizconde estaba ya medio loco con sus manías de sabio. Se volvió tan científico que nadie lo entendía ya. ¡Imagínese que sólo hablaba en latín! Dentro de poco llegará la cosecha del maíz y voy a tener un vizconde nuevo.

—¿Y el señor marqués?

Naricita no quiso contarle que fué Rabicó el que le robó la coronita. Se limitó a decir:

—Estaba adelgazando tanto que tía Anastasia lo puso en un chiquerito para que engorde.

—Es muy simpático el marqués —dijo el príncipe por pura amabilidad. También encuentro muy simpática a la marquesa.

—Yo la quiero tanto a la marquesa que ando con ganas de deshacer su casamiento con Rabicó para casarla con el Gato Félix. Emilia no ha sido feliz en ese matrimonio.

—¿Por qué, si no es indiscreción?

—Incompatibilidad de caracteres. Además, Emilia no se casó por amor, como nosotros. Fué sólo por interés; a causa del título. Emilia no es mujer para Rabicó. Merece mucho más. Merece a alguien desenvuelto y valiente como el Gato Félix. ¿Es verdad que está al servicio de la corte?

El príncipe se mostró sorprendido:

—¿El Gato Félix? No conozco a ese tipo...

—¿Cómo no lo va a conocer si fué él quien trajo la noticia de su viaje, príncipe?

—No puede ser. Mandé el aviso por una sardina...

Naricita se puso a pensar. Recordó que cuando le besó el hocico al Gato Félix sintió un leve olor a sardina. "¿A que se comió a la mensajera del príncipe con mensaje y todo?", pensó. No dijo nada, para no entristecer a su querido maridito. Y, cambiando de conversación, le invitó a dar un paseo por la quinta.

TIA ANASTASIA Y LA SARDINA

TIA Anastasia también había perdido el miedo a los bichitos al ver que no mordían. Llegó inclusive a hacerse amiga íntima de la señorita Sardina, o Miss Sardine, como la llamaban en el reino, por haber nacido en Terranova, es decir, en los mares que rodean a Terranova, porque un pez no puede nacer en la tierra, sea ésta nueva o vieja. Como buena norteamericana, Miss Sardine se manifestaba completamente a la moderna. No mostraba la timidez de las otras. Hacía lo que le venía en ganas, siendo famosa en el reino por sus excentricidades. Una de ellas era la de dormir dentro de una latita en vez de hacerlo en la cama. "Me estoy entrenando para la vida futura", solía decir, con una sonrisa melancólica. La vida futura de las sardinas, como todos saben, no está en el cielo sino en las latas... Miss Sardine hizo gran amistad con tía Anastasia. Apenas llegó, se metió

en la cocina examinándolo todo con una curiosidad de mujer vieja. Y no dejaba de hacer preguntas.

—¿Qué monstruo es ése? —preguntó señalando el fogón.

—Eso se llama fogón —respondió la negra.

—¿Y esa cosa roja que se ve dentro?

—Eso se llama fuego.

—¿Y para qué sirve?

—Sirve para quemarle el dedito a quien lo toque.

Tía Anastasia se reía al ver la cara de sorpresa que ponía Miss Sardine.

Hubo un momento en que se subió al estante. Metió la cabecita en el salero y probó.

—¡Hum! Conozco este gusto —dijo.

—Eso es harina de su país —dijo la negra. Viene del mar.

Después probó un poquitito de azúcar, pareciéndole tan buena que quiso llevarse un paquetito.

Cuando sacó la tapa al pote de pimienta en polvo, tía Anastasia le advirtió:

—¡Cuidado! Que eso pica terriblemente en los ojos.

¡No lo hubiera dicho! Miss Sardine se asustó, resbaló y cayó de cabeza dentro de la pimienta. ¡Aquello fué un griterío y unas contorsiones que partían el alma!...

—¡Socorro! ¡Estoy ciega!

La negra, afligida, la sacó de la pimienta y la puso bajo el chorro de la canilla.

—¡Lo tiene merecido! ¿Quién le manda ser tan curiosa? Ya sabía yo que algo iba a pasar...

Miss Sardine no la oía, gritando y contorsionándose.

—¡Socorro! ¡Tengo fuego en los ojos! ¡Estoy ciega! ¡No veo nada!...

—Ya pasará —la consoló la negra. Tenga un poco de paciencia. Hubiera sido peor si se llega a caer en la sartén con el aceite hirviendo...

Casi durante media hora estuvo la Miss así, con los ojos en brasa. Luego fué mejorando y abrió los ojos, primero uno, después el otro, finalmente los dos. Muy extrañada de ver como antes, rió alegremente.

—¡Me curé! —exclamó Miss Sardine, guiñando mucho los ojos y mirando hacia todos lados para ver si estaban bien del todo o sólo bien a medias. Después volvió a preguntar, queriendo saber qué era una sartén.

Tía Anastasia no sabía cómo decirlo. Contarle a un pececito lo que es la sartén resulta una ironía cruel. Compadecida, la negra dió una respuesta que la dejó sin comprender nada.

—Sartén —dijo—, es una fuente rasa donde se pone cierta agua espesa llamada aceite que chilla y salta cuando tiene fuego debajo.

—¡Qué hermosura! —exclamó Miss Sardine admirada. Algún día volveré aquí para pasarme una hora nadando en esa agua que chilla y salta.

La negra se tapó la boca con las manos para contener la carcajada que iba a soltar. En ese momento doña Benita gritó desde el fondo del patio:

—¡Anastasia! Ven de prisa...

—¿Qué será, Dios mío? —dijo la negra, corriendo para ver de qué se trataba.

Encontró a Doña Benita cerca del gallinero en con-

ferencia con el doctor Caracol. Hablaban del pollo bataraz. Apenas llegó, dijo doña Benita:

—Anastasia, a ver si agarra el pollo bataraz.

—¿Para qué, señora? —preguntó la negra extrañada por esa orden.

—El doctor Caracol le quiere dar una de sus píldoras milagrosas. Dice que no hay remedio mejor para moquillo de pollos bataraces.

Tía Anastasia abrió la boca. ¿Sería posible que aquel bichito cascarudo supiera algo de píldoras.

—¡Se está burlando de usted, señora! ¿Dónde se ha visto a un caracol entender de medicina? Es un impostor, señora. No le crea.

—También lo dudo yo, y, precisamente, por eso quiero hacer la prueba. Agarra el pollo.

Renegando que el mundo estaba perdido, allá se fué a buscar el pollo. Poco después lo trajo.

—Ahora necesito un tubito —dijo el doctor Caracol. Sólo sé darle píldoras a los pollos por el sistema del tubito.

La negra volvió, murmurando, con un tubito. Entonces el doctor Caracol explicó cómo se hacía. Se metía el tubito en la garganta del pollo; se ponía la píldora dentro del tubito y después no hacía falta más que soplar.

—¡Mire usted —exclamó tía Anastasia—, una cosa tan sencilla y que nunca imaginé! Me parece que estos bichitos del mar son más pícaros que la gente, señora.

La píldora fué colocada dentro del tubito y el tubito fué introducido en la garganta del pollo.

—Ahora necesito a una persona que sople. Si no hay persona sopladora, lo mismo da que sea un fuelle.

—Sople, Anastasia —mandó doña Benita.

Tía Anastasia se agachó, puso los labios en el tubito e iba a soplar cuando dió un berrido, levantándose y tosiendo como una desesperada.

—¿Qué pasó, Anastasia?

La respuesta fué una mueca de quien se está ahogando con una cosa amarga. Después habló:

—¡Lo que pasó, señora, es que el pollo sopló primero y fuí yo quien se tragó la píldora!..

Doña Benita no pudo menos de reírse; a la negra, sin embargo, no le parecía gracioso el asunto y se mostró aprensiva, temiendo que la píldora le hiciera daño.

—No le hará nada —aseguró el doctor Caracol—, y hasta es posible que le cure de alguna enfermedad que tenga usted, sin saber que la tiene.

Y así fué. Tía Anastasia se curó de una famosa tos perruna que le venía persiguiendo desde hacía dos semanas, y cobró tanta fe en las píldoras del doctor Caracol que se las recetaba a todo el mundo. Hasta a Pancho Orejudo, un mendigo al que le faltaban las orejas y que aparecía a veces por allí, se las quiso dar.

—Tome una docena, don Pancho —le decía—, que le van a salir un par de orejas nuevas, muchísimo más bonitas que las que le cortaron.

LOS SECRETOS DE LA ARAÑA

DOÑA Araña, aunque era coja, nunca dejaba de acompañar al príncipe en sus viajes; ni ella ni el doctor Caracol. Los médicos siempre tienen algún trabajo en los viajes y las modistas también. Un botón que se pierde, una media que se agujerea. Por eso también había venido doña Araña. Trabajadora como ninguna, apenas llegó se fué al cuarto de costura de doña Benita a examinar sus pertrechos: la cesta, la almohada de los alfileres, las agujas, los carreteles. No le gustó la máquina.

—Muy pesada y muy complicada —le dijo a Emilia, que la acompañaba.

Viéndose a solas con la Araña, la muñeca se despachó en infinidad de preguntas:

—Me parece muy práctico ese sistema suyo de llevar el carretel en la barriga —le dijo. Lo que no puedo comprender es cómo puede usted tragarse el carretel.

—Yo no trago carreteles, niña. Nací ya con el carretel dentro —explicó la araña.

—¿Y cuando se termine?

—No se termina nunca.

—¡Ah! Ya lo sé. Usted tiene una fábrica de hilo en la barriga.

—Es posible. Nunca entré dentro de mí misma para saberlo.

—Pues yo sé lo que hay dentro de mí. Pura manzanilla silvestre. Cuando se me secó la pierna, tía Anastasia me la arregló y la vi. Le puso exclusivamente manzanilla de esa bien amarillita y olorosa.

—¿Y su marido, el marqués —preguntó la araña—, también está relleno de manzanilla?

—Creo que no; porque Rabicó es diferente a mí en todo. Por ejemplo: él come y yo no. Yo sólo como de mentirijilla, por broma.

—¿No come? —exclamó doña Araña, llena de admiración. Es la primera persona a quien oigo decir semejante cosa...

—Pues nunca comí nada; y bastante que lo siento, porque parece que el comer es agradable. Rabicó, cuando come, abre los ojos de gusto y gruñe si alguien se le acerca. ¿Y la vaca mocha? ¡Hasta se le cae la baba si encuentra una mazorca de maíz!

—Pues, en el mar no hay una sola criatura que no coma. Uno se come al otro. Una necesita ir llena de cautela, mirando a todos lados; esconderse cuando ve que se aproxima un pez. Mi mamá fué comida por una merluza.

—¡Pobrecita! —dijo Emilia compungida. ¿Y era también modista?

—Sí. Todas las arañas son modistas.

—¿Y también tenía el carretel en la barriga?

—Claro que sí. Basta ser araña para tener el carretel.

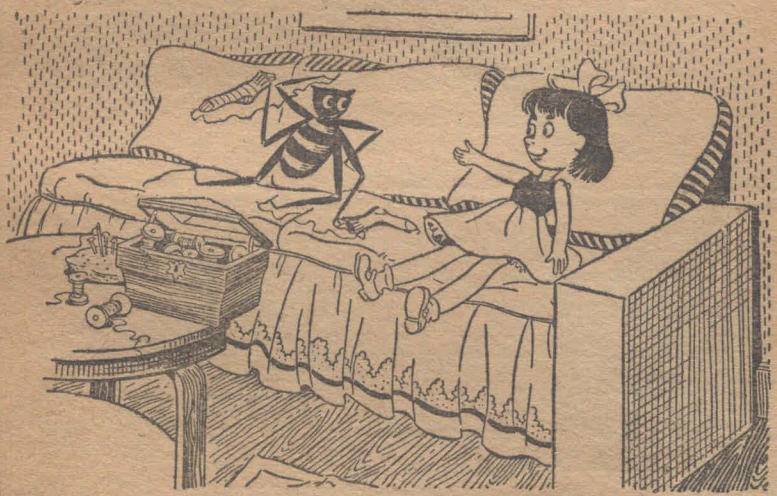
—¿Y qué color tenía el hilo?

—El color no varía. Es siempre el mismo para todas las arañas.

—¡Qué lástima —dijo Emilia. ¡Me gusta tanto el rojo que si supiera de la existencia de una araña con hilo rojo me iría a vivir con ella!

—¿Para qué?

—Para ver. Para estar sentada bajo un árbol mirando



ese hilo tan hermoso que sale, sale, sale sin terminarse jamás...

Mientras Emilia iba diciendo esas tonterías, la araña, para no perder el tiempo, iba zurciendo medias. Las zurcía tan bien que nadie era capaz de percibir el zurcido.

Admirada de la perfección del trabajo, Emilia le dijo:

—¡Si usted se mudara a la ciudad ganaría un dineral!..

—¿Y qué haría con el dinero?

—¡Oh, muchas cosas! Podría comprarse una casa; podría comprarse un paraguas. Perucho dice que es muy bueno tener dinero.

—¿Y él, tiene mucho?

—¡Muchísimo! Perucho es muy rico, muy rico... ¡Tiene una alcancía con más de ochenta centavos!

—¿Y para qué tantos centavos?

—Dice que va a comprar un revólver. Si yo tuviera dinero, ¿sabe qué compraría? ¡Un ferrocarril! Nada me gusta tanto como un ferrocarril...

—¿Por qué?

—Porque pita. ¿No lo ha oído pitar?

En ese momento la conversación fué interrumpida por un aviso de Naricita, ordenando que Emilia se vistiera para salir de paseo.

—Adiós, doña Araña. Naricita me necesita. ¿Viene con nosotras o se queda?

—Me quedo. Tengo hambre. Voy a ver si atrapo tres o cuatro moscas.

—No use vinagre —aconsejó Emilia retirándose. Tía

Anastasia dice siempre que con vinagre no se atrapan moscas.

HAZAÑAS

PERUCHO había salido de paseo con el capitán de los coraceros de la guardia del príncipe. Esos valientes soldados recibieron orden de quedarse fuera, en el patio, para no asustar a tía Anastasia. Perucho hizo de inmediato amistad con el capitán, que era un gran narrador de proezas. Contó la terrible lucha entre dos peces espada y dos ballenas, a la que asistió de cerca. Su valor consistía en eso: asistir de cerca. Después contó sus propias hazañas, luchas con langostas, ataque a un joven pez-espada. Perucho se moría por cuentos de caza, peleas: aventuras de tierra y mar, como decía doña Benita. Oyó con interés los cuentos del coracero y le contó otros. Contó historias de jaguares, tigres de Bengala, leones de Uganda, yacarés del Amazonas.

—¿Cuál es el animal de la tierra que cree más peligroso? —preguntó el coracero, que ignoraba todo lo que no se refería al mar. Dicen que es el león.

—Es y no es —respondió Perucho, para demostrar que entendía del asunto. Es porque es, y no lo es porque con una buena bala en la cabeza cualquier cazador puede dar cuenta de un león. Para mí, el animal más peligroso es una tal avispa, que cuando pica produce hinchazón y quema como fuego.

El coracero, que no tenía la menor idea de lo que fuera una avispa, preguntó:

—Pero, ¿es que con una buena bala en la cabeza cualquier cazador no da cuenta de una avispa?

—Si le acierta, sí —respondió el chico. Pero está aún por nacer el cazador que acierte con una bala a la cabeza de una avispa.

El coracero abrió mucho los ojos.

—Si están encantadas...

—Peor aún, son de este tamañito y vuelan como un rayo. Cierta vez, una de ellas le picó a Naricita la punta de la lengua. La pobre creyó que había tragado fuego. Ese sí que es un animal peligroso. Yo, por ejemplo, que no tengo miedo a nada, confieso que respeto a las avispas y no me avergüenzo de confesarlo.

El coracero, que era uno de los cangrejos más vanidosos del mar, lanzó una carcajada de desafío.

—¡Pues yo daría cualquier cosa por encontrarme a una de ellas! ¡Como he dado lecciones a muchos bichitos valientes, se las daría a ella!

Perucho se echó a reír:

—El valor le viene de la coraza. ¡Sáquese la cáscara y vaya a luchar con una avispa si es capaz!

Ofendido por las dudas del chico, el coracero replicó:

—¡Sepa Ud. que me batí con una langosta enorme y la vencí en pocos minutos!

—¡Gran cosa! Pues yo le pegué a Panchito Pie-de-Pato, que es el chico más temido de la ciudad y, sin embargo, huyo de la avispa. Huyo y huiré y no me avergonzaré

jamás de confesarlo, porque tenerle miedo a las avispas es el único miedo que no desmoraliza a nadie.

Hablaban de esa suerte cuando pasó Emilia, llena de coquetería con el vestido de gasa color rosa. Iba tan absorbida en sus pensamientos que no los advirtió.

—¿Quién es esa señora? —preguntó el coracero.

—¡Pues la marquesa de Rabicó! ¿No lo sabía? Una de las más ilustres damas de los tiempos modernos.

—¡Ah! —dijo el coracero recordando. Si no me equivoco estuvo en el reino hace tiempo, en compañía de Naricita. Pero en aquella época usaba camisa de dormir y tenía los cabellos negros.

—Emilia cambia mucho; no es como vosotros, que

siempre sois los mismos. Cada vez que Naricita se aburre de su cara, se la cambia. Cambia todo. Le pone la boca más abajo o más arriba. Le cambia las cejas, le cambia los ojos. Hubo una semana en que Emilia pasó cinco días sin ojos.

—¿Cómo es posible? —preguntó el coracero, lleno de admiración.

—Naricita le estaba cambiando los ojos, que son de sedalina, y ya le había sacado los viejos para ponérselos nuevos, cuando se dió cuenta de que no tenía sedalina. Hasta que alguien fué a la ciudad y la trajo, la pobrecita se quedó en un rincón, cieguita del todo, sin ver nada.

Aunque era un guerrero de corazón endurecido, el coracero murmuró apiadado:

—¡Pobrecita! ¡Cómo debe haber sufrido!..

—Pero en compensación —continuó Perucho—, cuando Naricita le puso los ojos, Emilia se pasó el día entero sin hacer otra cosa que mirar.

—¿Tiene hijos? —inquirió, curioso, el capitán.

—No. Naricita no quiere. Emilia es su compañera de viajes y paseos. Si tuviera hijos tendría que quedarse en casa, dándoles de mamar y lavándoles los pañales, y adiós paseos...

LOS ESPANTOS DEL PRINCIPE

NARICITA y el príncipe, del brazo, recorrían la quinta. Ya habían visitado el chiquero de Rabicó. Estaban ahora sentados en el césped esperando a Emilia para ir a visitar a la vaca mocha. El príncipe no tenía la idea de lo que podía ser una vaca y se mostraba impaciente por que lo presentaran a aquélla.

—La vaca mocha —explicó la niña—, es la señora más importante de la quinta, después de abuelita y tía Anastasia. Es muy bondadosa e incapaz de hacerle daño a un mosquito.

—Pero, entonces, ¿cómo devoró al padre, a la madre y a todos los parientes del vizconde de la Mazorca?

—Es que ellos eran mazorcas y las mazorcas no tienen perdón de la vaca mocha —dijo Naricita. Las atrapa y las va masticando. Pero a gente como nosotros, gente de carne, no les hace nada. Las vacas no comen carne... ¡ni lombrices! Perucho ha hecho la prueba. Le puso una lombriz gorda en el pesebre y ¿sabe lo qué hizo? Pues torció el hocico con asco.

El príncipe, allá para su caletre, pensó que la vaca debía ser un animal de malísimo gusto. Comer mazorca y hacerle ascos a una lombriz era para él la cosa más absurda del mundo. En eso llegó Emilia.

—¡Qué tardanza! —le dijo Naricita. Hace un siglo que te estamos esperando. ¿Qué estabas haciendo?

—Ayudándole a doña Araña a remendar tus medias. ¡Oh, qué bien remienda doña Araña! Zurce con la ma-

yor perfección! Si yo estuviera en tú lugar no la dejaba volver al reino.

Y dirigiéndose al príncipe:

—¿Por qué no le regala la Araña a Naricita? Naricita, a pesar de ser princesa, anda siempre con las medias rotas, porque falta aquí en la quinta una buena araña.

—¡Ya empiezas a decir inconveniencias! —advirtió la niña con la cara hosca. La que está rota es tu nariz. Vamos a visitar a la vaca, príncipe, que es lo mejor.

Fueron hacia el pesebre. Así que el príncipe dió con la vaca se quedó paradito, con los ojos muy abiertos. Nunca supuso que vería un animal tan grande y tan extraordinario.

—Pues ésta es la vaca mocha, príncipe —le dijo la niña. Mire qué respetable es, qué suave tiene el pelo, y qué cuernitos más puntiagudos. Mocha quiere decir sin cuernos. Esta es la única excepción que hay en el mundo, es decir, en la quinta.

El príncipe miraba, miraba sin entender muy bien. Después comenzaron las preguntas:

—Y eso que le cuelga abajo, ¿qué es?

—Son las tetas —dijo la niña. Teta quiere decir canilla de leche. Tía Anastasia se las aprieta y sale un agua blanca que se llama leche. Todas las mañanas tomo un vaso de leche, tibia y espumante, sacada justamente de esa canilla.

—¿Y esto? —preguntó el príncipe, indicando la cola con el cetro.

—Eso es el espantador de moscas. Sirve para asustar a las moscas que vienen a jugar sobre ella.

Queriendo también Emilia mostrar sus conocimientos, agregó:

—Ese espantador se lo pegó ahí tía Anastasia. Cuando nació la mocha no tenía nada detrás.

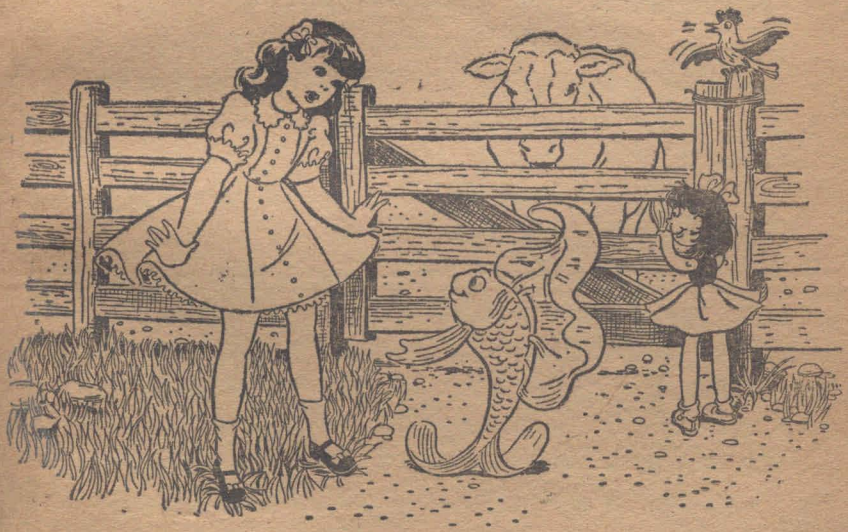
—No lo crea, príncipe. Emilia se está burlando de Ud. Todas las vacas nacen con el espantador como todos los peces nacen con cola.

Al príncipe le pareció tan interesante aquel largo apéndice movedizo, con pelos en la punta, que se declaró dispuesto a adoptar la moda en el reino. Después examinó atentamente los cuernos.

—¿Son también espantadores de moscas? —preguntó.

—No —respondió la niña. Esos son espantadores de gente. Se llaman cuernos y sirven para cornear.

—Cornear. ¿Qué es cornear? —preguntó preocupado.



La chica reía alegremente.

—Cornear, príncipe, es dar cornadas. ¿Entiende? Es como dar un cabezazo con dos puntas torcidas. Pero no tenga miedo. La mocha no cornea a nadie. Sólo a los perros que vienen a ladrar junto a ella.

—¿Y estas cuatro estacas? —dijo señalando las patas.

Naricita rió nuevamente:

—¡Qué burrito eres, maridito mío! ¿No ves que son las patas? Sin ellas, ¿cómo podrían andar las vacas?

Emilia terció en la conversación:

—¡Qué gracia! Conozco muchos bichos que no tienen piernas y andan muy bien...

—¡A ver, uno...!

—El reloj de doña Benita, por ejemplo. No tiene piernas y, sin embargo, ella dice siempre: "Este reloj es más viejo que yo y "anda" perfectamente".

La niña miró a Emilia con expresión apenada.

—¡Qué lástima! ¡Tan "inteligente" e incapaz de aprender a diferenciar las criaturas vivas de las cosas inanimadas...!

El príncipe no le sacaba de encima los ojos a la vaca. Quería saber cómo fabricaba la leche.

—Eso es algo que ignoro —dijo la niña. La mocha come pasto, come zapallos, come mazorcas; lo mastica todo muy bien masticado, lo traga, y por las canillitas del otro lado sale la leche. Todo lo que come se transforma en leche. Si se come al vizconde lo convierte también en leche. Ese es un misterio que no comprendo.

—¡Pues lo entiendo yo! —gritó Emilia. Es que la

mocha todos los días come mandioca. En mi opinión la leche es mandioca líquida.

—¡Qué tontería, Emilia! —observó la niña. ¿Acaso no come Rabicó todos los días mandioca y no da leche?

—Es porque Rabicó no tiene canillitas. Si tía Anastasia le pusiera cuatro canillitas, te juro que daría leche.

—Discúlpela, príncipe —dijo la niña. Nuestra amiga la marquesa tiene una canilla de tonterías y cuando la abre no para más.

Pero Escamado no oía. Continuaba con los ojos fijos en la mocha. Después mostró deseos de llevársela al reino.

—Imposible, príncipe —dijo Naricita muy apesadumbrada. En primer lugar la mocha es de abuelita y abuelita no querría; en segundo lugar, bebería tanta agua de mar por el camino que la leche resultaría salada.

—¡Qué lástima! Esta señora sería todo un éxito en la corte.

Emilia volvió a inmiscuirse en la conversación:

—¡Apuesto a que doña Benita daría el permiso! Apuesto a que si el príncipe le da en cambio una buena ballena, doña Benita acepta. Las ballenas también dan leche.

La niña se colocó las manos en la cintura.

—¿Y dónde pondría abuelita a la ballena? —preguntó muy seriamente.

—Aquí. ¡En el pesebre, por supuesto! ¿Si la mocha vive aquí, por qué no podría vivir la ballena? ¿O es que la ballena esa es mejor que la mocha?

Naricita se cansó tanto de las tonterías de Emilia que se la metió de cabeza en el bolsillo del delantal. En ese mo-

mento la vaca soltó un mugido. El príncipe, que no lo esperaba, cayó de espaldas de susto.

—¡Pobrecito mi maridito! —exclamó la niña, precipitándose para levantarlo. No se asuste así, tonto. La mocha da esos berridos para jugar —y le ayudó a recomponer algunas escamas que se le habían salido de lugar.

El príncipe, sin embargo, no quiso saber más de historias. Pálido por el susto, trató de volver a casa.

—Padezco del corazón —explicó—, y si ésa vuelve a berrear podría sufrir un desmayo. Vámonos...

EL DESASTRE

VOLVIAN del brazo; Naricita molesta por el mugido de la vaca y el príncipe quejándose de palpitaciones del corazón. Apenas llegaron al patio, un nuevo susto vino a agravar su estado de salud. Se oían, dentro de la casa, gritos y llantos.

—¿Qué habrá pasado? —se dijo la niña aprensiva.

Dejó al príncipe y fué corriendo con el presentimiento de una gran desgracia.

—¿Qué es? ¿Qué pasó? —preguntó al entrar.

No obtuvo respuesta. Todos lloraban y nadie oyó la pregunta. La niña miró a los personajes presentes y se dirigió inmediatamente a la cocina. Allí encontró a la tía Anastasia llorando también.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurrió, tía Anastasia? —preguntó.

La negra respondió, enjugándose las lágrimas:

—Ni lo preguntes, Naricita. Es mejor que te vayas...

Y como la niña insistía, la negra no tuvo más remedio que contar:

—Pues imagínate que Miss Sardine, desde que el príncipe llegó, se pasó todo el tiempo en la cocina, la pobrecita. Olfateó todo, la sal, el azúcar, se cayó en el frasco de la pimienta. Yo la salvé, le dí un bañito y la puse en el rincón a que se secara. Al principio, cuando la pimienta aún le picaba, se estuvo quieta. Después que le pasó la picazón, volvió a las travesuras. Yo no hacía más que avisarle: "no toque eso; no se acerque al fuego; no sea tan traviesa; mire que le va a pasar algo".

Pero era lo mismo que decírselo a un palo. Ponía cara de pícara y continuaba. Si no le pasó una desgracia

es porque no le sacaba la vista de encima, vigilándola. Pero de repente doña Benita me llamó para oír una historia del doctor Caracol. Me fuí y dejé a Miss Sardine sola...

—¿Y qué pasó? —preguntó Naricita, angustiada.

—Pasó lo que tenía que pasar. La pobrecita, apenas salí se subió al fogón para ver la sartén con aceite. Seguramente le gustó aquella agua que chirriaba y saltaba y *¡zas!* saltó dentro de la sartén, creyendo que era una pequeña laguna. ¡Aceite hirviendo, imagínate!...

—¡Pobrecita! —gritó la niña horrorizada. ¿Qué le diremos al príncipe? Miss Sardine era la yanqui más importante del reino, la única que podía entrar a la corte. ¿Dónde está, Anastasia?

—Está aún en la sartén —respondió la negra. ¡Frita! ¡Frita como una mojarrita frita!...

No pudiendo contener las lágrimas, la niña rompió a llorar. El príncipe la oyó. Reconoció el llanto y llegó corriendo, afligidísimo. Cuando suyo la tragedia, se desmayó. ¡Corre que te corre! ¡Llaman al doctor Caracol! No encuentran al doctor Caracol. Grita de aquí, grita de allá... Demasiado tarde. ¡Qué terrible confusión!... Mientras tanto, tía Anastasia sacaba el cadáver de Miss Sardine de la sartén y se lo enseñaba a doña Benita.

—¡Mire, señora! ¡Hasta después de muerta conserva la pureza de los rasgos!

Y la negra olió la sardina frita; después la probó y se le hizo agua la boca. Comió un pedacito y dijo a doña Benita:

—¡Qué rica, señora! ¡Pruébela! Es mejor que las mojarritas de río...

Doña Benita rehusó y tía Anastasia, con lágrimas en los ojos, acabó comiéndose la sardina entera.

NUEVO DESASTRE

VOLVIENDO en sí del desmayo, el príncipe cayó en una profunda tristeza. No quiso comer ninguno de los manjares preparados para él. No quiso volver a pasear por la quinta. Sólo quería una cosa: volver. Doña Benita lo sintió mucho y le dijo:

—Pues, señor príncipe, nuestra casa está siempre a su disposición. Cuando quiera volver no haga cumplidos...

—Muchas gracias —dijo el pececito con voz desfallecida. También me halagaría que Vd. nos visitara en el reino.

—Eso es más difícil. Me siento muy vieja ya. Podría mojarme en el camino y caer enferma.

Emilia, que estaba aún en el bolsillo de Naricita, sacó la cabeza.

—¿Mojarse? —dijo muy seca. ¿Cómo? ¡Vaya con el paraguas...!

Naricita empujó de nuevo a la muñeca al fondo del bolsillo y, volviéndose a doña Benita, preguntó:

—¿Qué regalo podríamos ofrecerle al príncipe? No debemos dejarlo ir con las manos vacías.

—Tú sabes lo que le gusta, hija.

—A Escamado le gusta mucho la vaca mocha. Pero ésa no conviene dársela. En mi opinión, lo mejor será ofrecerle... ofrecerle...

Se atragantó. No sabía qué ofrecer. En eso llegó Perucho, que volvía del paseo con el capitán de la guardia. Consultado, resolvió el problema de inmediato.

—Muy simple. Hay cuatro rueditas que sobraron del despertador que arreglaron. No existen ruedas en el océano. Juro que el príncipe estará contentísimo.

Todos dieron su aprobación y el príncipe recibió las cuatro rueditas en recuerdo de las cuatro personas que había en la quinta.

A la hora de la partida hubo lágrimas. Hasta Emilia escapó del bolsillo de la niña y llegó, llevando en los ojos de sedalina dos lágrimas de la canilla. Se aproximó al príncipe cuidadosamente, para que la niña no la viera y le murmuró:

—Si el señor príncipe me envía una buena araña modista yo veré la manera de que doña Benita le cambie la vaca mocha por una ballena...

Terminadas las despedidas, allá se fué el príncipe y su comitiva con las narices coloradas de tanto llorar. Doña Benita, tía Anastasia, Naricita y Perucho asomados a la ventana, agitaban cariñosamente sus pañuelos.

—¡Adiós! ¡Adiós!

Cuando ya no se los veía, la primera que habló fué Naricita.

—Lo que consuela es que el Gato Félix no tardará

en estar aquí. Si no fuera por eso no sé qué sería de nosotros, hundidos en la tristeza y la nostalgía.

Apenas había terminado de decirlo, cuando el Gato Félix apareció en el patio.

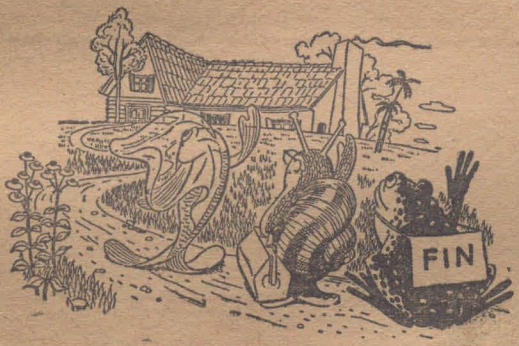
—¡Socorro! —exclamó el gato. ¡El príncipe se está ahogando!...

Todos corrieron al encuentro del gato sin comprender lo que decía.

—¿Cómo se va a ahogar si es pez? —dijo la niña.

—Sí, es pez. Pero se pasó toda la tarde fuera del agua y se olvidó de nadar.

—¡Socorro! —gritó Naricita, corriendo como una loca en dirección al río para salvar a su amado príncipe...



ÍNDICE

NARICITA RESPINGADA

	PÁG.
Naricita	9
En el palacio	18
El bufoncito	22
La modista de las hadas	28
La fiesta y el mayor	33
La píldora parlante	38

LA QUINTA DEL BIENTEVEO

Las guindas	47
El entierro de la avispa	54
La pesca	57
Las hormigas rubias	61
Perucho	70
El viaje	75
El asalto	80
Tom Mix	84
Las muletas del escarabajo	87
Añoranzas	91
La reina	96
El regreso	101

El marqués de Rabicó

PÁG.

Los siete lechoncitos 109
El pedido de mano 113
El noviazgo 121
El casamiento 126
La cena de Año Nuevo 129

El matrimonio de Naricita

La enfermedad del príncipe 133
El pedido 136
Los pendientes del marqués 141
La llegada 148
Los apuros del marqués 151
El vestido maravilloso 154
Va llegando el socorro 158

Las aventuras del príncipe

El gato Félix 167
Entran todos 174
Tía Anastasia y la sardina 178
Los secretos de la araña 183
Hazañas 187
Los espantos del príncipe 191
El desastre 196
Nuevos desastres 199